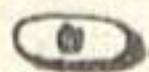


**EL CASTILLO  
DE LOS HUERFANOS**



**EL LIBERAL DEL PIAMONTE.**

*Novela Histórica*

**ESCRITA POR DOÑA J. F. DE C.**



**MURCIA:**

**IMPRESA DE I. ARRONIZ.**

**AÑO 1842.**

---

*Esta OBRITA es propiedad de la autora, y perseguirá ante la ley à quien la reimprima; para lo que, todos los egemplares de esta edicion, se hallarán rubricados por la misma.*

---

*A*



# PROLOGO DE LA AUTORA

A LAS

SEÑORAS.

---

*Amada lectora: las novelas no son otra cosa, que un conjunto de hechos verosímiles tejidos con ingenio, los cuales hacen grata á nuestro seso su lectura, si es amable, útil y moral. Invitada por motivo tan poderoso, mi débil pluma te dirige esta humilde espresion, confiada en que tu sensata imaginacion, forme una idea, si no del todo favorable, á mi corto mérito, al menos tan indulgente, que baste para tolerar benigna la escasa produccion de una señora sin estudios, rodeada de mil imágenes desagradables que sofocan su alma de continuo, y sobre todo, el no haber cumplido todavía los veinte y cuatro años de edad.*

*No esperes, sensata lectora, hallar en ésta*

novelita, el estilo inimitable del célebre Ar-  
lincuúr, ni de otros muchos escritores que  
florecen en el dia: porque, aunque de igual  
organizacion mi cerebro, carece de las abun-  
dantes y despejadas nociones, con que el  
divino genio creador, adornára aquellos se-  
res inmortales, para formar los conceptos:  
y de donde enriquecida la voluntad, puede  
egercer su elevada afluencia, formando con  
facilidad un erudito catálogo de elocuencia.  
Pero, si careciendo mi novela de esa tan  
envidiada sublimidad, hallar puedes en su  
corta lectura algo de moralidad, distrayen-  
do tu mente, de que le sustituyan tristes  
cabilaciones, ó invitada por mi arrojó, y  
convencida que nuestro secso no és innato  
para la ciencia; te determinas á componer  
una obra de mas ilustracion, que la que te  
ofrezco; gratos siempre serán á mi alma,  
los dulces recuerdos de aquellos dias que  
empleára en escribirla, por haber coopera-  
do, á que luzcas tus loables talentos, y que

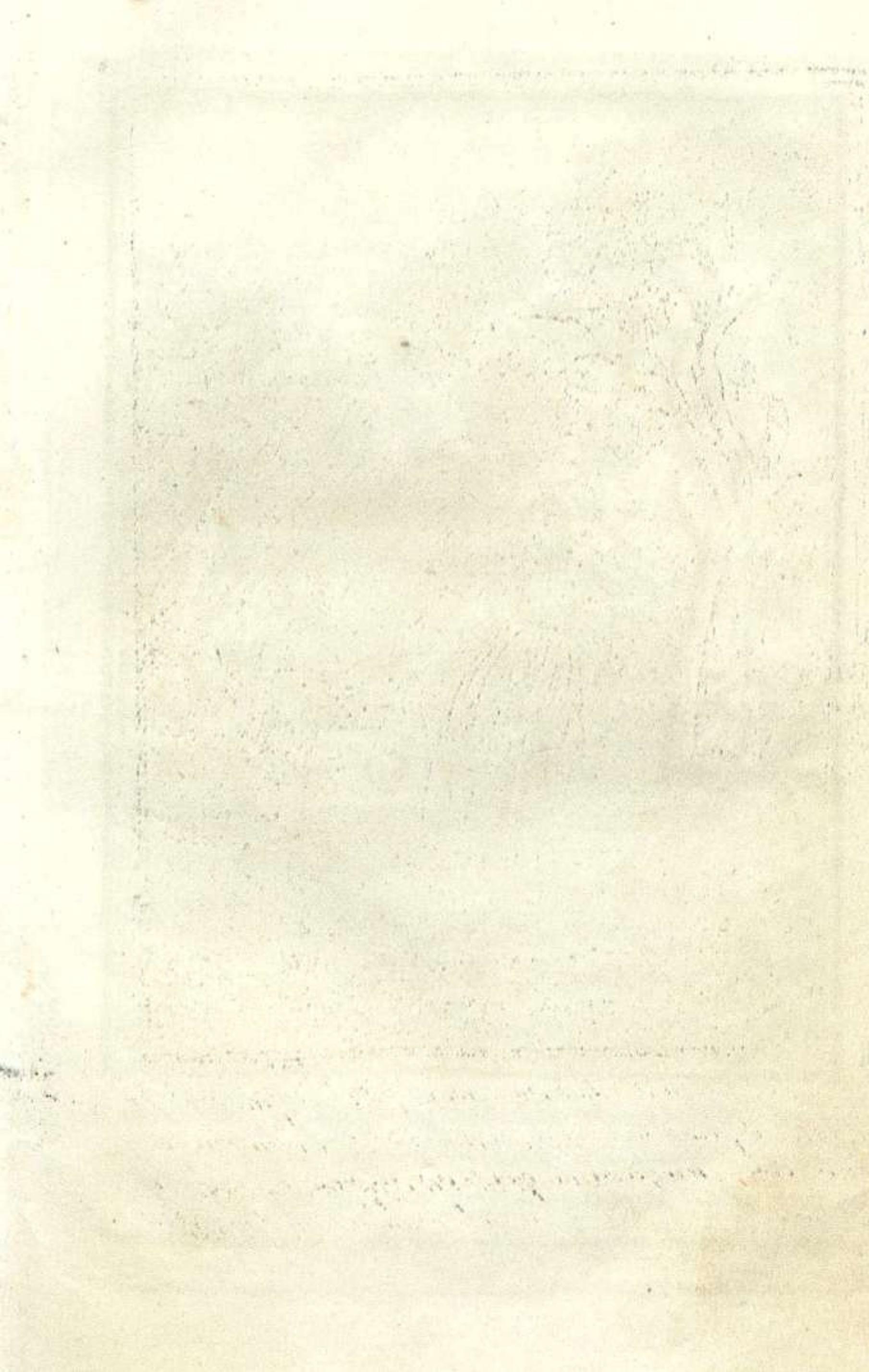
con tu ejemplo, se haga mas ilustre la honrosa parte, que las señoras formamos en la Sociedad.

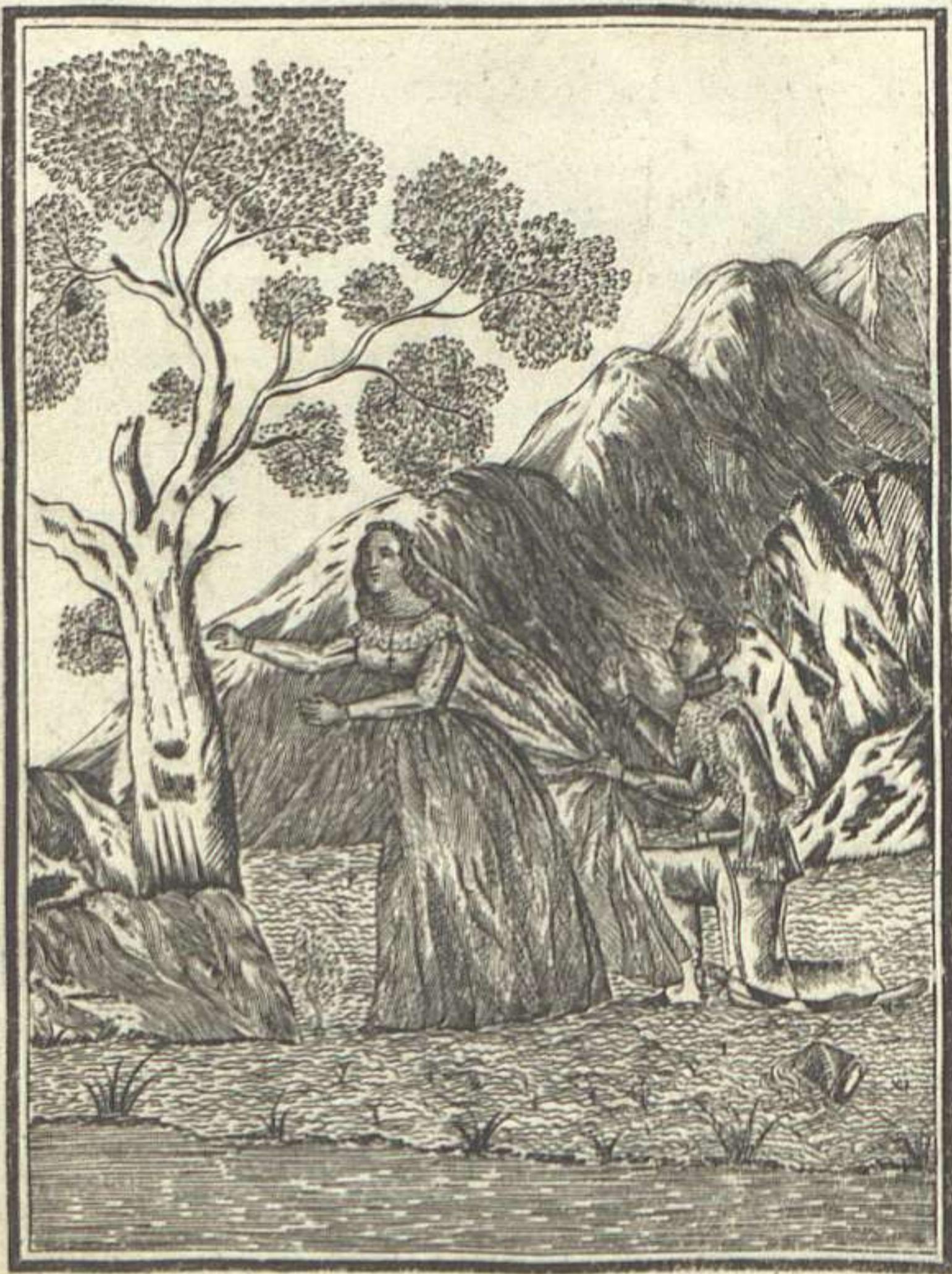
### **NOTA INTERESANTE.**

Esta obra, quedó concluida en Octubre del año 1839; pero motivos poderosos han suspendido su impresion. Hoy vé la luz pública, sin variacion alguna: solo sí, con el disgusto mio, porque conozco no tiene el suficiente mérito, que mi alma anhelára, para distraer al ilustrado lector: y que su estilo no es igual ni sublime; pero confio, en que el lector, cuando la tenga á su vista, conocerá, que la parte histórica que la adorna, és su mayor realce, sin necesidad de añadir frases pomposas, á las sencillas é inconcusas relaciones de Elisa y Genaro; porque el verdadero mérito es la verdad, desnuda del prestado adorno. Y la parte novelesca, sino tiene el influjo de la oratoria, que la adorne, no se logrará el hacer

olvidar al entendido lector, es fabuloso, aunque posible su contenido.

El haber estado ésta pequeña obrita sobre un bufete, precisado me há el poner ésta nota, para suplicar al lector, se muestre generoso de que observando baya sus indudables defectos, seguro de que será siempre injusta la menor objecion, cuando yo misma conozco que los tiene. Pero si felizmente burlados salen mis temores, y halla una benévola acogida en el ilustrado público, puedo asegurarle desde éste momento, no pasarán meses, sin que tenga el honor de presentarle otra obrita, que se halla principia-  
da. La autora J. F. de C.





12 No temas virgen del desierto... yo respeto la <sup>Abrazo</sup> pureza de tu alma... dejame oír una sola vez esa tu angélica voz... asegúrame que eres capaz de sentir, y mi homenaje será consagrado como a una divinidad...!

# EL CASTILLO

DE LOS HUERFANOS

O EL

*Liberal del Piamonte.*

  
**E**ran las doce de la noche del 7 de Febrero del año 1838. La sonora campana del relox del antiguo palacio de los Castèllis, anunciaba la entrada de un nuevo dia:

su éco lúgubre penetra hasta los mas retirados subterranos, sin que nada altere á sus pacíficos habitantes, que reposan en blandos lechos. Solo la jóven Amalia se halla reclinada sobre una silla poltrona, colocada al frente de una devota imagen del redentor del hombre, en el oratorio de sus ante pasados; y con solo la opaca luz de una lámpara, al lado de un altar, pendiente de una cadena de bronce, que un angel de marmol blanco suspende con sus robustas manos, ora alligida, dirigiendo sus tristes y fervorosas preces al Eterno. ¡Oh Dios! clama en la efusion fervorosa de su alma, concede á esta infelice huérfana el consuelo de recobrar los dulces alhagos de un padre fugitivo..... dice, y de sus azulados y bellos ojos caen abrasadoras lágrimas, que la proscripcion del amado autor de sus dias, le hace continuamente derramar.

A la salida de Niza, por unas de las elevadas y frias Montañas, que como mu-

rallas inaccesibles, dividen el Piamonte del Ducado Genoves; despues de atravesadas las gargantas de Sarena, el valle de Sorpella, y el terrible paso de Colde-Tende, se encuentran à su derecha la aldea del mismo nombre y de Saorgio, y algunas millas separado de este habitado terreno, en el centro de encrespados montes, ecsiste un pequeño bosque, y à su falda una llanura de corto terreno con algunos castaños, oliveras y algunos otros àrboles, que mirados desde la cumbre argentada de los montes que la circundan, solo parece un lago embetunado de color obscuro: à su opuesta rivera, se eleva un estrecho palacio fortificado como lo estaban las casas en Florencia, en el siglo trece; y que puede llamarse una quinta, separada de las infinitas que adornan el delicioso valle de Turin; aunque la esterilidad de su terreno y la obra gótica de su edificio, és mas bien parecida à un castillo feudal.

La pesada mano del tiempo, no ha podido hacer otra cosa que quitar el brillo á sus negros mármoles, y agigantado como el cabo Sumburgh en las oreadas, parece desafia á Eolo y á Jupiter con la solidez de su construccion. Una rotunda desmornada y que disputa su puesto á las nubes, sobresale por una roca y por medio de un microscopio se descubre, aunque muy distante, la deliciosa colina de los Capuchinos, el viñedo de la Reina y las cuspides de las torres y palacios de Turin.

Las continuadas querellas entre la nobleza y el llamado pueblo en Génova, precisó á la familia de Castélli á internarse en el centro de escarpadas rocas, á edificar un lujoso, aunque retirado asilo, que les abrigase en caso de emigracion, como sucedia con frecuencia cuando el pueblo se cansaba de sufrir el pesado yugo de la grandeza, en la pequeña república Liguriana.

La familia Castélli no á abicor

Marcela, Condesa de Castelli, último vástago de esta ilustre familia genovesa, habitaba el solitario palacio de sus antepasados desde el año 1815, con su amado esposo, hijo de los Frogosos, que había sido elegido Dux; pero que renunció por no seguir en las alternativas de un Gobierno que no podía consolidarse. Los distinguidos esposos habían tenido sus apellidos escritos en el libro de oro, que después fué estinguido por las voraces llamas. La muerte, que por do quiera estiende su omnímodo poder, arrebatò en pocos dias la vida de estos últimos retoños de dos familias distinguidas, dejando en la mas triste horfandad á dos niños de menor edad, y á la bella Armelina, sobrina política de la Castellana, bajo la tutela de Palavicini, mayordomo antiguo de la ilustre casa, y de Gumersinda Vual, natural de Monaco, señora anciana y de despejado talento, envejecida, mas, por las calamidades sufridas cuan-

do la revolucion francesa trastornara toda la Italia, que por la abundancia de sus pasados dias.

La Condesa, naturalmente sensible, la recibió á su servicio; pero bien pronto fué relevada de este humilde puesto, para ocupar el de una buena amiga, premio justo á su virtud y delicado porte, nombrandola aya y directora de la inocente Amalia, que apenas contaba cuatro años de edad.

Aurelio, heredero de los títulos brillantes de sus padres, habia recibido en el palacio de la Universidad de Génova sus primeros estudios; pero su espíritu guerrero le hizo abrazar con entusiasmo la carrera militar, y su bella disposicion, su alto rango, su porte elegante y caballeroso, le granjearon un puesto distinguido, cual es el de capitán de guardias; y se hallaba á los veinte y dos años de edad desempeñando su honroso destino en la córte de Cerdeña, á quien se habia incorporado su libre patria....!

Roberto, menor de edad, renunciando à los derechos que le daba su alto nacimiento para ocupar un elevado puesto en la sociedad, habiasè constituido compañero solitario de su hermana adoptiva, en cumplimiento del último precepto de la Condesa; pero el afecto sencillo que profesaba à la virtuosa Amalia, y el delicado porte de la doncella, le hacian cumplir deliciosamente los maternos encargos y el cariñoso impulso de su corazon. Una pequeña servidumbre acompañaba à los huérfanos; sus pingües rentas ivan en aumento cada dia, por los desvelos incesantes del fiel depositario de ellas; y una vida, si no del todo feliz, al menos tranquila, y adornada de costumbres sencillas, gozaban los solitarios habitantes del aislado edificio.

El campanario de la retirada y antigua ermita del Bosque, donde hicieron piadosas romerías algunos Principes de la estensa Italia, hacía señal de rogativa; leván-

tase la doncella y la hace estremecer la dobscurida que se percibe en la bóveda celeste. Las aves nocturnas revolotean al rededor del Palacio, dando horrorosos graznidos: todo, al parecer, anuncia una grande tempestad, y la huérfana del castillo, con religiosa calma, se dirige á el altar é invoca con fervorosa devocion la piedad del Eterno.

La brillante luz del relámpago es seguida por el lúgubre estampido del trueno; un fuerte huracan, parecido á las ventiscas que corren en los elevados picos de Lanzi, Cantes, y Puy de Domo, (1) hace estremecer las antiguas paredes del coloso edificio: la lluvia era tan abundante, que parecia un nuevo Diluvio. La sencilla jóven cubre su

---

(1) Montes elevados de la Francia; Puy de Lanzi tiene 6300 pies sobre el nivel del mar. Cantes 6200 y Puy de Domo. 5000. En el invierno se levantan terribles huracanes, los que, arrancando pesadas masas de nieve, las lleva de una parte á otra, causando estragos considerables.

Historia de Francia por Mr. Anquetil.

rubia cabellera con un largo manto, y parecida al iris hermoso de la paz, dirígese con acelerados pasos á la habitacion donde descansaba tranquila la honrada Gumersinda, y manifestándola diese orden para despertar á su hermano» para que ¿no estais á mi lado? repuso la anciana; dejémosle disfrutar de un sueño reparador; ¡dichoso, llamarle podremos, si como se muestra indiferente á los rigores de una tormenta, puede conservar para un dia la misma tranquilidad en su corazon! y rodeadas de los criados, entran en el oratorio. Las fervorosas voces de la oracion, mezcladas con el rumor lejano de la nube, hacen levantar precipitado al jóven Roberto, y cubierto con un capoton de pieles, llega á la capilla, y la religiosa postura de su hermana adoptiva le causa un momento de admiracion: la doncella tiene elevadas sus virginales y blancas manos hácia el Empireo, como para detener el rayo esterminador; pe-

ro unos golpes reiterados en la puerta principal, rompen su arrobo piadoso, y llaman la atención de los circunstantes: la cándida Amalia, invitada por un desconocido impulso, se levanta conmovida, y su imaginación le presenta en medio de los arroyos, que desaguan en el profundo foso á su ¡Padre!: baja precipitada la escalera, y su honrado tutor la sigue, precedido del portero, para ver quíen altera la tranquilidad del castillo en horas tan estrañas. = Tal vez, repone la doncella, será algun infeliz pasajero, que extraviado del camino que debia conducirle, buscará un asilo contra el rigor de la intemperie, y si esto fuese como imagino, que se abra inmediatamente la puerta y se hospede al desgraciado en este albergue de caridad; pero si fuese un desconocido, no creo prudente franquearle la entrada en este aislado edificio, sin que preceda un reconocido ecsámen. = Palacini.... si mi Padre.... = ¡Vamos, señora! y en cortos ins-

tantes se hallan en el pórtico del castillo. Resuenan los mugrientos goznes, y las pisadas de un fatigado alazan, son precedidas á la entrada de un gallardo jóven, que arrojando de sí un pesado y húmedo barragan, se presenta con un uniforme desconocido en el pais: el brillo de sus galones manifiesta la elevada clase del incognito; y al ver á la hermosa doncella, se quita de nuevo el mojado chacó, y la suplica en tono suave, pero conmovido, se digne concederle hospitalidad por aquella noche. No se presentó Telémaco mas seductor en la isla de Calipso á la ninfa Eucharis, que el jóven Español á la huérfana de Montedarecio. Fuertes latidos de su sensible corazon sofocan sus palabras, helándolas antes de articular una sola espresion; pero asintiendo gustosa á la solicitud humilde del desconocido, le señala con modesta sonrisa la presencia de Roberto, y saludando cariñosa á entrambos, se retira para manifestar al

incognito, que á aquel jóven le es deudor de su benéfico acogimiento. Todos se entienden, porque los ilustres huérfanos deben afortunadamente á su educacion conocer el idioma español: y al guerrero desconocido no le son estrañas algunas de las diversas lenguas de aquel subdividido territorio.—Señor, dice el Guerrero al jóven Castelli, el cielo premiará el hospitalario homenaje con que os dignais favorecer á un desconocido, cuyo corazon se halla penetrado del mas indeleble agradecimiento.—Noble iberiano, responde Roberto, cumplimos con un deber sagrado, porque todo infeliz tiene derecho á reclamar el apoyo de sus semejantes; pero necesitareis algun descanso, y temo seros molesto: quedaos en paz á disfrutar el tiempo que gustéis, el asilo retirado de los Castellís: y separándose del Guerrero, encarga á Palavicini cuidar de su asistencia.

**El jóven extranjero es colocado en una**

habitacion decente, donde rendido de las fatigas de su viage, busca en vano un reposo, que se aleja de sus sentidos, porque el dulce recuerdo de la generosa desconocida, le hace despertar mas de una vez, no siéndole extraño el melodioso latido de su corazon; pero no és el descanso de la doncella mas benigno, desde que sus candorosos ojos se fijaron por la vez primera en un interesante jóven: se paseaba con velocidad por su habitacion, porque sus ideas encontradas, presentan mil imágenes á su alma, sin poder egercer ésta su natural imperio sobre fibra tan delicada; el abatimiento que se nota en sus maneras, realza mas su natural hermosura; sus rubias trenzas bajan ondeando por su blanco trage::: el descuido con que se ha entregado á una pequeña impresion, ha dado un nuevo y subido color á su bello semblante, y sin duda, al verla un sectario de Mahoma, la prestaría homenaje, equivocándola con una

de las encantadoras Uris, que le tiene reservadas en el edén su falso profeta. Criada en las selvas, á los veinte años de edad, ignora los fuertes impulsos de un corazón que recibe las primeras impresiones de un objeto amado.

Eran las nueve del siguiente día, y su joven camarera, la bella Obdulia, despierta con premura á su amada señorita, y protestando su inculpabilidad, la dice—señora, muy de mañana vi pasear por los corredores de la contigua galeria al caballero Español, y quedé sorprendida al ver su elegante porte; pero llamó toda mi atención el verle especulizar con la mayor curiosidad, todas las piezas abiertas del pabellon, y despues de concluido su examen, le oí articular estas expresiones en lengua Genovesa ¡és preciso partir!.... ¡dejarla por algun tiempo.... alejarme, si..... alejarme de su encantadora presencia, sin poderla decir.... ¡¡yo os amo!! y volviendo con prontitud, se

para delante de mi, me saluda, y como parece esperaba oír de mi acento una ligera esperanza; mas yo, conociendo su turbación — Señor, le digo, sin duda debe haber sido corto vuestro descanso ¿qué, os preparais para marchar? — ? Si, graciosa niña, no me es posible detenerme — Sin duda alguna, le respondí, deberán sentirlo mis generosos amos, si no tienen el honor de veros antes de vuestra salida. — Yo cifraria mi mayor dicha en poderles decir a Dios; pero el tiempo no me permite demorar mi partida y.... si pudiera interesaros a mi favor..... no seria del todo infeliz.... Dice, y sus brillantes ojos se fijan en los míos, como para apoyar su petición. — Caballero, le repuse, podeis contar con mis cortas facultades, y aunque mi estado es humilde, si puedo servirlos, no dudeis me tomaré un interés sencillo para aseguraros vuestra tranquilidad: ese lenguaje honesto, arrebató mi atención, y de una alma tan candorosa,

no podía esperar una negativa: toma este billete, y cuando halles ocasion, entregasele á tu divina señorita.—Señor.... temo no le reciba.—Pues en ese caso arrójale á las llamas, y al menos, díla que jamás se borrará de mi corazón su imàgen encantadora.—¿Y cómo sabeis hay en esta casa una jóven hermosa.?—Tuve el honor de verla anoche, y aunque desapareció de mi vista con la velocidad de los vientos, dejó en mi corazón grabada la grata figura de un angel, y no saldrá jamás de mi turbado seno: temí el que estuviese ligada á otro ser mas felice que yó, y mi espíritu quedó aterrado con tan funesto presentimiento; pero gracias á Eladio, segun dice, ayuda de cámara del noble Castellí, estoy bien informado de todo: á Dios, dice, dejando á mis pies el billete; sed fiel á mi encargo, y si la suerte, como espero, me conduce de nuevo á este Castillo, siempre el Español procurará por asegurar tu felicidad. Le supli-

qué se detuviese para entregarle su escrito; le aseguré me esponia á sufrir vuestras justas reconvenciones; corrí apresurada; pero todo fuè en vano; y cuando pensaba hacer pedazos en su presencia el misterioso papel, le vi internarse con su fogoso corcel en la espesura del bosque. La hermosa castellana se esfuerza en vano para ocultar el sobresalto de su pecho, y aparentando una serenidad que le abandonaba, se entrega con frialdad del lacónico billete, y arrojándole sobre una papelera, reprende con severidad su doncella, por haberse encargado de comision tan estraña; pero la discreta Obdulia, mostrándose sobrecogida, se retira presurosa; mas no le es posible á la turbada Amalia resistir por mucho tiempo el anhelo que siente en su corazon por devorar su contenido, y viéndose libre de la embarazosa presencia de su sirvienta, levanta el sello de la carta con trémula mano y con voz casi ininteligible, lee lo siguiente.

Señorita: fácil os habrá sido conocer la agitación que sofocára mi espíritu, cuando la venturosa casualidad condújome á vuestra encantadora presencia; desconociendo, empero, mi alma, el dulce efecto de mis ilusiones, quedò anonadada; pronto sentí brotar en mi agitado corazón, el soplo alhagüeno del amor, y un delirante placer rebosò desde aquella hora venturosa en mi acalorada fantasía, por hallarse hasta en aquel momento libre de toda otra pasión, paralizándolo solo mis arrebatados transportes, el funesto recuerdo de una fortuita separación. Por esta causa poderosa, he vencido el temor que me inspiraba la dura idea de poder zaherir vuestra noble delicadeza, recurriendo á la pluma, para haceros una declaración, la que mi honor garantiza; y confiado en que vuestra generosidad sabrá disimular mi atrevimiento, acatando benigna mi humilde confesión, y concediendo un solo recuerdo á quien tiene la sa-

satisfacción de ofrecer su pronto regreso; y que en su corta ausencia os desea toda felicidad, anhelando el momento dichoso en que pueda ofrecer á vuestros pies sus cortos servicios. Heraldo de B.\*\*

Concluida tan amable lectura, queda paralizada por un corto intervalo de tiempo, dudando y asintiendo á los gratos afectos que la inspirára tan amable súplica; pero la entrada de Roberto y su cariñosa directora, la sacaron de su encanto.—A Dios, Amalia, la dice el jóven Frogoso, me parece haberse marchitado el rosado color de tu bello semblante, y temo sea nocivo para tu salud interesante.—Agradezco, amado hermano, el interés que te inspira mi existencia; pero creo será la causa el haberme retirado tarde y haber disfrutado poco descanso.—¿Con que te causò temor la pasada tempestad?—Ay Roberto, cree no alteró jamás mi serenidad una obra natural, como esa; todo lo contrario, se exalta mi espi-

rita al ver el inmenso poder de nuestro divino hacedor, y contemplándole en medio del ege, presidiendo el desarrollo de sus maravillosas producciones sobre los dos mundos, le dirijo admirada, mi corta veneracion: pero solo me tenia afligida el estado calamitoso de tanto infeliz como habrá sorprendido en medio de esas solitarias breñas, sin hallar un corto asilo donde poder guarecerse del rigor tempestuoso de la lluvia.

—Esos sentimientos filantrópicos, querida Amalia, son el encanto de los que tenemos la dicha de poseerte: ya viste al militar español lo estropeado que llegó á pedirnos hospitalidad, y ciertamente he sentido no tener el honor de que nos hubiese acompañado algunos dias; pero segun me manifiesta en su despedida, negocios de sumo interés, le han precisado á marchar muy de mañana.—¿Qué hace Obdulia, amada Gumer-sinda? dice con prontitud la doncella, y cubriendo sus pálidas mejillas el encantador

colorido de una rosa.—No sé, bella Amalia, le repuso su cariñosa tutora, esta mañana la ví hablar con una aldeana de la vecina comarca, y todo con misterio, pero héla aquí. En efecto, la graciosa criada entraba presurosa en la estancia de su jóven ama.—¿No sabeis lo que ha pasado en el bosque?—Todo lo ignoramos, repone la anciana; pero si no es algun fabuloso cuento, puedes hacernos el favor de referirlo.—Pues ya que me concedeis esa gracia, os dirè lo que me ha manifestado mi amiga Lucia. Dice, que anoche cuando el principio del huracan, se le estravio el ganado á su marido, cuando le conducia á su casa, y corriendo para reunir su corto rebaño, se internó en la espesura frondosa de castaños, que rodean la ermita de la Selva !ay Dios! dice, que al atravesar su confusa arboleda oyó una voz, que con melodiosos acentos hablaba y suspiraba, sin dejar comprender una sola expresion. Que impelido por la curiosidad, ba-

jó hasta el pie del viejo castaño, que está haciendo sombra á un cristalino nacimiento de agua (sin duda lo que nosotros llamamos arroyo del misterio) y en su amenaza orilla vió á la clara luz de un relámpago, una virgen cubierta con un largo manto, que una ráfaga de viento se lo llevó hácia la espalda, y como no se movia, se pensó seria alguna imágen de la contigua capilla; pero que al verle la desconocida, dió un fuerte grito, y huyendo apresurada, bajó en breves instantes el alto montecillo: que él la seguía, pero que levantándose de entre unas matas una figura humana, le puso una mano en el pecho y le detuvo diciéndole: ¡temerario: en vano serán tus esfuerzos! (y señalándole el camino que debía seguir) le dijo: Fenor, esa senda te puede conducir á tu cabaña; retírate..... y no vuelvas á este sitio, porque dejarás de existir en el momento. Y dice, que al ir el valiente ganadero á contestarle, desapareció.

El asustado esposo de Lucía, todo lo ha referido al padre Albertos; pero solo le ha contestado el anciano hermitaño; «hijo mio, no formes malos juicios, y respeta los altos secretos del Señor.» Mas dicen algunos vasallos vuestros, que serán las almas de sus antiguos señores, que al morir dejarían sin cumplir alguna promesa, y se presentarán en diferentes figuras, para manifestar á quien se decida á interrogarles, la clase de sufragio que deben hacer para librarlos de un seguido tormento; yo tambien lo creo, y he venido á ponerlo en vuestro conocimiento, para que obreis como os parezca. = ¿Has concluido yá? dice Roberto: — si señor. = Pues bien, tranquilízate, que si son las sombras de mis antepasados, ya tendrán cuidado de avistarse con migo: no seas tan crédula; Obdulia, la dice la anciana; que en el siglo diez y nueve, ya no hay duendes ni brujas, como se decia en tiempos pasados; porque las almas, no vienen del otro mundo con

frecuencia, pues es necesario que para realizarlo, intervenga un divino permiso.—Es cierto, señora, la dice Roberte, á cierta clase de gente le és necesario tener á la pleve, y aun á la grandeza, imbuida en estos errores, para tener un gran ensanche en sus desenfrenadas pasiones, dominando á las familias honradas con el poderoso influjo de la supersticion, y señalándolas como las victimas, destinadas á la consumacion de sus máximas escscrables.

Sepáranse los pacíficos habitantes del castillo, para llenar el deber que les impone su obligacion. El hijo segundo de Marcela, entra en la abundante biblioteca, que forma la parte mas deliciosa de su vida, y despues de entregarse á una moral lectura, toma la pluma y compone un sencillo soneto, con que piensa sorprender en la mesa á su hermana adoptiva. Su corazon sensible late agitado en la ausencia de la compañera de su infancia, no acertando á com-

prender los gratos efectos que siente cuando tiene la felicidad de merecer de la inocente huérfana una mirada tierna, ó la mas ligera sonrisa. Si baja al jardin, admira desde la galería el airoso talle de la doncella, y entusiasmado esclama ¡encantadora Amalia....! ¡¡dichoso el mortal que llamarse pueda dueño de tu corazon!! ¿Amará acaso á Roberto.?

La directora de los huérfanos habia penetrado el oculto misterio, que manifestaba su amada discípula en sus acciones; y viéndola alejarse distraida por sitios retirados, y sin que la acompañase la placentera Obdulia, á quien preferia en sus recreos solitarios, la sigue con el objeto de atraerse con su natural cariñoso la confianza y secretos de la huérfana. Y saliéndola á su encuentro, al dar la vuelta por un enramado cenador del jardin, cuando ya solo alumbraban los pálidos reflejos de un Sol que desaparecia con velocidad, la tendió sus

maternales brazos, como le era de costumbre, y sin proferir ambas una palabra, se fueron á sentar al pié de una pirámide, que representa con magestuosa semejanza, al Cèsar Romano en los campos de Farsalia, señalando con su espada belicosa la dispersion de los Pompeyanos; pero viendo la respetable Gumersinda el abatimiento que absorvia á su jóven discipula, rompió el silencio dirigiéndola su espresion. = Nada penséis ocultarme, Amalia querida, la dijo, por que, convencida de que he sabido llenar con honor el deber que me señala el destino que desempeño para con vos, seria para mí un cruel sentimiento el verme temida en vez de amada. Yo creo deberiais señalarme en la tierra, como una de aquellas amigas que mas se interesara por aseguraros un grandioso porvenir; y si me permitiera mi humilde nacimiento el poderos igualar, sin duda mis alhagos serian mas bien los de una madre afectuosa: mas sin

embargo, conozco mis deberes, y despues de haber merecido el honroso encargo de daros educacion, creome con algun derecho sobre vuestras acciones. = Sè quanto debo á vuestra virtud é incesantes desvelos, responde la doncella del Castillo, y una sola duda de mi afecto hacia vos, sería un nuevo tormento, que abatiría mi espíritu; solo me entristece el recuerdo de mi padre, y como me hallo huèrfana.... = Lo sè, y no debeis dejar de pedir al eterno por su felicidad. — ¡ Tambien cortos pasos de este ameno sitio, reposan las cenizas de la Condesa, y ese doloroso pensamiento.... = Siempre he procurado distraeros de ese fúnebre recuerdo, porque una sensibilidad intensa, cuando nada remediar se puede, no es propia de grandes almas. — ¿ Y como olvidar lo que se ama con tanta ternura? = No es necesario esforzarse para conseguirlo, basta con una pequeña reflexion, para no alimentar unas ideas que nada pue-

van favorecer à una despejada fantasia.—  
Conozco la fuerza de vuestro moral discurso, pero si al menos mi amado padre digera, voy á restituirme á mi familia, ya ha seme llegado el dia de cumplir á mi amada hija, lo que tantas veces en mis consoladoras cartas le he ofrecido, no seria tan intenso mi penar.—Aunque su espatriacion haya terminado, no simpatizan sus libres ideas con nuestro gobierno actual, y aunque pospusiera su paternal amor á los disgustos de una nueva persecucion, si no lograba poder conservarse incognito á nuestro lado, no careceriais de nuevos disgustos.—Pero solo bastaria para disiparlos, una palabra cariñosa del amado autor de mi vida.—¡Amalia... sois muger y demasiado interesante.—Pero retirada en esta soledad desde mi infancia, nada debo temer.—Como vuestra hospitalidad no conoce límites... y se estiende hasta...—Señora os entiendo;... dice sonrojada la cándida

jóven.—Ahora me glorio mas y mas, por haber formado vuestro corazon, segun los sentimientos que identifican el mio.... ya yo hace dias conocí en vuestro bello semblante.....—Solo un impulso repentino.—Esos son los mas temibles.—La separacion, seguida á la impresion, debilita su efecto.—Pero no le destierra.—Tal vez..... con el tiempo....—Ese asegura mas en los sentidos las alhagüeñas imágenes—pero sin consecuencias funestas—muy suficientes para dañar á la que piense sustituirla.—¿Y para qué es la razon?—Todas las acciones de la vida, son por lo regular mas acompañadas de ese don sublime, que las deliberaciones amorosas—nunca salió ese nombre de vuestros labios—porque juzgaba el proferirle innecesario, pero ya le és llegada su hora.—¿Cuanto debo á la amable Condesa por haberme entregado á vuestro cuidado!—¿Y cuantas gracias tributo en secreto á su dolorosa memoria, por haberme confiado la educacion de un angel!—¿Hay amiga mia! dice la virtuosa jóven, besándola su blanca mano.—¿Si, siempre vuestra

amiga y confidenta, repone la anciana—; Yo os lo prometo! Y levantándose por el húmedo ambiente que empezara á rociar la deliciosa estancia de Flora, se incorporan con el jóven Castellí, que impacientado por la entrada de la obscura noche, les esperaba en la casa rústica del jardinero, donde descansaban, despues de sus solitarios paseos, y manifestándolas su cuidado con la amabilidad, que tanto le distinguia, las ofrece su apoyo, acompañándolas hasta los suntuosos salones del gótico edificio.

---

## LIBRO SEGUNDO.

**E**l hermosa como una Parghelia la doncella del Castillo, y retirada cual otra Medusa; sin conocimiento del mundo, educada por una señora demasiado austéra en sus costumbres, habia llegado á formar un cálculo de la sociedad bulliciosa que compone las familias de su clase, felizmente acerta-

do: Y no empero, estaban sus máximas desnudas de una filosófica razón. Alejarse del trato cortesano, del lujo y de las frecuentadas reuniones, era estar separada del peligroso camino del vicio. Las almas virtuosas, decíase á sí propia, sin un riguroso ecsamen de sí mismas, se hallan siempre espuestas á recibir un soplo corruptor, que las marchite como las inocentes plantas, cuando las hiere el vao hediondo que despiden las embetunadas aguas de la laguna Ethigia; y este temor verdaderamente religioso, la hacia grata su vida solitaria.

Jamás salía de su hogar nativo sino para pasear por sus alrededores, recreo que le estaba privado muchas veces por los helados vientos que corren la mayor parte del año por aquellas encrespadas montañas. Sus pasos misántropos se dirigian de costumbre á un espeso bosque, que la conducia á la opuesta orilla donde serpentea un cristalino arroyo, que tiene su nacimiento

á alguna distancia y en el monte mas corpulento, el mas estéril en su cumbre, y el que parece tener en su punta agigantada, al cielo por corona, con la neblina espesa que le rodea como el nevado manto que se admira en la cresta elevada de los Alpes: el que desde la fundacion del castillo, le decian sus habitantes Monte Arido. La doncella fijaba sus ojos interesantes en la bulliciosa corriente, pero sin que se enamorase de su encantadora figura como sucedió á Narciso, y entonces su imaginacion despejada, la presentaba mil ideas, y un suspiro tal vez iba volando en busca de Heraldo.

Una casa veija que pertenecia á la Condesa, distante del arroyo y circumbalada por pequeñas colinas, cubiertas de frondosa arboleda, servia de religiosa morada al padre Albertos, sacerdote secsagenario, que la habia erigido capilla y alcanzado el permiso de celebrar en determinados dias los

sagrados oficios de su ministerio. Este era un secreto para los huérfanos, Albertos había sido el capellan antiguo del castillo, vivía en una especie de ermita casi arruinada se negaba á su nueva reparacion: y los demas acontecimientos eran un problema que respetaban los habitantes de Monto Arido.

Roberto visitaba con frecuencia á su solitario vecino, que le recibia siempre con amable urbanidad, y no se separaban sin que saliese de sus labios el nombre de Marcela. El jóven Castelli se enternecia, y una lágrima arrancada de su corazon empañaba el brillo de sus bellos ojos; empero, su amigo le abrazaba, y se despedian sin ceremonias, aunque con interesante afecto.

En su última entrevista, conoció el hermano del Conde el estado penoso del honrado anacoreta, y que su salud habia desaparecido visiblemente. Se retiró triste, y una noticia tan poco agradable, consterna-

ba á todos los habitantes del castillo. Amalia y su amada directora pasaron á verle, para prestarle todo su auxilio, pero el sacerdote del desierto las dijo de nada carecía, y si solo se complaciera, en que fuesen mas frecuentes sus entrevistas.—Siempre és para nosotras un honor, repuso Gumersinda, el vernos favorecidas por vuestra interesante amistad, y sabeis os hemos rogado abandoneis esta arruinada habitacion, y os vengais á habitar en nuestra compañía, el asilo de la Condesa—Tambien yo participo de su generosidad ocupando esta sola capilla.... agradezco, Gumersinda, vuestros ofrecimientos, que no puedo aceptar; el cielo es testigo del interés que anima mi corazon á favor de los hijos de Márcela... ¡aquella muger debia á su criador un alma sublime!... la ví nacer y no nos separamos hasta su temprana muerte... sus desvelos para con migo, fueron los de una tierna hija... me recomendò sus hijos... y yo los

he amado.... despertando siempre en sus corazones, la memoria de sus virtudes que debieron ser compensadas en la tierra con la perpetuacion de una lámpara inestinguible, sobre su tumba cineraria..... La doncella del Castillo estaba enternecida, y conociéndolo el honrado Albertos, varió la conversacion, preguntó por Aurelio y viendo acercarse los crepusculos vespertinos, se separaron con cariño, aunque notablemente sus almas afectadas.

Era una de las tardes de Junio, poco combatida por helados vientos, y las virtuosas amigas, al pasar por la amena orilla del arroyo misterioso, se pararon al pié de un corpulento castaño, que estendia sus ramas frondosas sobre el nacimiento, como para defenderle de los rigurosos ataques de la intemperie—aqui le apareció, segun dice Obdulia, á Fenor la virgen solitaria.... y éstas cortas espresiones pronunciadas por la doncella, á la vista de la noche, y en el

silencio y calma que se gozaba en aquel sitio, las hizo abreviar el paso para salir de lugar tan respetuoso.

Pero un hombre con trage desconocido, aunque con modales finos, sale á su encuentro, del bosque do esta el arroyo misterioso, y esta idea las hizo perder el color—He sido á la verdad imprudente, dijo el incognito en lengua piamontesa, por haber notado la sorpresa de que estaban poseidas, no he precabido el juicio que pudisteis hacer de mi, al acercarme para hablaros.... pero á mi pesar conozco, que un infeliz con trage miserable como el mio, no inspira buenos sentimientos en estos ocultos sitios.—Solo nos ha llamado la atencion vuestra repentina llegada que no esperabamos, repuso Gumer-sinda mas tranquila, jamàs los desgraciados nos causaron esa especie de espanto, que acabais de pintar, porque felizmente nosotros, en este tranquilo lugar, desconocemos esa prevencion que en parages mas civili-

zados se tiene con nuestros semejantes. Si careceis de bienes de fortuna, yo solo puedo ayudaros á sentir, pero nada ofrecer; esta amable jóven, es la que puede, y no dudo os prestará sus beneficios.==Sí.... dijo turbada y con una especie de dulce agitación la doncella, en aquel castillo encontrar podreis, sino todo lo que pueda hacer os feliz, al menos tranquilidad y descanso: y siguieron su apresurada marcha acompañadas del desconocido.==¡Hacerme feliz!.... dijo el incognito; si pudieseis darme algunas nociones sobre lo que tanto anhelo saber.==Tengo el disgusto, repuso Amalia, de manifestaros, que habitamos aquel castillo ó quinta algunos años há, y que nuestras relaciones son tan cortas con el resto de los hombres, que tal vez no podremos favorecer vuestros deseos.==Pero señora ni aun conoceis el nombre de Marcela....==¡De Marcela, repuso mas turbada la tierna virgen, fijando detenidamente su vista en las cica-

trices que señalaban el denegrido rostro del desconocido. *De Marcela*, volvió á repetir, y miró á su aya como para que le digera lo que habia de contestar; pero la prudente Gumersinda, con ligereza, se antepuso á cubrir la turbacion de su discipula, diciendo: caballero, ya queda muy poco para llegar al Castillo.

Amalia habíase quedado algunos pasos atrasada, sacó con disimulo una cagita de oro que llevaba oculta en su agitado seno, la miró detenidamente y luego exclamó ¡mi padre era hermoso!.....—Vuestro padre, dijo con prontitud el hombre extraño, creo podrá satisfacer mis preguntas ¿estará en el Castillo?—No señor—Os lo pregunto, porque me parecia le habiais nombrado—Es verdad—¿podré esperar de vuestra atencion que me conduzcáis á su presencia?—Es imposible, señor.....—Se negará ha recibirme—No puede—Un grande interés me obliga á seguiros molestando, ¿está enfermo?

—No señor—Pues en ese caso, solo por una gracia.... intercediendo vos por este infeliz.....—No puede contestarme, señor—  
¡Qué enigma!....—Seguramente lo és....—  
Sentiría que mis asertos os pudieran ofender—Ofenderme nunca, pero me abren heridas profundas.....—La vida de algunas criaturas es un misterio.... tan jóven y ya sabéis lo que son sentimientos....—Cuando la vara del infortunio hiere al padre, ofende tambien al hijo—Es cierto, pero si le teneis á vuestro lado, si podeis dulcificar sus quebrantos con vuestras amables caricias.... solo una separacion....—¡Es muy dolorosa!—Nunca se muestra el destino tan aciago, como cuando separa á dos personas que se aman..... la ausencia de un padre entristece la alma.....—¡la destroza..... la ano nada para siempre....—Empero hé causado vuestras lágrimas con mis imprudencias, esos bellos ojos lo declaran—Amalia, esa sensibilidad estremada, la dice su aya apre-

tándole una mano, os espone á que se altere esa salud interesante.—¡¡Amalia... nombre divino!! dijo el anciano en baja voz —¿me llamabais, señor?—No hermosa jóven, fuè un descuido como el vuestro—y el que padezco continuamente—¡tan tierno es el amor que teneis á vuestro padre, que solo ese nombre os enternece—Si le amo mucho=su comportamiento para con vos deberá ser muy tierno—nunca me ha ofendido—y sin embargo, no os atreveis á presentarme á su vista....=No está en el Castillo—me parece digisteis no podia recibir á nadie=por que es un ente mudo, que solo se presenta á mis ojos para arrancarles lágrimas, dijo la doncella entrando en su retirado asilo—¡jóven divina, solo dos palabras y soy feliz.....=¡hablad!.....=¿habeis conocido á vuestra madre?....—No....—¿Os dejó vuestro padre en Génova para fugarse á España en poder de la Condesa Marcela?....—Si...—¡¡Mi hija, cielos!!!=¡¡Padre

mio!!! dice la doncella de Monte Arido al caer en los brazos del anciano con un aturdimiento, que la priva de sentido.

Gumersinda acude azorada al socorro de su jóven discipula. Roberto baja apresurado; se entera de cuanto pasa y tiene el placer de verse estrechado repetidas veces en el seno cicatrizado del padre de Amalia; mas Aurelio está ausente, no conoce á Genaro sino por el retrato que conservaba su hija, y un criado sale para Turin al siguiente dia con una carta sellada, noticiándole el deseo que anima á su familia, para que pase á tomar parte en la felicidad que gozan por la repentina llegada del padre de la doncella. El Conde quisiera volar para estrecharle en sus brazos, pero no le és permitido disponer su marcha sino por los trámites que marca la milicia, y èsta idea le desmaya: se persona con algunos amigos, y al poco tiempo se le concede un año de descanso, en premio de sus honrosos

servicios. Monta en un brioso alazan y acompañado de Sixto su fiel asistente, llega con brevedad al solitario Castillo; pero la doncella de Monte Arido queda sorprendida por su repentina llegada, y al verle, sus labios han pronunciado el nombre de Heraldo, por las nocturnas tinieblas que la rodeaban al avistarse en la galería suntuosa de la quinta.

El guerrero se ha enterado por una imprevista casualidad del secreto que abriga el corazón de su hermana, en la padecida equivocación, y tomándola una blanca mano, la conduce á su gabinete, notando la turbación que la abstraía—Animo, hermosa Amalia, la dice: el pecho de Aurelio es muy capaz para que se deposite en él un leve secreto..... ¿han ocupado muchas veces mis recuerdos á esa tu candida alma?—Si, todas las noches pedía al eterno por tu felicidad y la de mi padre—¡y... nada mas!... el resto del dia lo pasaba pensando en

tan tiernos objetos, y mas de una vez tu hermoso retrato ha sido sellado con un ósculo fraternal; cuan gratas son las sensaciones que graban en mi corazón tus dulces acentos; las espresiones amables y sencillas, en la boca de una hermosa, esceden en elegancia al mas sublime estilo, porque penetra hasta lo mas profundo [del alma, cuando este, solo le distrae interin la toca.—Yo creo, repuso sonrojada la doncella, que te has olvidado que estás en el Castillo de Monte Arido, y que Amalia no tiene los hechiceros encantos de aquellas bellezas que te rodeaban en Turin. Pero esta sencilla conversacion, siempre interrumpida y vuelta à seguir por la presencia de sus amigos, tuvo que suspenderse al fin, para dar libertad à toda la familia, que rebosaba de placer con la llegada del jóven Conde, à quien Genaro favorecía como à sus hermanos, con el albagüeño título de hijo. Una felicidad esperada, no es tan agra-

dable á quien favorece, como una impre-  
vista: el guerrero habia manifestado á su  
familia pasaria algun tiempo sin verles, y  
su pronta llegada al Castillo ha colmado de  
dicha á sus habitantes; pero el padre de  
Amalia, que le habia visto nacer, le estre-  
chó una y mil veces en sus brazos diseca-  
dos y regó con abundantes lágrimas, que la  
efusion de su pecho le hacia derramar.

El jóven Aurelio, siempre amable, llevaba  
por do quiera el placer, y su permanencia  
en la quinta aislada, era un incremento  
de ventura para sus habitantes. Estaba do-  
tado de una imaginacion tan viva, que lo  
que á otros seres les distrae interin | pasa,  
en su cerebro quedaba tan estampado, que  
solo el recuerdo de un objeto amoroso le  
embriagaba y hacia subir al mas sublime  
grado de entusiasmo, pero ninguna impre-  
sion causó en su alma un efecto tan alar-  
mante, como la noticia que le dieron sus  
hermanos de la aparecida solitaria en la

fuerza del misterio. Sus sentidos arrobados, le presentaban como un hecho cierto la relación de Fenor; y una mujer encantadora, una ninfa esbelta como la amada de Hércules, es el ente ideal que anhela ver, y le hace pasar los días tristes con sus continuadas aunque infructuosas investigaciones.

Dos meses permanecía al lado de su familia, cuando una mañana sale en aquella hora que los primeros crepúsculos de la aurora forman aquel día imperfecto, que aparece poco antes de amanecido, y que atrae hacia el Oriente la vista de las criaturas para ver como crece de un momento á otro el diáfano fulgor, estendiéndose por las elevadas cumbres de las montañas; y la apacible calma matutina tranquiliza al joven Conde, que caminando hacia el arroyo con la grata esperanza de ver á la misteriosa virgen que apareció á Fenor, cuenta los instantes, y sus intervalos le aparecen eternos espacios. Pero la suerte no es siem-

pre la misma, y Aurelio prueba tambien su variado tino,

Una sombra descende por una alta roca y parece á larga distancia una mole de nieve que rueda por la áspera Montaña. Sorprendido Aurelio, quisiera salir á su encuentro, pero temeroso de cometer una imprudencia, se oculta y espera aquel momento ansiado, que pueda ver de cerca á la virgen de la selva. La solitaria llega al pié del viejo castaño, que hace sombra al nacimiento de la cristalina corriente; separa el blanco velo que la cubre, se postra con dignidad en el húmedo suelo, y parece una divinidad celeste que descende á la tierra para la veneracion del género humano, y entregada á su fervorosa meditacion, solo le parece que es vista y oida por el Eterno.

Aurelio queda como petrificado.... la virgen del bosque le causa un respeto, que no puede comprender... solo vé, que una be-

lleza incomparable, respira el mismo ambiente que excita su agitado pecho; pero el amor no ha brotado todavía en su corazón, porque está reprimido por un pensamiento religioso, que le sufoca en su primera fermentación. Y esta barrera formidable, que opone la virtud hasta para que se pueda concebir una sensación natural, es cuando la alma queda en libertad para discurrir el incentivo verdadero para abrigar una pasión, que si bien es volcánica según la sensibilidad que hiera, es honesta.... pura, y siempre acompañada del decoro, las mágicas ideas de una prevención religiosa.

La virgen misteriosa, blanca como una azucena, tiene fijados sus negros y hechiceros ojos en la azulada bóveda, y la Venus Romana perdiera parte de sus encantos, comparada con la encantadora solitaria de Monte Arido, si un traje honesto no ocultara las formas bellas que tanto lucen en

aquella esbelta diosa; pero la estrangera solo manifiesta unos diez y seis años de edad.

El Conde dirige tambien su vista hacia el empireo, como para usurparle una mirada á la misteriosa beldad; pero su alma arrebatada le trastorna, y un suspiro escaldado sin prevencion, le descubre y roba los momentos de entusiasmo que gazára. El jóven guerrero sale de su oculto sitio; la doncella se levanta apresurada, y los bellos ojos de ambos se confrontan y una especie de encanto les deja sin movimiento: mas aquella irresolucion para hablar, ó partir, revela la abstraccion que anonadaba sus almas. Aurelio se ha adelantado dos pasos sin determinado objeto; pero la virgen del bosque permanece inmovil, y con tan pura dignidad, que un hombre temerario al verla, retrocederia con respeto, teniéndola por una divinidad empírea, por réprobas que fueran sus creencias religiosas.

El corazón sensible del Conde, repite con velocidad sus agitadas pulsaciones, y no pudiendo sostenerse, se apoya en el frondoso castaño y queda tan inmóvil como el antiguo tronco.... empero la solitaria há desaparecido, y Aurelio no le sigue por un temor que le hace estremecer.

Los ardorosos rayos del Sol señalaban lo avanzado de la hora, pero la llegada de Genaro al manantial cristalino, desvanece el encanto del joven que se incorpora con su anciano amigo—He pensado que alguna novedad extraordinaria te habia ocurrido, amado hijo viendo nos abandonabas en el desayuno: Amalia voló en tu busca, persuadida estarias en el jardín; pero nos dijo Palavicini que habias salido á tu acostumbrado paseo matutino, y yo me he tomado la libertad de venir á interrumpirlo—Vuestra presencia siempre me favorece y nunca me molesta, repuso con semblante afectado el Conde; me he distraído demasiado con un

objeto divino y cuya imagen encantadora estampada en mi cabeza la embriaga todavía; mas el tiempo desapareció con la rapidez misma que la mágica sombra.—No tengo conocimiento de este terreno, dijo el padre de Amalia, porque siempre he estado en Turin, y el año diez y nueve cuando la Condesa me concedió la mano hermosa de su sobrina Natalia, estaba en Génova, porque negocios de sumo interés la habian hecho salir de su Monte Arido, como decia, y entonces me dijo, que á este arroyo llamaban, por tradicion particular, del misterio, porque todos tus antepasados han tenido en este solitario retiro apariciones extraordinarias. Pero como en pocos años hemos adelantado mucho, he creido que siempre serian tan naturales y factibles, como la casualidad que condujo á mi hija para que confrontara con su padre, despues de andar perdido en estas sierras dos dias en busca del palacio fortificado; porque mi

posición incognita me privaba de poder hacer manifestaciones, que sin duda me hubieran comprometido y con sola las noticias que me habia dado Palavicini en sus cartas, salí de la aldea de Colde-Tende y despues de separarme de la vista de las innumerables quintas y palacios que adornan esas inmensas llanuras, vine porque así lo quiso la suerte, á la orilla de ésta amena corriente, dó me esperaba la felicidad—Hay preocupaciones que parecen realidades, y yo nosè si he visto ò he soñado; lo que sí puedo aseguraros, es que no dormia.

Genaro habia procurado llamar la atencion del jòven Conde, manifestándole de nuevo el imprevisto encuentro de su hija; pero Aurelio le contestaba preocupado con la aparicion misteriosa, y conocido por el anciano, que solo un pensáimiento tenia distraida su imaginacion, respetó su secreto y le acompañò al Castelló.

A la natural jovialidad del Conde, habláale

sustituido una tristeza, que su familia miraba con dolor; pero sin decirle una sola palabra, meditaba con prudencia el modo de poder dulcificar su espíritu abatido; y la doncella del Castillo, con hechicero semblante, no le dejaba entregarse en su presencia á su silencio estremado, pero siempre con prevencion y delicadeza, y tal vez una sonrisa melancólica daba una nueva gracia á las bellas facciones del alucinado jóven.

El dia de su cumple años ha llegado, y el Conde manifiesta el deseo, de que no se haga mencion alguna en su celebridad. Pero Amalia todo lo dispone, y á las cuatro de la tarde suplica á Aurelio, tenga la atencion de acompañarla para dar un poseo en el jardin: toda la familia le sigue, y al llegar á la casa rustica, se queda parado el guerrero por la agradable sorpresa que causa á su corazon el adorno sencillo y la bella perspectiva que ofrece la delicadeza del buen gusto. Una fuente de agua pota-

ble que arroja su natal vitalicio por la boca de un Neptuno de marmol negro, trabajado con primor, está enramada de mirtos y jacintos y todo su pavimento, como la escalera que conduce á la sala de recreo. Las paredes están adornadas con delicadas colgaduras, que bajan ondeando hasta una alfombra persa de mérito esquisito; pero lo que mas llama la atencion es el retrato del Conde pintado al óleo, de cuerpo entero y vestido de gala, orlado con una guirnalda de delicadas flores, que ocultan el pesado y afeligranado marco de plata, y á su pié hay una pequeña inscripcion que dice: «en celebridad del cumple=años del señor de éste Castillo.»

Aurelio estrecha entre las suyas una mano á la doncella, y llevándola con transporte á sus labios, se le ve tomar una leve parte en el placer sencillo que anima la fraternal reunion. Los mas delicados manjares se suceden con frecuencia, y la suntuosidad

del aparato, con la diversidad de vajillas donde luce el grabado genovés tan acertadamente elogiado sobre las de plata, podrían hacer dudar al extranjero, si estaban en un retiro de principes ó solo en el palacio de un Conde.

La conversacion era sencilla y placentera, y si algun recuerdo puede llamar sus atenciones és el de Albertos por haberse negado á acompañarles. Rovertto toma una copa de rosa y brinda por la vida de su hermano, y Genaro por su felicidad; pero el Conde sigue su ejemplo, y saluda á la belleza de Amalia, á la amistad sagrada que le une á su familia, y al amor. Rovertto le aplaude por su fina atencion, elogia con entusiasmo las gracias de la doncella, los impulsos divinos de la amistad, y los dulces transportes del amor---Ese pensamiento és muy sublime, dijo el honrado tutor, porque pinta con fuego los arrebatos de un afecto cariñoso, que creo no cono-

—oéis---Al lado de la hermosura, repuso el joven Castelli, de la virtud y de hechiceros encantos, solo un corazon de hielo puede resistirse. El Conde le comprendió y le estrechó en sus brazos; mas la virgen del Castillo bajó sonrojada sus bellos ojos, y la volverles á levantar se encontraron con los de su querido padre.

Concluido el refresco, salieron á dar un paseo al cenador, que por la entrada de la noche estaba alumbrado con infinidad de bombas, farolas y vasos, que despedían por la delicada transparencia de sus colores, los brillantes rayos de sus luces; y despues de pasear hasta las once, se retiraron con la misma cordial fraternidad que habianse reunido.

Dos veces los ojos brillantes del Conde habian sido heridos por la presencia encantadora de la solitaria en la fuente misteriosa, y sus almas, estasiadas por un impulso mágico, no habian podido producir el sencillo

pensamiento de dirigirse una sola espresion. Pero el señor del Castillo veia consumirse su corazon por una llama devoradora, y decidido á no perder ocasion en que pue- da tomar algun descanso, viendo ha faltado á la hora matutina la hija de la aurora, sale para el arroyo, cuando la campana de la capilla de Albertos acababa de tacar la oracion. La luz brillante y plateada del astro nocturno, iluminaba con su pálido fulgor las agigantadas cimas de las monta- ñas: un viento suave mecia las entre azadas hojas de los árboles, y su continuado ruido, mezclado con el sordo murmullo de la cor- riente, hacian el sitio contemplativo, y la alma triste del guerrero se entregó, sin ha- berle sido dado evitar, á una triste y pe- nosa meditacion, raeostado sobre una rús- tica piedra: pero ha distinguido una per- sona, que con ropa talar se dirige con len- tos pasos por la orilla del arroyo, y un sudor frio ha bañado su blanca frente. Es

la solitaria, que al llegar al pié del Casta-  
ño, ha quedado indecisa y dando algunos  
vagos pasos, que indican el abandono de  
su espíritu. El guerrero se ha levantado y  
la agitacion de su corazón sufoca su pe-  
cho..... su negra cabellera está erizada.....  
despiden fuego sus miradas centellantes.....  
quiere hablar, empero la palabra se ahoga  
en sus ardientes labios.... sus arterias con-  
vulsivas, se comprimen con la circulación  
agitada de su sangre ardiente..... y poseído  
por uno de aquellos arrebatos en que el  
corazón manda á la cabeza, como el viento  
á las olas, baja con velocidad una pequeña  
altura, y amedrentada la desconocida, quie-  
re huir; pero el ilusionado Conde, asido  
al manto, que la cubre, dobla una rodilla  
á los pies de la solitaria---; No temas, vir-  
gen del desierto.... yo respeto la pureza  
de tu alma.... déjame oír una sola vez esa  
tu angélica voz.... asegúrame que eres ca-  
paz de sentir, y mi homenaje seráte con-

sagrado como á una divinidad.... Dice, y se vé precisado á apoyar su acalorada cabeza sobre una trémula mano---Desconocido jóven, repone turbada la estrangera en idioma español, soy una infeliz criatura de igual especie á la tuya; y ese nombre dulce, le ha sido usurpado á la que reina en el empireo:---Y acaso tu no eres una de aquellas creaciones puras, nacida perfecta de las manos de tu hacedor, para recreo y entusiasmo de los que tienen la dicha de verte....---¡Calla.... aléjate de mi.... no me busques.... no me sigas, guerrero atrevido... deja sola sea yo la infeliz....!---¡¡ Tus desgracias no pueden arredrarme.... hija de la noche.... mi ecsistencia es tuya como mi amor!! Pero la solitaria se ha estremecido, haso querido alejar, y el Conde se há levantado de sus pies para seguirla--¡Detente, dice la estrangera, rechazándole con su bella mano, no es posible me acompañes.... en la soledad que habito no hay crímenes,

pero está el infortunio!.....---Bien, yo lo  
apetezco como una dicha esos males, que  
pudieran sobrevenirme.... á tu lado, virgen  
de la selva, dulces seránme los mas duros  
tormentos.... mi alma ovediente á los pre-  
ceptos de mi corazon.... mirará impávida  
las calamidades, que se vayan á tu lado su-  
cediendo...., porque solo podrá gozar de los  
hechiceros encantos de tu hermosura.... y  
una vez á tus plantas, aunque la muerte  
me espere... ¡¡ gozo y soy feliz!! diré á la vista  
de esa sombra estragadora, con la calma de  
un Iroqués cuando á ella camina, acosado  
por un horroroso martirio---¡ Dios mio! es-  
clama la solitaria, al notar la agitacion de  
Aurelio, y que sus últimas palabras han  
sido pronunciadas con voz convulsiva--¿Por-  
qué.... temes? Dice el Conde apoyándose  
sobre el tronco del corpulento castaño....  
déjame morir á tu lado....---¡ Morir!.... no,  
Dios mio, repite la solitaria afligida....---  
Mira.... esa corriente..., la dice el guerrero,

señalando el arroyo; la estrangera lo entiende y suspira.... no tiene una copa, que pueda conducir à los secos labios del Conde; empero, violentando su natural modestia, junta su blancas manos y ofrece al desfallecido jóven un sorbo de agua--Quiera el cielo se tranquilice la agitacion de tu pecho, con este corto auxilio que ha podido ofrecerte Armelina, en la fuente misteriosa: dice, y espera un pronto restablecimiento para marchar. El guerrero ha acercado su ardiente boca, à las manos puras de la estrangera, y su espiritu se ha reanimado---Es preciso separarnos, dice con amabilidad la solitaria, nada debo temer ya por tu vida, la hora es avanzada.... ¡A Dios!.... ¡à Dios! repite, y trepa con velocidad la pequeña colina, que le separa de Monte Arido.

Aurelio hace un esfuerzo para seguirla...; pero le faltan las fuerzas y cae sin sentido sobre una enorme piedra, y corre en abun-

dancia por su frente helada la roja sangre que circula con pausa por sus agitadas venas.

El hermitaño Albertos se dirigia al arroyo misterioso, con objeto de disfrutar la apacible calma que ofrecia tan ameno sitio, como acostumbraba por espacio de muchos años: pero aunque queda sorprendido al hallar un jóven bañado en su sangre y caido al pié del castaño, no teme porque su conciencia es pura, y levantando al yerto Conde, le coloca en sus débiles brazos, restaña la herida con un pañuelo y crece extraordinariamente su conmocion, al reconocer á la despejada luz de la luna al heredero del Castillo.

Era mas de la media noche y la tardanza de Aurelio tenia consternada á toda su familia. Genaro, Roberto y Palavicini salen del Castillo para la misteriosa fuente, pero su amena orilla está salpicada de sangre y la muerte del Conde es una idea que ator-

umenta á los afligidos ancianos; Sixto corre con ecsasperacion por todos lados, la turbacion de Palavicini, Rovertó y Genaro se aumenta: el honrado tutor no tenia familia, y toda su dicha estaba en la felicidad de sus nobles pupilos. Una campanada es la señal de retroceso; ésta acaba de sonar, y la triste comitiva se dirige con pasos apresurados al Castillo. Todos sus habitantes están poseidos de una tristeza que les trastorna. Eladio ha encontrado recostado en su lecho al jóven Conde; nadie sabe quien le ha conducido ni por donde ha entrado sin ser visto; está herido y vendada su bien formada cabeza, pero lo demás es un misterio.

La primera facultad de Palavicini habia sido de cirujano, y desde que murió en la aislada quinta el doctor Nerogroni, no se habia ocupado su puesto, porque los conocimientos del tutor eran muy suficientes para llenarle. Ecsamina con cuidado la he-

rída y teme un mal resultado, porque está cerrada y fría; pero le aplica los medicamentos necesarios y el Conde entreabre sus amortecidos ojos, y asido dulcemente á una mano de la doncella—; Hay Amalia.... si la vieras.... que seductora.... se presentó.... á mi vista! dice, y volviendo á su desfallecimiento, enmudece. La más viva consternacion altera todos los semblantes; por do quiera se halla la confusion.... sobresalto.... llanto....; nadie acierta á cumplir con serenidad su encargo. La virtuosa familia no se separa un solo momento del señor del Castillo; él, que perdida enteramente la razon, nada sabe cuanto pasa, nada siente, solo sus afligidos amigos se han entregado á un acerbo dolor.

Quince dias han pasado entre penalidades, pero está conseguida su mejoría y á pesar de la debilidad que padecen los debilitados órganos del Conde, sus pocos años pronto la dominarán para recobrar la na-

turala su perdida fuerza. Roverta está siempre al lado de su hermano, dice que su vida está animada por la del Conde, y esta fraternal sensibilidad realza mas el mérito que todos admirán en sus nobles sentimientos. No ha podido mirar con indiferencia las gracias con que natura favoreció benigna á la hermosa hija de Genaro; y aunque le oculta en su pecho, espera un momento favorable para declararse á su honrado padre, y que una venturosa union con la doncella, le asegure una felicidad estable en la tierra.

Pero el mas desgraciado es Genaro; nada puede dulcificar sus penas; y á pesar de verse continuamente estrechado en el virginal seno de su hija, que Aurelio y Roverta, le prodigan los mas cordiales afectos, y que Palavicini y Gumersinda le respetan y aman sin afectacion, no puede calmar por solo un instante la turbacion continua, en que le sumergen los mas tristes recuerdos.

¡Oh infelice Genaro!.... tu tienes heridas tan crueles, que no se pueden borrar de tu corazon ni aun con la muerte: los hombres te han separado de los caros objetos, que constituir debian tu felicidad.... La ambicion, el encono, el mas temerario y vil de todos los vicios.... la hipocresia rodeó tus juveniles años como una serpiente devoradora, y logró hacerte desdichado. Pero tu, hombre sensible, esperas todavia en que el Eterno ponga fin á tus penalidades, volviendote á los brazos de....: confia en su grande poder; el tiempo es como la luz, que por donde pasa destierra la obscuridad y lo aclara todo: interin llega ese dia, para ti tan anhelado, y sin duda protegido por el Cielo, descansa, si puedes, á la grata sombra de tus hijos.

---

## LIBRO TERCERO.



El amor!.... esa llama abrasadora, que

tiene su asiento por naturaleza en el corazón del hombre; que el sabio inventa en vano mil ardidés para evadirse de su inmenso poderio; que á el anciano no le basta la oposicion de muchos años, viéndose en la precision de alimentarla en su caduco seno.... ¿Qué obstáculos podrá oponerle un corazón sensible en la plenitud de sus juveniles años; una imaginacion viva y una fibra ecsaltada y nerviosa como la de nuestro jóven Aurelio? Solo el amor habla á su corazón: él le sigue en la mesa, en el paseo, hasta en aquellos momentos que el Criador concedió á nuestros sentidos para entregarse al reposo. En todas partes se vé dominado de su terrible poder. La virgen de la selva, no se separa un solo instante de su acalorada fantasia; aquel último ¡á Dios!.... tan tierno, pronunciado á el pié de la fuente por la solitaria, le siente repetir de continuo en su cerebro ardiente.

Solo treinta dias há, que un facultativo dudaba de su mejoría. El reloj acababa de tocar las once de la noche, que señalaba

el largo término, que se vió á los pies de la misteriosa doncella: ¡es preciso verla! esclama fuera de sí, y aun á costa de mi existencia oír el melodioso acento de la estrangera.

Firme en su resolucion, baja acalorado la suntuosa escalera del Castillo; sus habitantes retirados en sus dormitorios, estaban entregados á un sueño profundo. La puerta se resiste para franquear su salida, y temiendo sean oídos sus esfuerzos, pierde la esperanza de realizar sus designios; empero, al retirarse le presenta su acalorada imaginacion á su amada, reprendiendo su timidez. Retrocede impelido por una fuerza sobrenatural.... un lejano golpe hiere sus oídos, haciendo suspender por un momento sus arrebatos para dejarle conocer que es hacia su derecha.... Allí estan reposando las cenizas de sus ante=pasados.... una puerta inmediata á donde se halla, franquea la entrada al antiguo panteon de su familia.

Toma una linterna que tiene siempre preparada el portero, y se dirige temeroso á el sitio triste de la muerte. No cesan los golpes: abre la puerta con poca dificultad, ansioso de ver la causa que los motiva; jamás los jóvenes huérfanos habían querido ver el doloroso féretro, en que yacían los respetables autores de sus días.

¡El Conde les pisa por la vez primera, y temiendo hallar el nombre de Castellí! separa la vista de las lápidas sepulcrales por no ver la solitaria tumba de sus amados padres.

Caminaba acelerado por el largo panteón... cuando vé una estrecha puerta, y á su lado una losa blanca. Dirigese hácia e o' jeto de su atención.... ¡ Oh, Cielos! es el sepulcro frío del Dux, y la Condesa... ¡ Padre mio!.... ¡ Madre amada!.... dignaos oír des e esa mansion de reposo, los gemidos tristes de vuestro infeliz Aurelio!.... ¡ Levanta, madre mia, tu yerta cabeza, y dignate dirigir una mi-

rada á tu affligido hijo!.... Dice, y cae de rodillas ante el féretro solitario. Un sudor frio baña su hermosa frente.... los melodiosos preludios de una arpa, acompañan una dulce voz, que entona cánticos sagrados; se apodera de su desfallecido espíritu un pánico terror; la luz alumbraba apenas los cónabos oscuros del panteon.... un fuerte viento hacia repetir el eco de las puertas y ventanas que mecha con violencia; la péndola del relox aumentaba el lúgubre sonido con sus continuados golpes.... Aurelio quiere salir de aquel sitio de terror.... se levanta con precipitacion, y entra por la puertecita inmediata á donde se halla.... ve una enorme piedra sostenida por su brazo de hierro.... tadea la robinada aldava, y levantando la pesada losa..... encuentra una escalera estrecha.... la baja juzgando hallar salida, y viendo un lóbrego camino, se dirige por él, sin saber á donde le conduce su delirio.

La bóveda repite con sordo rugido los tardos pasos del alucinado Conde. Es tan largo el subterráneo, que caminando el espacio de veinte minutos, no puede llegar á su término. Varios escalones se vuelve á encontrar, bájalos, y un pedazo de pared desmoronada le anuncia la estremidad de la caverna; una pequeña esplanada rodeada de algunos huecos y piedras á lo natural, le hace conocer, que no ha penetrado hasta allí la mano ingeniosa del arquitecto.

Se aterra el jóven Conde al presentarse á su alma la imagen triste, que tan grabada ha quedado en sus sentidos, de los lóbregos sepulcros, por donde debe volver á pasar para llegar á la galeria del Castillo: y esta fúnebre idea la hace perder su natural serenidad, teniendo que reclinarse sobre un duro peñasco, para recobrar algunas fuerzas; pero un dulce suspiro le saca de la abstraccion en que se halla.

Apoderase del debilitado Aurelio un desfallecimiento mortal, al recordar lo inmediatos que se hallan los frios restos de sus amados padres; y aflijido, invoca los auxilios celestes; cuando el estrecho subterráneo se vé de pronto iluminado por un opaco rayo de luz, que penetra por una claraboya, el guerrero la observa, y mas animado, sube á una pequeña altura y levantando con suavidad una losa, que se deja facilmente mover, trepa sin dificultad alguna, la corta elevacion que le separa de la trampa; empero ¡que espectáculo se presenta á su amortecida vista!.... una joven tan hermosa como el primer crepusculo de la aurora, profundamente dormida sobre unas pieles; una luz ardiente á pausas sobre una rústica mesa á el pié de un devoto crucifixo, y una vieja arpa pendiente de un pedazo de madera. ¡Cielos! esclama el noble Castelli; ¡es posible que en esta habitacion de fieras se alberguen las humanas

eriaturas! dice, y despues de unos momentos de silencio, toma la moribunda mariposa, y aprocsimándola á la dormida doncella, reconoce despues de alguna reflexion á la Solitaria!..... está sola..... y cubierta con una capa tan blanca como sus candorosas mejillas. Un rosario con una pequeña cruz, tiene oprimido fuertemente sobre su palpitante corazon. El apasionado Conde la mira con el entusiasmo de un pecho amoroso: teme despertarla, pero á el tiempo mismo, siente se retarde el feliz instante, en que le dirija una tierna mirada la hija del desierto.

Sonriese el guerrero, al mirar cariñoso aquellas facciones tan gratas á su corazon: aquella hechicera boca, que con tanta gracia se entreabrió en su primera entrevista, para asegurarle seria eterno en su corazon el recuerdo grato del jóven desconocido: aquellas virginales y blancas manos, que le ofrecieron unas gotas de agua en la mis-

teriosa fuente. ¡Dichosa doncella! dice, qué te adornó la naturaleza con todas las candorosas gracias de la mas seductora belleza.... ¿Por qué habitas esta solitaria gruta?.... ¿Qué vicios hallas en los hombres, para que tanto te separes de su trato?.... ¡Hija de las montañas, he aqui á tu amante!.... ¡Despierta, Armelina!.... Aurelio te ama, y ofrece ante su Criador respetar siempre los secretos de la estrangera.

A el delirio, sigue el entusiasmo: toma á la dormida virgen una blanca mano, y llevándola con dulce transporte á sus fogosos labios, estampa en ella un ósculo amoroso. Despierta despavorida la asustada doncella, y reconociendo á el jóven Aurelio, se levanta precipitada; mas el Conde la detiene, y cae á sus pies, implorando le perdone el atrevimiento, que la casualidad y el amor le han hecho cometer. — ¡Infeliz! repone amedrentada la tímida virgen, tu sombra me ha perseguido desde el instante

en que nos vimos....! ¿Por qué has venido á turbar la calma, que el sueño prodigaba á mis sentidos?.... ¡huye!.... apártate de mi para siempre!..... ¡¡el cielo..... el mismo Dios se opone á nuestro trato!—  
¡Hija del desierto! la dice el apasionado jóven, ese divino ente que tu nombras, aprobar debe mi puro amor..... desecha ideas tristes y preocupadas; él nos predispuso susceptibles para concebir una ardiente pasión.... él nos oye, nos ve, conoce el estado de nuestros corazones, y siendo legítimo nuestro afecto, no debe mancillar nuestras acciones, cuando éstas solo se dirijan á obedecer una ley que impuso al hombre desde su creacion, para conservar la maravillosa obra de su especie.... y.... nada temas á tan sublime hacedor.... ¡Ven, solitaria del bosque!.... ¡deposita en el seno de tu amante tus padecimientos, tus....  
—¡Temerario! clama asustada la doncella, ¡qué pronuncias!.... ¡sepárate de mi, y no

salga jamás de tus labios una sola espresion de amor!.... retrocede algunos pasos horrorizada, y con el mayor abandono, reclina su desmelenada cabellera sobre su virginal seno.—Solitaria misteriosa, la dice, fuera de sí el Conde, ¡à Dios! tu ordenas mi muerte, y gustoso te obedezco: levántase acalorado y se dirige á la trampa, que conduce al subterráneo—Aurelio.... dice deteniendole la afligida virgen, ¡¿ donde vés?!.... esa losa funesta nos separó, cuando caíste al pié de la fuente.... aqui, fuiste conducido por un anciano respetable.... él te entregó á mi cuidado.... yo restañé la roja sangre que corría en abundancia por tu blanca frente.... ésta desgraciada pedía al cielo por la conservacion de tu interesante ecsistencia; y ahora en su nombre te suplico que.... ¡habla encantadora Arnelina! ¡pídeme la vida, este corazon que solo respira la ardiente llama de tu puro amor.... mis honores, títulos, riquezas, to-

do cuanto poseo es tuyo: dime hija de las gracias ¿qué quieres?—¿Qué? ¡¡Que no olvides la solitaria!!—¡¡O vilarte!!.... mira la dice el Conde doblando una rodilla ante el divino crucifijo, y asido á una fria mano de la doncella, ¿Ves esa devota imagen del redentor del hombre, que parece observa y oye la mas pequeña de nuestras acciones? Pues ante su respetable presencia, te jura Aurelio un amor eterno!..... pero, ¡tiemblas! ¿Qué causa á tu pura alma esa turbacion?.... ¡Virgen de la selva! ¡oiga una sola vez de tus amantes lavios, el apasionado Aurelio; que le amas!....—¡Sí,.... yo.... te.... amo!

Un rayo caido á los pies de la doncella, no causa tan grande conmocion en su agitado pecho, como el que le ha ocasionado su imprudencia: toma una moribunda luz, y mirando con severidad al estasiado Conde, le coje una mano y sin articular una sola palabra, le conduce por unos estrechos

de un segundo subterráneo; y abriendo una pequeña puerta, se hallan en breve en la espesura de un bosque—Aurelio, dice la solitaria: llegó la hora de nuestra separación.... ¡á Dios! y el te guié con felicidad á tu suntuosa morada. Queda inmóvil la tímida vírgen, esperando parta el jóven Conde para el Castillo: mutuamente se mirán, se observan; empero sus trémulos labios no se mueven sino para escalar los ardientes suspiros, que brotan sucesivamente sus recíprocos corazones.—Y bien, hija del misterio, la dice el heredero de Castellí, ¿no conoces que devoras el corazón sensible de tu amante, y que éste no puede obedecerte, porque te ama?—No prohíbe mi mandato tu amor, porque no exige esfuerzos sobrenaturales: solo te pido en nombre del cielo, que partas; y te prohibo me sigas; dice, y un brillante meteoro, no desaparece con la velocidad que la virgen de Monte Arido. En vano la turbada vista

del primogénito de Marcela le busca por todas partes: porque há trepado las altas rocas, con la rapidez del viento.

Resonaba todavía en el acalorado cerebro del Conde el à Dios lastimero que al separarse le envió la Solitaria: su corazón afligido de dolor, sofoca su respiración en su agitado pecho; y dirigiendo una mirada triste al sitio en que precipitada subió la estrangera, deja correr una lágrima abrasadora, y se encamina tristemente para el Castillo.

¡Cielos! ama el jóven Aurelio despues de algunos momentos de abstracción; la hermosa hija de las montañas.... habita la antigua morada de Albertos.... á su asistencia fuy entregado, cuando hallábame próximo á la muerte.... un anciano venerable, me condujo á su humilde gruta.... allí estaba la solitaria de la fuente.... este sin duda es el piadoso hermitaño.... y, ¿donde estará?.... ¿Qué relaciones puede

tener en la sociedad ese anacoreta, que ya dilatados años habita en este retirado desierto?.... La estrangera, la bella Arme-  
lina és española; su acento dulce la vende el secreto que en vano oculta de su pá-  
tria.... ¿Y qué habrá motivado á esa Na-  
cion demasiado civilizada, para arrojar á  
este áspero retiro la hija de las gracias?....  
¡Pero al tiempo le és dado solo aclarar  
los secretos que ofrecí respetar siempre á  
la misteriosa solitaria.

Distraido en tan sucedidas ideas, cami-  
naba el joven Castellí, cuando reflejaban  
con su inimitable resplandor los primeros  
crepúsculos de la aurora sobre las copas  
agigantadas de las montañas. Sonreíase la  
naturaleza á el ver la entrada de un nuevo  
dia: saludándole los simples pajarillos con  
sus distintos gorgoros, la verde pradera, le-  
vantaba erguida sus silvestres vegetales,  
despreciando ufanos el pesado rocío; los  
altos pinos, los chopos agigantados, y las ro-

bustas encinas, invitados por un ambiente suave, mecían con agradable murmullo sus hojas entrelazadas, recibiendo con tan sencillas muestras de júbilo todas las producciones que adornan este grande emporio en que vivimos, al trono luminoso de su Creador. Empero no es menos sensible el virtuoso Aurelio, á la deliciosa perspectiva que presentaba á su amortecida vista los dorados rayos del vivificador de las plantas, del guiador candoroso del hombre, y en fin, del luminoso astro del Sol. Olvida por unos momentos la escena nocturna: separa cuanto le es posible la solitaria de su aletargada fantasía, y dirige tristes y fervorosas oraciones á el Eterno.

Descendia con pasos tardos el amante de Armelina los bajos montecillos, hallándose en la verde pradería que rodea su gótica morada, y embebido en sus meditaciones, piensa tomar algun descanso; pero, ¿quién es aquel anciano, que está reclinado sobre

una rústica piedra, como meditándo en pasadas desgracias? Es Genaro; todos los días al despertar la aurora, sale sin que le vean sus amados hijos, y desahoga sus tristes penas en el mudo testigo del bosque. Allí vierte amargas lágrimas el padre de Amalia.... diferentes sensaciones perturban de continuo su fatigado corazón.

El Conde se aproximaba para reconocerle y quedan sorprendidos ambos á el hallarse en aquel sitio:—¡Aurelio! clama el anciano sobresaltado—¡Padre mio! dice el amante de la solitaria: tu tambien padeces como este infeliz y buscas la soledad por no manifestar á tu amada familia el motivo justo de tus quebrantos: ¿por qué nos ocultas tus penas? ¿crees acaso no estar rodeado de tus mejores amigos?.... Pero callas, y solo abrazadoras lágrimas me hacen conocer el acerbo sentimiento en que se halla tu alma.... ¡hay Genaro!.... Tu parececes y te niegas á recibir el consuelo que

te ofrece el sensible Aurelio.—No, hijo mio, no reusa mi gratitud tus ofertas generosas, repone el padre de la doncella del Castillo: todo lo contrario, sé tus penas, y te compadezco mucho, porque mi corazon tambien ama!!.... ¡¡pero grandes motivos me han precisado á devorar en secreto ésta pasion abrasadora. No estrañes, caro hijo mio, este lenguaje poco igual á mis arrugadas facciones, porque los trabajos.... las continuas persecuciones.... este pecho que miras lleno de cicatrizes y que abriga un corazon circundado del mas amargo tormento, me hace parecer secsagenario; pero solo cuarenta y dos veces ví renacer la verde primavera—Y bien, respetable Genaro: tu amas, por que és natural en el hombre ésta violenta posion que enciende en nuestros corazones una sola mirada del cariñoso secso; ¡hay de mí! ¿Veis aquella alta roca, que se descubre por medio de esos robustos montecillos?.... Pues en su falda sombría, está

la morada triste de la jóven mas hermosa que conocieron los hombres.... allí se oculta la criatura mas encantadora que hà formado naturaleza..... huérfana, sin duda..... hubiera sido victima de las intrigas amorosas á que están espuestas la belleza y horfandad, si un religioso anacoreta..... pero ; que digo!..... ignoro, amado amigo mio, enteramente su origen y desgracias; y solo puedo decir, que.... la amo. =Lejos, querido jóven, mi débil lavio de aconsejarte lo contrario, un cierto impulso, háblame en secreto á favor tuyo si, Aurelio, yo te amo como si fueses hijo mio, y solo anhele tu felicidad, y si la solitaria no se niega á tu dicha y la hallas virtuosa, cándida é inocente, no mires la causa de sus desgracias: el pudor, es el adorno incentivo de una señorita, y el hombre virtuoso debe preferir estos méritos morales á las físicas gracias, cuando estas solo sirven como los delicados tapizes de Persia, si con

ellos se adornan las desmoronadas y obscuras paredes de una caberna, que como estos, con el tiempo se desprenden y quedan en descubierto los defectos que ocultaban, así marchitada la hermosura con uno de los frecuentes contra tiempos á que tanto nuestras constituciones y fortunas están espuestos, aparecen solamente las viles inclinaciones, que lidiando noche y día con la vida y la virtud, presenta una escena horrorosa á el hombre, que se vé precisado por las leyes del honor y de la religion á soportar una furia, sin que vea en la seductora belleza que tanto le entusiasmó otro atractivo, que el mentido recuerdo de aquellas pasajeras gracias, que se desvanecieron con el tiempo.

Yo te acompañaré á esa agreste morada.... hablaremos á ese respetable anciano, para que nos haga sabedores del origen de esa jóven solitaria, y le rogaremos nos manifieste el estado de la hermosa doncella

y la causa que la redujo á este oculto retiro. ¡¡ Quiera el cielo hijo mio, no sea tan hipócrita ese desconocido ermitaño, á quien llamas respetable, como lo era el vil tutor de mi Elisa!!.... ¡¡ Ese monstruo de quien te hablo, fué un aborto vomitado por el aberno, para hacerme el mas desgraciado de los mortales!!.... ¡¡ Cubierto con el velo de un perfecto devoto, ocultaba en su falso corazon todas las furias del infierno!!.... la ambicion, la vengauza y el encono, tenian formado asiento en su alma corrompida.... ¡¡ Arrancó de mis brazos la mas tierna de las esposas!!!... ¡hay!..... ¡te estremeces, hijo mio!.... ¡pues no sació su espíritu vengador con separarme para siempre de la desgraciada Elisa!.... llevó su barbarie hasta el extremo de acusarme á un tribunal tan inicuo como su bárbaro corazon.... ¡Y me vi rodeado de cadenas en una obscura prision, por el largo espacio de treinta meses, padeciendo

todos los rigores de mi desventurada suerte..., solo iba à verme, para saciar su feroz venganza en mi padecer.... yo le reprendia el crimen execrable que cometia con hacerme morir inocente....; pero solo era contestado con una sonrisa maligna, que me mostraba el placer que alimentaba su bárbaro pecho, al ver mi situacion horrosa.

Involuntariamente, amado Aurelio, te he revelado un secreto, que debia bajar conmigo al sepulcro.... si, digo involuntariamente, porque jamàs pensé descubrirlo, y ha mas de quince años le abrigo en mi pecho. ¡Ah hijo mio! tu nada puedes hacer para dulcificar esta pena, que devora mi alma, sino dejando correr una sola lágrima para confundirla con las que continuamente derrama este infeliz.... empero, solo una peticion debo hacerte.... la serie no interrumpida de mis padecimientos, ha cortado la carrera vigorosa à mi precaria

existencia.... y no está largo el día en que, dandoos el último á Dios, báje á descansar en la pacífica mansion de la tumba....; pero, Aurelio.... ¡tengo una hija! y si te interesa el que éste anciano p<sup>se</sup> pase algo tranquilos los últimos días de su vida, ¡¡júrame no abandonar jamás á la virtuosa Amalia!!.... ¡¡su padre te enviará desde la mansión pacífica del féretro.... un recuerdo de gratitud!!.... dice, y un copioso llanto embarga la prosecucion de su súplica.

¡Hombre infortunado! repone el sensible Conde, ¡si,! ¡te lo juro por mi honor.... por este fuego amoroso que abrasa mi corazón...., y por la sombra triste de mis difuntos padres, no separar jamás de mi lado á mi adoptiva hermana. Yo respetaré siempre en la cándida Amalia á la virtuosa hija del infeliz Genaro; y cuando baje á reunirme para siempre á las frias cenizas de mis antepasados, será inalterable mi reposo, por haber cumplido con tu encargo y el

de mi amada madre. — Bien, generoso Aurelio....., ya no sentiré tanto sobre mi espíritu el grave peso del infortunio, por que tu alma generosa ha sabido dulcificar mi corazón, asegurándome con espresiones tiernas el amparo futuro de mi hija, y espero....., joven virtuoso, que no saldrá jamás de tus labios mi imprudencia.... quiero lo ignore todo mi amada Amalia... si acaso.... cuando ya no exista.... cuando este corazón ajitado cese sus pulsaciones acaloradas puedes decirlo.... ¡¡ Amalia: tu padre.... fué el mas desventurado de los hombres ¡¡ dice, y despues de un largo gemido, interrumpido por un copioso llanto, se levantan del rústico asiento, y un silencio lúgubre les acompaña el corto camino que les separa del Castillo.

La solitaria no ha vuelto á presentarse en las márgenes silenciosas del arroyo, y la ecsasperacion se aumenta por instantes en el heredero de Marcela, al recorrer pa-

voroso las escabrosidades de Monte Arido, en medio de la tenebrosa noche; y nada le arredra, nada le espanta, por que su alma impávida, no se vé herida mas que de una irresistible pasion, que ahoga el racionio y prohíbe la meditacion. Pero su amigo Genaro no le abandona; le sigue y procura inspirarle la idea de que un amor verdaderamente dichoso, es aquel afecto templado, aunque profundo, que constituye los gozes y la verdadera felicidad. Mas no conoce este lenguaje el jóven Conde, porque detesta los seres que aman por la natural conviccion de que les es agradable un recreo en medio de sus ocupaciones, que haga ilusoria la vida, y una compañera fiel con quien partir sus bienes ó disgustos. Todo lo que no sea una pasion devastadora, que arrobe los pensamientos, que embriague los sentidos y que solo deje franco al alma un precioso instante en que pueda gozar y sentir aquellas mágicas sensaciones, que solo

se experimentan en el fuego de la juventud, y que tan graves daños ocasionado han con su omnimodo poder, cree es un afecto mezquino, digno de desprecio. Y si la razon despierta alguna voz en sus momentos de reflexion, recordándole lo que dice Bacón de los genios amatorios, se conforma y tranquiliza, porque Berclayo, tan sabio como el Canciller, está porque el efecto de una pasion ardiente, ha sido abrigado en los pechos de algunos heroes que causaron ja admiracion del mundo; y ésta mácsima original le deja en libertad para acrecentar la llama amorosa, que le destruye el corazon.

El padre de Amalia, impaciente por la ausencia del Conde, y siendo mas de la media noche, salió al jardin, y hallándolo paseando con alguna velocidad, le detuvo diciendo—Si mi presencia te es molesta, una sola palabra tuya bastame para dejarte libre; pero si las lágrimas de un anciano pueden

conmover todavía ese tu corazón, te pido que abandones este sitio, y vuelvas la calma á mi espíritu, que no podrá recobrarla, careciendo de ella el tuyo=Yo estoy tranquilo, respondo con frialdad el Conde =Esa dicha aparente entristeceme mas; necesitas descanso, y de él huyes ¿és acaso esto una felicidad?—El sueño se ha auyentado de mis ojos..... en vano me fatigo para buscarle..... si dormito, Armelina me acompaña con sus encantos..... si despierto estoy, paréceme la oigo repetir sin cesar, con aquella dulce voz..... *no olvides la solitaria*; y arrobado, ni siento las horas que van pasando, ni espanto alguno me causa ese silvido fuerte de los aires, ni el ruido que ocasionan al chocar con las entrelazadas ramas de esta espesa arboleda.... tan indiferente estoy con los rigores de la naturaleza, como ella, de que yo soy una producción suya=Hay hijo mio, cuanto siento interrumpir tus meditaciones con mis

humildes asertos.... ¿crees acaso, que esas nociones que produce tu fantasía, están animadas por la razón? El hombre es un forastero en medio del mundo civilizado, cuando no sabe reglar sus pasiones: y este estudio nos es tanto mas preciso, por que la vida, seguida sin freno, es una carrera veloz, que se estrella en el primer abismo, que le aniquila para siempre—La templanza en el amor es una virtud que desconozco, y por esto no la anhele. Yo seré tal vez, uno de aquellos entes desgraciados, que un estravio mental les tiene preocupada su imaginacion, sin que se les pueda convencer del error que padecen: tambien, como hay hombres que solo sirven para la guerra por su decidido valor, otros para la fábula o la historia, quienes para la poesia, sin que tengan mas talento científico, que el numen de consonancias.... quizá yo inutil seré para todo, y mi destino habrá sido señalado solo para

ocupar el delicioso puesto del amor.—Un hombre aficionado á una sola mácsima, compone un papel bastante humilde en la sociedad: un poeta sin elocuencia, sin pensamientos sublimes, sin variacion, será un ente preocupado en necesidades: el escritor sin moral, y siempre adherido á una sola opinion, sin conocer la imparcialidad, será solo un sistemático, que la república de los sabios despreciará: y un hombre sumamente sensible á los alhagos del amor, que solo halla recreo en la presencia de su amada, que solo para ella viva, que su afecto preceda á todas sus acciones, y no goce de literatura, de la gloria de una vida independiente; será empero un afeminado, y deberia seguir el ejemplo de Aquiles, cambiando su trage en aderezos femeninos, para encubrir el seco que desdora.

Esta pintura sencilla há penetrado hasta la alma del guerrero, y su sangre se ha enardecido, pero Genaro no quiere perder

una ocasion tan favorable, y habiendo logrado arrancar del solitario jardin á su jóven amigo, le dice entrando en su gabinete=Seríame sensible, hijo mio, solo pensar que mis asertos pudieran zaherirte; pero debes conocer que mi espresion, si no es elocuente, es nacida de mi alma porque solo anhela tu tranquilidad, como su mayor dicha ¿has podido olvidar por un momento siquiera, aquella nuestra reunion en el bosque, donde te manifesté mis disgustos, y tu con generosidad me ofreciste la proteccion de Amalia?—Ese recuerdo entristece mi corazon.... no he faltado á mis promesas, siempre vuestras penas están presentes en mi imaginacion....; pero me veo abrumado por una sombra que no me deja vivir, no tengo serenidad para prodigaros con mas amabilidad los verdaderos sentimientos de mi amistad....—Una impresion amorosa no debe abatir tanto al noble vástago de dos familias ilustres=Yo cambiaría mi

suerte por la del hombre mas necesitado, si la recompensa fuera la mano hermosa de esa misteriosa virgen—Tambien al lado de una esposa bella, se necesita de algunos bienes de fortuna para gozar una vida tranquila y feliz—A Gyques dijo un gentil, fingido oráculo, que el hombre mas dichoso de la tierra, era Aglao, labrador de la Arcadia, y si la fama habia llegado á los oidos del agorero, y por eso contestó al Rey, burlando su ambicion: creo que el regar la tierra con el sudor de la frente, para proporcionarse el sustento para sí, y su amada familia, sería su mayor dicha—Yo opino, que no en su humilde estado se cifraba su bien, sino en la sobriedad, en la templanza, en una vida siempre ejercitada en el escamen de la naturaleza y en la propia conviccion de sus fragilidades, que reglaba por la razon; porque debió tener presente, que no tiene enemigo el hombre mas feroz que las pasiones desordenadas—

Son sin duda crueles, pero mi amor es puro aunque fuerte, y no destruye la virtud. Armelina no me puede corresponder por ser desgraciada aunque me confiesa su amor; y yo para igualarla, detesto mis riquezas, y el día que me oigo nombrar, como uno de los setenta y seis feudos de Cerdeña, que acabo de heredar, parecenme llenan de dictérios. Detesto la tiranía, la clase media es la del hombre y la del pueblo, y la que siempre he respetado, aunque he estado asociado con las mas nobles familias de Turin: y en aquella época, como en esta, me siento inclinado á la igualdad.

El Conde, aunque jóven habia llegado á formarse esta idea grandiosa de los derechos del hombre, y el libre Piamontés procuraba alentarle con entusiasmo, porque su corazon impregnado en nobles sentimientos, detestaba naturalmente la tiranía y despreciaba en el fondo de su pecho á los no-

bles presuntuosos, que solo se vanaglorian de su ambicion, cuando ven delante de sí sobrecogido de respeto al infeliz, que les suplica con el sombrero en la mano, le atiendan y se compadezcan de su posicion desgraciada.

No abunda felizmente esta clase de hombres en el siglo de la ilustracion, que por fortuna vemos correr en adelantos y civilizacion; pero no hay duda, que las riquezas enorgullecen algunos grandes, los engrienden, les forman altaneros, y tal vez se persuaden que su clase ha sido destinada en la tierra para mandar, dominar y destruir; mas si una pequeña ráfaga de racionalidad les despeja su delirante fantasia, bien conocer pueden, que no son mas que lo que quisieron los hombres mismos, que fueran ellos, ó sus antepasados: pues no todos debieron su elevacion al valor y fidelidad; tambien el acaso ó el favor llegaron á formar clases afortunadas é ilustres

apellidos. Mas la naturaleza de las cosas creadas, és y será siempre la misma, y con igualdad obséquia al poderoso, que al miserable; pues el Sol, padre comun de todos los vegetales, no es mas brillante en los adornados salones de un magnífico palacio, que en las paredes rústicas y desaliñadas de una cabaña; ni la fuente ofrece su nectar cristalino y delicioso, con mas abundancia al que le recibe en un baso de oro para el servicio de grandes príncipes, que al miserable méndigo cuando acerca desfallecido sus secos lavios para recobrar su perdido aliento.

¡Pero, qué quiméricas son estas verdaderas reflexiones para el que todo lo tiene, todo lo goza y no hace otro papel que el de un uatómata, que solo se mueve por los resortes del mundo caprichoso y sus aduadores. Asi el jóven Conde, merece llevar sobre sus blancas sienes la orla civica de su grandeza y virtudes, entre los que di-

chosamente la poseen: y aunque su situación es ventajosa, su alma es tan desinteresada como grande; y un elógió sublime en que la afluencia mas fina pudiese decantar su mérito verdadero, no pedria llenar el espacio inmenso que sus nobles sentimientos ocupa, y que á una pluma elocuente le seria algo difícil poder pintar.

---

## LIBRO CUARTO.

**B**overto, el amante reservado de Amalia, acababa de obtener del anciano Genaro la mano deseada de su hija. Sorprendida la doncella al manifestarle su padre los honestos deseos del jóven Castellí, no contesta una sola palabra: sus rosados labios pierden el color, y saludando con modestia al respetable autor de sus dias se entra silenciosa á su solitario gabinete. —Sin duda, esclama el anciano, no aprueba su coracion el lazo honorífico que debe

unirla al pié de los altares, con el sensible Roberto. ¡Hija mia....! no violentaré jamás tu libre voluntad; todo lo contrario, siempre hallarás un amigo en tu desgraciado padre, que sabrá respetar tus mas pequeños secretos.

No le fué desconocido á la tímida Amalia el vivo interés que animaba las facciones del cariñoso autor de su vida, al anunciarla la solicitud honrosa del hermano del Conde. Amaba á el jóven Roberto como si fuese un cariñoso hermano; empero su corazón sencillo habia latido mas de una vez por el ausente Heraldo. El reconocimiento, la gratitud y el paternal amor, le hablan sin cesar en favor del hijo segundo de Marcela: estos efectos sagrados son antepuestos un solo instante á el cariño, que por el Guerrero desconocido alimentaba en su pecho: y decidida á sacrificar su voluntad, solo espera la ocasion en que pueda dar á su padre una prueba, aunque violenta, de su excesiva ovediencia.

Gumersinda es la única depositaria de sus penas, porque careciendo en el retira-

do Castillo de una amiga, le invita la soledad, á depositar sus sencillos secretos en el seno tranquilo de su aya; pero no calmando la agitacion de su espíritu, la tarda alocucion de la anciana, busca en el retiro el antidoto inocente á sus tristes meditaciones. El jardin, que en otro tiempo formaba sus delicias, ha perdido el estímulo que sus matizadas y diversas flores, causaban á sus sentidos, cuando el buen Ibernón la conducia por las calles entrelazadas de verde multa, manifestándola los progresos que hacian las simientes que sus blancas manos habíanle ayudado á sembrar.

Desde que está resignada á recibir el esposo que la suerte le presenta, solo pasea por uno y otro lado sin fijar su candorosa vista en la diversidad de objetos que la rodean. El ambiente embalsamado con las aromáticas plantas que forman unidas la mas deliciosa fragancia, no tienen para la cándida doncella aquel atractivo que en dias

mas serenos disfrutaba en las calorosas tardes de Junio.

Impaciente el jóven Rovertó, viendo el silencio de Genaro sobre su amorosa pretension, busca á la hermosa Amalia, y diciéndole el jardinero la vió entrar en el cenador que rodea el pequeño lago, hállala en efecto, reclinada en un blanco cespede embebida en tristes reflexiones. — ¡Dulce amiga mia! la dice entusiasmado, y llevando á sus ardientes labios una fria mano de la doncella: sin duda alguna habrá sorprendido tu sensible corazon, la inesperada declaracion del tierno afecto que tus virtudes han inspirado á mi alma. Pero no turbe querida Amalia, tu espíritu generoso una confesion, que debí hacerte muchos tiempos há.... ¡si, encantadora hija de la virtud! ¡yo te amo!! y sola tu puedes constituir la dicha inalterable de mi vida, uniéndote á mí para siempre...; pero, ¡ah! tus rosadas mejillas pierden el color.... riegas tu puro seno de cris-

talinas lágrimas.... retira turbada tu blanca mano, y tus bellos ojos no se dignan dirigirme una sola mirada..... ¡Amalia hermosa! ¡tu corazón sin duda se resiste al complemento de mi dicha!.....—No, joven sensible, repone la hija del anciano: yo, queria vivir siempre à tu lado, porque has renunciado la sociedad por acompañar à la huérfana Amalia....; has recibido à mi anciano padre con el mismo entusiasmo, que sentiría en este momento tu sensible pecho, al estrechar en él nuestra querida madre.... ¡y qué digo!.... todo lo debo à tu cordial cariño.... ¡mi corazón tambien te ama!.... y si tu felicidad y la de mi padre pende de nuestra union, Amalia..... ¡es tuya!

¡Encantadora amiga!.... ¡soy el mas venturoso de la tierra! porque tus hermosos lavios han señalado los dias de gloria, que me esperan pasar à tu lado. Dice, y asido à una mano de la doncella, salen del delicioso cenador, quedando entrambos ad-

mirados al ver á la parte opuesta del estanque á el respetable Genaro, hablando á la sombra de un verde castaño con el Conde de Castelli. — ¡Padre mio!.... ¡amado hermano!..... clama entusiasmado el amante de Amalia... ¡llegó la hora de mi felicidad!.... todos formaremos como hasta la presente, una misma familia; pero Roberto será el mas dichoso, siendo el esposo de la virtuosa hija de Genero. Una ligera sonrisa asoma á los blancos lavios del padre de la doncella: — Y bien hijos míos, sino hay violencia en vuestra voluntad, sed dichosos y vivid juntos dilatados años: yo admiraré gustoso vuestra dicha; y sin cesar, elevaré á el cielo mis fervorosos votos, para que os colme de prosperidad y ventura. Dice, y deja correr por sus arrugadas mejillas las dulces lágrimas, que el placer le hace derramar.

Sonrojada la jóven Amalia con la escena que le es forzoso soportar, cubre su blan-

ca frente con un finísimo lienzo, y agitada su pura alma por las mas sucedidas ideas, se vé precisada á reclinar su rubia cabellera sobre el cicatrizado seno de su amado padre. — Querida hermana, la dice el amante de la solitaria: ¿por qué ese desfallecimiento?.... ¿qué sientes?.... ¿esperas acaso la aprobacion del infortunado Aurelio?.... ¡Ay Amalia! no le es posible á mi corta influencia, poder decantar en este momento las diferente sensaciones que arroban mi alma, al ver estampada en tu hermoso fisico la imagen respetable del pudor, causa única, segun imagino, de tu turbacion; pero quiero tranquilizarte, repitiendote mil y mil veces, el inalterable cariño que te he tenido desde aquellos primeros años de nuestra vida, en que gozando de las delicias maternales, nos decia continuamente la generosa Condesa: *«hijos míos, amarse mucho, pues quiero seais siempre cariñosos hermanos, y cuando Rovertó sea mayorcito, juga-*

reis al rededor de mi y de vuestro padre, y viendoos crecer en perfecciones y virtud, aseguraremos para siempre el consuelo de nuestra vida.” Pero ¡ah! qué pasajeros le fueron aquellos agradables aunque quiméricos presentimientos. La muerte que nada respeta, nos privò de nuestros amados padres, y solo nos ha quedado la fortuita ley de obedecer sus preceptos. Y el modo de cumplir exactamente su último encargo en que jamás nos separaremos, es enlazandote con mi querido hermano.

La hija del anciano, anonadada en el sentimiento que le ocasionaba los recuerdos del jóven Conde, levanta sus candorosos ojos, y mirando tristemente al heredero de Castellí, parece decirle con un mudo silencio: tu sabes desde el momento en que viniste al Castillo, que mi corazon amaba á un jóven llamado Heraldo..... ¿Por qué pues, apruebas la eleccion de Rovertó?

Solo tres dias habian pasado desde que

Amalia ofreció al hijo segundo del Dux, ser su tierna esposa; y despachados con brevedad los documentos necesarios al efecto, encargan al honrado Palavicini de tan importante comision; no dudando del pronto y buen desempeño de su antiguo tutor. Este sale para Génova en un brioso Alazan, acompañado de solo un palafrenero y con brevedad se les vé cruzar la larga distancia que separa el camino real del suntuoso Castillo.

El solitario Albertos, fuè el primer depositario de los inocentes secretos de la futura esposa de Revertó. El la recibió á los ocho años de edad por la vez primera en su aislada ermita, para que recibiera la tierna niña el pan celestial.

Todos los Domingos y dias festivos al despuntar la aurora, bajaba el respetable ermitaño á el Castillo de los huèrfanos y ofrecía en holocausto á el Eterno el santo sacrificio de la misa.

Su conversacion era limitada con los herederos de Castelli; solo al separarme de los sencillos jóvenes, les recordaba con dulce espresion el sagrado deber de todo cristiano. Genaro le acababa de ver por la vez primera; porque su quebrantada salud le habia tenido privado de poder egercer su honroso ministerio, desde la llegada del padre de Amalia. El aspecto venerable del solitario, su porte severo, sus arrugadas facciones y el sagrado nombre de ministro del Señor, hablan al corazon de Genaro en favor del anacoreta. Recuerda la oferta que hizo al heredero de Castellí, de hablar con el secsagenario ermitaño, y conociendo debe serle conferida por el sacerdocio la union de Rovertó con su hija, concibe el proyecto de buscarle aquella tarde para confiarle sus reservadas solicitudes.

Despedíase el religioso Albertos como le era de costumbre de sus antiguos vecinos, cuando el padre de Amalia, deteniéndole, le di-

ce.—Sacerdote respetable, necesito hablaros sin testigos: dignaos señalarme sitio en que pueda veros.—Bien, honrado Genaro: cuando el Sol haya descendido al ocaso, me hallareis al pié del viejo castaño que baña la cristalina fuente del misterio. ¡A Dios! y la paz sea con vosotros. Dice, y saludando con ademan magestuoso, sale en direccion de su rústica morada.

Palavicini llega de su encargo á la una del mismo dia, en que debe avistarse el esposo de Elisa con el respetable ministro del Señor. El jóven Rovertó entra en el gabinete de la hermosa Amalia, acompañado de su padre, seguidos de Gumersinda y Tello, que conducen unas salvillas de plata, con los mas costosos aderezos de brillantes y piedras preciosas, que ha podido hallar el honrado tutor de los huérfanos, en la fértil y comerciante Génova. Rovertó suplica á la tímida doncella se digne aceptar el corto obsequio que le ès permitido hacer—

le, el cual, comparado con sus amorosos deseos, es nada, porque quisiera poderla presentar la corona, que adornára las sienes de la grande Catalina de Rusia. Una ligera sonrisa vaga por los candorosos lavios de la jóven Amalia, manifestando á su futuro esposo con la mas cariñosa ternura, cuanto agradece su pura alma, el mas pequeño de sus sacrificios.

El padre de la virtuosa doncella, recordando la entrevista que le espera, sale con direccion á la fuente del misterio, cuando el Sol, prócsimo al occidente, alumbraba apenas con pálido resplendor las verdes copas de los corpulentos castaños. Empero ¡cual es su turbacion á el verse detenido por el alucinado Aurelio, que pálido y con vista centellante, se arroja á sus pies, suplicándole no se olvide de la pasion ardiente que en su pecho alienta por la solitaria!—Tranquilizate, caro hijo mio, le repone el anciano, estrechándole en sus cariñosos bra-

zos; quizá tendrá señalado el Eterno mas próxima tu ventura, que la de este desgraciado: yo quisiera tener la sabiduría de un Mentor, para poderte guiar con acertados pasos por el turbulento camino de las pasiones; pero el tiempo es precioso.., á Dios... y confía siempre con la proteccion de tu adoptivo padre.

El jóven Conde, queda reclinado en una vieja encina, sin tener serenidad suficiente para dirigirse á el Castillo. Una senda inmediata á donde se halla, le presenta huellas recientes de una criatura humana. Las ideas abstrusas del amante de la estrangera, se exsultan al ver un elevado monte, que abriga á su lado opuesto la rústica morada de la virgen de Monte Arido:—¿Si será la pura Armelina, la que habrá sellado estos cortos pasos, para que pueda guiarse por ellos al oculto sitio de su retiro su apasionado Aurelio? Dice, y subiendo con rapidez las cóncavas breñas, descende

con la misma velocidad, á verdes praderias.

La luna magestuosa despedía sus reflejos luminosos, por medio de pesadas masas de argentadas nuves, que pasando con lentitud por su disco, obscurecían por algunos momentos con sus partículas inflamadas, la opaca luz del astro nocturno; evitando que su plateado fulgor penetrára á la tierra, para guiar á el extraviado caminante. El primogénito de los nobles Castellís, sin precaver á donde le conducía su delirio, ívase internando en el centro de las encadenadas rocas.

Las obscuras nuves, agitadas por contrarios vientos, se presentaban á la vista del jóven Conde en diferentes posiciones. Soplabá un viento Norte, fuerte y repentino; meciendo con horrísonos ruidos las elevadas copas de los altos árboles; y el amante de la misteriosa virgen, se detiene para ver si puede hallar una estrecha vereda que le conduzca al Castillo, por serle ya descono-

cido el sitio en que se halla. Empero una persona que se percive algo distante, trepando los bajos peñascos, llama toda su atención y se aprócsima para reconocerle.... un movimiento inesperado en la atmósfera, hace retirar las turvias nuves, hiriendo de repente un rayo luminoso el rostro de la desconocida.... ¡¡ Armelina!! clama el hijo de Marcela á el ver la solitaria—¡¡ Aurelio!! dice sobresaltada la virgen de la selva, y juntando ambas manos, deja caer su frente abrasadora sobre el seno agitado del Conde = ¡ Doncella del desierto!.... ¡ al fin vuelvo á verte!.... = ¡ Errante en estas malezas, perdido en el centro de las cóncavas rocas.... nada temia, porque el corazon me decia, que la pura Armelina se presentaria á mis ojos, y tendiendome generosa una mano guiadora, sería para su apasionado Aurelio un Angel consolador! = Yo tambien, repone la solitaria, pedía al Cielo condugérame por la última vez á tu presencia.... ya me

lo há concedido, y no soy del todo infeliz. — ¡Hija del desierto, tu cifras parte de tu felicidad con mi vista, y me dices ¡pedias fuera la postrera!... ¡¡ Que has pronunciado, solitaria del bosque!! ¿no sabes que Aurelio en nada aprecia su ecsistencia, si la pura Armelina se niega á su dicha?... La dice, y la ofrece un rústico asiento en que pueda tomar algun descanso. Siéntase la cándida virgen á la derecha de su amante y con voz melodiosa le repone= ¡Jóven demasiado digno de mi afecto: yo sería dichosa, si la suerte no tuviera una barrera insuperable é interpuesta para nuestra union! ¡Nunca Armelina podrá dejar de amarte....! ¡¡ Pero tampoco será tuya jamás!!— ¡¡ Qué dices, hija de la selva!!.... ¿Qué secreto tienes oculto para afirmar con tanta fuerza nuestra eterna separacion?... ¡¡ Yo soy libre....!! ¡¡ Y si los hombres.... la suerte.... el cruel hádo se place en nuestro penar, no por eso desmayará tu amante: te tengo á

mi lado, y no habrá poder en la tierra, que baste á separarnos!!.....=¡Tranquilízate, amigo mio! nadie es mas desgraciada, que la infeliz Armelina.... estas agrestes montañas, han visto cumplir á la solitaria, los quince años, no há muchos dias.... ¡yo tambien amo!.... pero ¡qué digo!.... ¡me está prohibido nombrar el amor, y no puedo sofocarle en mi agitado pecho!.... el Cielo!.... ¡el mismo Dios recuerda sin cesar á esta infortunada criatura el cumplimiento sagrado de su obligacion....! ¡reprende en mí el haber amado, y con sus divinas inspiraciones me manda olvidarte....! ¡¡pero la pobre solitaria no puede consumir el sacrificio de no amar al Conde de Castellí!!! ¡¡las continuas oraciones... las mas ásperas penitencias, no calman sino por un momento, los fuertes latidos de mi corazón.!! ¡¡Salgo de la oracion y te busco por todas partes.... estos ásperos desiertos, han repetido mas de una vez tu

nombre, à el salir involuntariamente de mis lavios!!.. ii A las plantas.... al viejo castaño.... à la misteriosa fuente!! iii y aun à las piedras insensibles, pedia conturbada me presentáran á:::!!! no puedo seguir.... un fuerte y estrepitoso truéno, seguido de una copiosa lluvia, y los relámpagos mas luminosos, cortaron como por mandato superior la prolongación de su narracion amorosa.

Atemorizada la virgen del desierto, se levanta sobresaltada. = ii Separémonos, Aurelio!! dice con turbado acento.... ¡yo he cometido una imprudencia!.... ii El Cielo tiene pendiente sobre mi cabeza el rayo de su justicia!!.... iii Todo amenaza mi existencia!!! iii Perdon.... perdon, Dios de bondad!!! iii Yo os ofrezco separarme para siempre!!!.... iii Qué vas apronunciar!!! iii Inocente!!! dice el Conde con una especie de furor, y tapando la boca à la asustada solitaria con su yerta mano. ii Vas à ofrecer à el Eterno nuestra dura separacion!! ¡caiga

sobre mí su terrible castigo!.... ¡sufra yó todo el rigor de su severa justicia! ¡pero no llegue jamás á mis oídos, la separacion de la solitaria con este infeliz!!.... ¡Desgraciado!.... clama aterrada la virgen de la fuente; tu ceguedad te ha privado de razon, y no conoces que el Señor nos está vienddo..... ¡¡á Dios!!! dice levantándose apresurada, ¡el deber.... ¡la religion!.... ¡un voto ante el Eterno, prohíbe nuestra union!!... ¡¡Qué oigo, Cielos!!! ¡¡infeliz muger!!!.... ¡¡Qué pronuncias!! El alucinado Conde, cubierto de un frio sudor, adelántase algunos pasos sin determinada direccion, y vienddo huir la solitaria, la coge por la delgada cintura, y cubriendola con su blanco manto, la sienta sobre sus tremulas rodillas. La doncella delirante, déjase conducir como una autómata; y reclina su hermosa cabellera en el seno de su amante, pareciéndole hallar un seguro asilo que la defienda del rigor celeste. Una llamarada luminosa aparece en el

Cielo, privando por algunos momentos de la vista á el amante de Armelina. La hija de la selva, levántase agitada, y una ráfaga de viento arranca de su espalda el largo manto, llevándole con precipitación violenta de roca en roca: un pánico temblor agitan los delicados miembros de la solitaria del bosque, y Aurelio la vuelve á recibir en sus brazos, tan aterrado como la cándida doncella.

Presentaba el Cielo una boca de fuego, color sanguineo; varios rayos de luz diversamente configurados, vibraban su dorado resplandor, sobre los picos elevados de los montes, mezclándose con tanta rapidez unos con otros, que parecía iba á incendiarse el globo Terráqueo. La lluvia habia cesado, y las nuves encontradas desaparecian á la vista del fenómeno aéreo (2) el Cielo queda despejado;

---

(2) Todas las señales indicadas, son producidas de un brillante Meteoró, conocido de los modernos filósofos, y llamado generalmente aurora Boreal. Véase tratado de Mr. Mairan, sobre este natural Meteoró.

mas la brillante llamarada permanece con su primitivo fulgor.

La tímida solitaria, tiene la vista cubierta con ambas manos.... sus largas madejas de finísimo y negro cabello, son batidas á uno y otro lado, por el fortuito impetu del viento. Desprendida la medrosa virgen, del seno de su amante.... hiere su vista el raro y desconocido fenómeno; su delirio le hace creer, es un castigo que el Cielo le prepara: para terminar su indebido amor.... se adelanta algunos pasos, y retrocediendo al momento con violencia, clama azorada— ¡Dios de misericordia!.... ¡Madre mia!.... ¡Aurelio! no.... me.... abandones. Y cayendo en los brazos del Conde, pierde sus sentidos por la violencia de un fuerte desmayo.

El alucinado jóven, atendiendo solo á el socorro de su amada, la conduce á una pequeña altura, y con tan preciosa carga, desafía á la suerte y se llama feliz, circun-

dato de penalidades. Transmite el fuego de su corazón al frío seno de la doncella: baña su rostro de copioso llanto.— ¡¡Armelinea!! dice con voz ahogada entre suspiros: Aurelio no puede verte padecer, sin que su alma se anonade en un abismo de dolor.... ¡desgraciada virgen! yo he sido causa de tus quebrantos.... tu vida sería pacífica, si una temeraria pasión no me hubiese hecho violar el sagrado de tu tranquilo retiro.... sus inquietas miradas, se fijan, ora en la ecsánime solitaria, ora en la brillante atmósfera: retirase algunos pasos horrorizado, del sitio donde se hallaba la desfallecida Armelinea.... cruza repentinamente los brazos sobre su seno conturvado ¡¡hija de la selva!!.... dice con voz de trueno, repitiendo su lúgubre eco los cóncavos profundos de los montes: empero pone una pesada y nerviosa mano sobre el corazón tivo de la doncella; hieren sus sensorios los pequeños latidos de la vital artéria, y un suspiro

dulce, ecsalado del pecho tierno de la solitaria, le hace conocer su pronto restablecimiento. El Conde de Castelli, la sostiene en sus brazos, cayendo sobre sus rodillas las negras trenzas de la solitaria. Mueve debilmente á uno y otro lado su cabeza desmelenada: hace un esfuerzo para incorporarse....; mas los fogosos lavios del apasionado Aurelio, se encuentran con la pálida frente de la turvada virgen, y un tierno y prolongado beso, sella por la vez primera, las blancas sienes de la estrangera.

Armeline lanza un grito de terror.... se levanta y dá algunos inciertos y tortuosos pasos con el mayor delirio.... El primogénito del Dux Frogoso, se levantan para sostenerla....; pero un jóven guerrero se presenta como por encanto, interponiéndose entre los dos amantes. La hija de la selva, suelta ligeramente la fria mano del Conde—; Armeline! dice el estrangero, ;;Se-

guídmeme!!.... La virgen del desierto calla: mira azorada á el conturvado Aurelio, y aprocsimandose á el desconocido.—¡No culpeis, Señor, mi...!—Silencio, repone el guerrero, obedecedme—¡Y quien eres tu, miserable.... dice el Conde con amenazadora voz, para arrancar de mi lado la solitaria!!=Soy.... un hombre.... ¿No me estás viendo? Repone el desconocido con la mayor serenidad=Un bárbaro.... sí, un monstruo, que viene á desunir dos corazones, que nacieron para amarse.... pero no, no lo conseguirás, sino despues de arrancarme la vida. Prepárate, y la fuerza de las armas, decida á cual de los dos pertenece la solitaria. Dice, y empuña con aire guerrero su brillante espada. El estrangero le mira, y en tono tranquilo le repone, ¿Y qué necesidad tenemos de verter nuestra sangre?—¡¡¡Cobarde!!! le dice enfurecido el Conde: defiendete ó atravieso tus entrañas.... ¡¡¡Aurelio!!! clama la asustada donce-

¡Ha, ¡¡detén ese acero ¡matador!!... mi muerte sería cierta, si tu.....=¡¡Cruel!!..... ¡¡injusta!!... ¡¡te comprendo!!... ¡¡otro amor!!... ¡¡ese extranjero!!... ¡ese hombre sin alma!... sin sentimientos de honor; ¡será tu amante!... Y.... una sonrisa de indignacion, asoma á los blancos labios del desconocido.

Sus ojos brillantes, cual un astro luminoso, se fijan con desprecio en el jóven Castelli; le mira un largo espacio de tiempo, y con tono amenazador le dice=Ese epíteto odioso de cobarde y hombre sin alma, que sin reflexion me habeis dado:::: ¡há penetrado hasta mis huesos!!... esta mano que veis, es demasiado fuerte para probaros lo contrario.... mi corazón no latió jamás en el combate; pero conozco lo que vale la vida de un semejante mio: y el que por naturaleza está poseido de estos nobles sentimientos, es mancillado por la muchedumbre, calumniado por gentes sin moralidad;... y despreciado por jóvenes como vos.... Di-

ce, y volviendose con prontitud, coge una yerta mano á la solitaria, y parten para su oculta morada.

El Conde habia quedado horrorizado; la abstraccion en que se hallaban sus confusas ideas, no le presentaban otra imagen, que la que imprimió en su ardiente cerebro la hija de las montañas. Mira á su alrededor como el que despierta de un pesado sueño: la solitaria se aleja de su amante.... el Conde la vé todavia, á la opaca luz del astro nocturno, y corriendo hácia su rival, arranca con furia la mano fria de Armelina, que iba asida á la del extranjero.... ¡¡Infeliz!!.... la dice, ¡¡por qué me has vendido tu amor!!.... La doncella horrorizada, nada contesta. ¡¡Jóven temerario!! dice algo sobresaltado el desconocido.... ¿Qué quieres de mí?—¡¡Tu vida!! repone el sufocado Conde—Pues bien, dice su contrario, no os olvideis de cuanto acabais de pronunciar, y si en este sitio me esperais, vuel-

vo al momento—¿Y tu audacia, repone el alucinado Aurelio, puede hacerte creer, que mi alma es tan tibia, que pueda verte disponer en mi presencia, de las acciones libres de la que tanto mi corazón amaba?.... Te engañas.... jamás lo consentirá un hijo de los Frogosos..., porque está sediento de tu sangre, y si no te defiendes, infelice de tí::: ya, nada miro.—¿Ni la presencia de esta señora? Dice el joven guerrero, señalando á la desfallecida solitaria—¿Esa mujer..., repone el Conde, debe presenciarse el sacrificio de nuestras vidas.... no merece otra consideración,...—¿¡Cruel!!... dice con amable reconvención la hija del desierto; pero su eco dulce, aviva mas y mas la ecsasperación de su amante, el que asien-dola con ferocidad de su delicado brazo, la coloca á su espalda y se prepara para defenderla. El desconocido desenvaina con maestría su cortador acero, y espera con tranquilidad la señal del combate. El va-

liente genovés tira furiosas estocadas á su contrario, que solo esgrime su airosa arma para defenderse. La asustada virgen, se interpone entre ambos aceros: el Conde, sin reflexionar, descarga un mortal golpe á su rival; mas su espada cae hecha pedazos, y un ay lastimero le hace conocer la victima que acaba de inmolar. =; Aurelio.... me has muerto.... yo era inocente.... solo á tí.... amaba la.... Solitaria!!! La doncella del bosque cae á los pies de su amante, con desfallecimiento mortal.

El extranjero horrorizado, la coge en sus brazos—; Desgraciado, qué has hecho!. Dice, meciendo á uno y otro lado la ensangrentada cabeza de la jóven: ;; Armelina!! y Armelina solo contesta el éco lejano de las montañas. Arrobadado el Conde con su dolor, fija indistintamente su turvia vista en el guerrero desconocido, y la Solitaria. Un copioso sudor baña todos sus miembros.... un frio interior le tiene prócsimo á un eter-

no sueño.... sus dientes crujen, como los del ambriente Leon... se acerca á la ecsánime Armelina; su pura sangre cae en desorden por su blanco seno.... Sonríese el jóven Conde con aspecto feroz... dos lágrimas abrasadoras corren con pausa por sus pálidas megillas. El guerrero separa con mano fuerte al amante de la ecsánime Armelina, saca una pistola, la amartilla, y al dispararla, retrocede, la arroja fuera de sí, y descende las argentadas rocas con la moribunda Solitaria. =::: Yo fuy su asesino!!!... ::la perdí para siempre!! ¡Armelina!.... Armelina.... Dice con ahogada voz el hijo de Marcela, y adelantándose algunos pasos, cae sobre el duro peñasco en que hirió á la solitaria, bañando con sus frios labios, la roja sangre que vertió la hija de la selva. Solo en la aspereza de una roca, y olvidado de los hombres, hubiera sido víctima desgraciada por su ardiente pasion, el heredero de los apellidos mas brillantes, que

conoció el pueblo genovés, si el Eterno que vela por nuestra existencia, no le volviese á los brazos de sus hermanos, y con su fraternal auxilio á la vida.

El anciano Genaro se había alejado de la misteriosa fuente, quedando convenido con el solitario ermitaño, en que el domingo siguiente de su entrevista, irían los habitantes del Castillo á la aislada capilla del bosque, por ser así la determinación de los futuros esposos, para elevar el Cielo en día tan solemne, sus sagrados votos de feliz unión.

Pero detenido por la lluvia, llegó cuando el reloj del Castillo tocaba con lejano sonido las diez, al sitio en que cayó el amante de Armelina: el esposo de Elisa fatigado por la aspereza de los estrechos senderos, caminaba con paso lento para el antiguo asilo de Marcela, cuando un cadáver le hace tropezar, interponiéndose entre sus pies. Su circulante sangre, pierde su natu-

ral y vivo movimiento, quedando su pecho al parecer helado, por la violenta sorpresa que le causa la triste vista de un jóven ecsánime, en aquella hora y sitio tan solitario; empero restituyendose alguna serenidad á su corazon, le mira con atencion, y despues de un detenido ecsamen, reconoce á el opaco resplandor de la serena noche, al jóven Conde de Castelli—¡¡Aurelio!!.... clama canturbado, levanta á su hijo adoptivo.... le coloca en sus brazos y sintiendo latir su corazon, vaga una ligera esperanza por su imaginacion, lisongeando por algunos momentos su abatido espíritu.

El heredero del Castillo, recobrado en parte de su mortal insulto, dirige á su alrededor su turvia vista, y á el hacer un movimiento para desprenderse de los respetables brazos que le sostenian, conoce al padre de la futura esposa de su hermano—¡Amigo mio!.... Dice el jóven Conde.—¡¡La he muerto!!!... ¡¡Infeliz de mi!!!

¿Aun vivo?—Tranquilízate, Aurelio degra-  
ciado, le repone el anciano, incorporándo-  
le; es preciso que me sigas, y habándose  
para siempre la desconocida. El respetable  
Albertos ignora los secretos de la solita-  
ria.—¡¡¡La solitaria!!! repone el delirante  
Conde, mirando con furor á el sensible Ge-  
naro.—¡¡Tirano!! dice fuera de sí el here-  
dero del Dux.... ¡vuelveme la hija de las  
gracias!... ¡tu.... eres mi rival! defiendete...  
mi espada... en el sepulcro... tu sangre cor-  
ria... ¡¡Armélina!!... ¡¡tu muerte!!.

Asustado el esposo de Elisa, conociendo  
el estado triste y delirante del jóven guer-  
rero:—Bien hijo mio, le dice, yo te pre-  
sentaré algun dia á esa Armélina; pero es  
preciso que me sigas. El demente Aurelio,  
alarga una mano fria á su amigo, y se di-  
rigen para el Castillo. Roberto les espera-  
ba impaciente é informado por el padre  
de su futura esposa, del estado doloroso del  
infeliz Aurelio, le colocan en su lecho y

con auxilio de algunos medicamentos, tienen el placer de ver tranquila su ecsaltada imaginacion. La hermosa Amalia, no se separa un momento de su amado hermano, confundiendo sus lágrimas tiernas, con las que continuamente vertiera el apasionado Conde.

La vispera de nuestra señora de la Paz, algo mejorado Aurelio, se levanta quedando tan pálido y desfigurado, que parecía tener sobre su cabeza desmelenada, la pesada guadaña de la muerte: empero tambien es el único dia, que puede la hija de Genaro quebrantar sus ofrecidas promesas; pues pasadas veinte horas, con solo un pequeño recuerdo, es suficiente para ofender la sagrada amistad de su esposo.

El amante de la solitaria, reclinado en un cómodo sofá que adorna su gabinete, oye con suma atencion los amables consejos del infeliz Genaro: este buen anciano evita lo posible hablarle de la virgen de la

selva, dirigiendo siempre sus elocuentes discursos á la feliz union de Rovertó y Amalia, ó á los secretos que abrigan en su pecho: y el jóven Aurelio, á pesar de los recuerdos que le perturvan de continuo, no puede contener su espíritu guerrero, viendo humedecidas mas de una vez las arrugadas mejillas del padre de la doncella, y levantandose con precipitacion, le dice— ¡Desgraciado Genaro! yo en nada aprecio mi existencia. Dime donde habita ese tirano.... ese robador de tu esposa, y te juro vengar tus agravios.... tu amigo partirá sin dilacion en su busca.... y arrancándole el corazon, te lo ofrecerá gustoso, y sobre él mismo te jurará su eterna amistad.... el infeliz Aurelio—Jóven valiente, repone el padre de Amalia, ya no es tiempo.... pero el interés que te inspiran mis adversidades, mueve continuamente mi corazon á favor tuyo: dame palabra de tranquilizar lo posible tu acsaltado espíritu, y harás el mas

sublime sacrificio por tu mejor amigo. —  
¡¡Genaro infeliz!!... ¿Qué dices?... ¡Ya éste  
desgraciado no puede ser amigo de los hom-  
bres!... ¡¡Yo mismo... ésta mano cruel...  
cortó el curso de los días felices que debí  
pasar á el lado de la solitaria!!!... ¡¡Dios  
mio... por qué no fuy víctima!!!... ¡¡por  
qué no cambiaste mi vida por la muerte  
dura que arrebatava la hija del desierto!!  
Dice y corre para uno y otro lado con el  
mayor abandono. Genaro le tranquiliza: le  
hace tomar algun descanso, y viendo su  
alma sosegada, te amo mucho, querido  
hijo mio, le dice el anciano, para ocultar-  
te por mas tiempo mis infortunios. El jó-  
ven Conde se sonríe con amargura; empero  
como se interesaba en la suerte del esposo  
de Elisa, y anhelaba saber sus aventuras,  
se aquietan por algunos momentos las ideas  
que agitaban su acalorado cerebro, para  
fijar la atencion posible á los discursos  
del respetable Genaro, que dá principio á  
la triste historia de sus desgracias en los  
términos siguientes.

## LIBRO QUINTO.

l nacimiento verdaderamente ansiado de Amalia, causó la muerte á su jóven madre, cuando estabamos en una de mis quintas, no lejos del camino del Simplon, que conduce á Milan. Fuè me tan sensible ésta pérdida, que llegué á escitar la compasion de mis amigos, y asentí á las invitaciones de mi anciana madre, pasando á Turin para incorporarme á mi familia. Pero al tiempo mismo, entristeciò esta noticia fatal el bondadoso corazon de la Condesa, que me suplicaba encarecidamente, la mandase la tierna niña que se criaba á mi lado; pero yo no tenia serenidad para negarla esta generosa peticion, ni para separarme de aquel angel hermoso, que me demostraba sin cesar las bellas facciones de mi ma'ograda esposa.

Emparentado con casi todo lo principal, vivia aislado en la corte; evitaba perso-

narme en las grandes reuniones, y mis paseos eran por lo regular solitarios; pero mis pensamientos, animados por una ilusoria esperanza, que era hasta delirante poder concebir en medio del opuesto giro del estado. Y no hay duda, aquel apego por una vida monotoná y triste, era presagio de los grandes padecimientos que me han subseguido.

Solo contaba mi amada hija cinco meses de edad, y yo acababa de cumplir los veinte y tres años; época en que todos los pasages, todos los hechos se miran con aspecto gigantesco; pero que el transcurso del tiempo, disminuyendole va, al paso que estiende por nuestras venas la flojedad y el hielo. Un amigo de colegio me acompañaba muy cortas veces; pero que merecía con preferencia mi afecto y sincera amistad. No le habia visto hacia algun tiempo; mas una tarde por casualidad, y al momento que pudo conocerme, vino hacia mi y me es-

trechò con efusion tierna en sus brazos.— Amigo mio, dijo, tenia vivos deseos de verte.... tengo muchas alhagüeñas noticias que comunicarte.... ¡vamos á ser felices! añadió volviendome á estrechar, y en baja voz— Acaba de manifestarme la causa de tu alegría, le repuse vivamente conmovido, porque con enigmas no puede el corazon recibir alhagüeñas sensaciones—Necesitamos estar solos.... á la noche iré á tu casa—Este sitio, le repuse, no está muy acompañado, no tenemos puertas ni domésticos, que vendernos puedan—Pero sería sospechoso el vernos hablar con algun misterio lejos de Turin, y con mayor motivo, conociendo nuestros antecedentes políticos....

No le volví á interrumpir, y seguimos el paseo, fijando nuestra atencion en los deliciosos objetos, que se ofrecen á la vista en aquel sitio verdaderamente encantador—Mira que aspecto tan magestuoso, me dijo Luis, presentan las fértiles orillas del Tanaro;

siempre ha sido para mi un recreo el contemplarlas. Acabo de recorrer algunas de mis posesiones, que están á su inmediacion. Tambien he estado en Asti, y Alejandría, y por un cierto impulso, que no he podido contener, he pasado á Marengo; á ese sitio, donde Marte lució el valor de sus hijos, y do corrieron arroyos de sangre para asegurar la libertad é independendencia del mundo... Pero le tenemos, le poseemos en el centro de nuestro reino, y solo nos sirve de tristes recuerdos y amargura: y en esto nos parecemos á los infelices confinados de Génova, que cuando acaban de gemir bajo el pesado yugo del cautiverio, miran la cadena que arrastran, y leen aquel extraordinario lema de libertad con que estan selladas. —Eres tu el que hace un instante temia revelarme sus secretos, le repuse viendo el entusiasmo que alentaba su espresion—No puedo contenerme, amigo mio, me dijo.... pero sepárate un poco de mi: aquellos su-

getos que vienen á caballo, son.... ellos tienen la vista de vasilisco, y nos van á inficionar con sus penetrantes y ponzoñosas miradas... pero ves que bello contraste forma, continuó con voz desembarazada y fuerte, la colina de los Capuchinos con la magnífica iglesia de la Superga, y sus contornos amenos y florecientes—Es pintoresco todo, le repuse despues de saludar á los nobles ginetes, pero me parece que lo mas hermoso, es el blanco convento de los Capuchinos rodeado de la verde y grotesca arboleda—Sí, me dijo; pero nunca podrá ocupar en las páginas de la historia esa morada religiosa, el honorífico puesto que llenára el sitio que acabo de nombrarte.... yo creo que un solo polvo de aquella tierra hollada por los libros.... bien sabes guardar, le repuse, la advertencia que acabas de hacerme....—Genaro, conozco que estoy delirando, me contestó, no se lo que me digo, y para no comprometerlo todo, lo mas prudente será

separarnos. Y en efecto nos dimos un á Dios y nos dirigimos á Turin.

Eran las once de la noche, y la campanilla de mi gabinete me anunció visita; salgo y abrazo á Luis. Conoce, querido Aurelio, la sensacion que causaria en mi entusiasmado pecho, al oir las súplicas de mi amigo, despues de revelarme los arcanos de una revolucion para que le acompañara, y unidos á los verdaderos hijos de la pátria aseguraramos su independendencia y felicidad.

Mis ideas eran demasiado libres, y no podia mirar con indiferencia el gobierno que nos dominaba: mi padre me dijo un dia al pasar por el palacio Real: hijo mio, mira á ese busto de Victor Amadeo, hollando bajo los pies de un furioso alazan á sus semejantes, que la soberbia ha erigido para humillarnos ¡Genaro! detesta la tiranía y la usurpacion, pero como tu padre, en el fondo de tu corazon. Y confieso, que aunque solo tenia catorce años, mi sangre se enar-

deció, no habiendome sido posible olvidar<sup>a</sup> le, á pesar del tiempo que ha corrido.

Si tuviera un pensamiento menos certero de tus principios libres, no te hablaría seguramente con esta franqueza, y mas, cuando tus servicios en el dia, son consagrados al gobierno Sardo. Pero como tu, he recibido en un colegio en Génova mis primeros estudios, y con ellos las costumbres de los libres Ligurianos; y no hay ideas mas profundas y constantes en el cerebro del hombre, que aquellas que se forman con la educacion. Yo la sufocaba, porque era padre, y este afecto me ordenaba conservarse una vida que debia constituir en obsequio de mi amada hija.

Pero la patria llamaba; la hora de romper el yugo que nos oprimia, acababa de sonar. No puedo contenerme; un rayo de esperanza y temor me hace vacilar; empero mi sangre acalorada me impele con rigor; olvido mi familia y bienes, y me presento á mis

amigos; todos recibénme con muestras de entusiasmo, porque de una pronta y numerosa reunión, pendía nuestra soñada felicidad.

La palabra grata y natural de libertad, volaba de boca en boca con interés y reserva. La Italia toda, se hallaba en continua desazon, al ver la tardanza del rompimiento.... pero al fin llega.... el año de 1421, debió señalar el glorioso día en que, sacudiendo el bárbaro cautiverio, se vieran rotas para siempre nuestras cadenas.

Se hallaban reunidos los libres piemonteses, los que tan valientes como generosos, no temieran sacrificar sus familias, intereses y aun sus propias vidas, por la felicidad de su pueblo; cuando nos avisa, que el gobierno era sabedor de nuestro proyectado arrojamiento, y que estaba tomando medidas sumamente activas, al paso que rigurosas. Pero fué la señal esta noticia del rompimiento; nos abalanzamos á las armas y hacemos resonar por la primera vez en todos los ám-

bitos de la capital, los nombres alhagüeños de ¡Viva la libertad!.... ¡Vivan los derechos del ciudadano!.... ¡Muera la tiranía!.... Corre el delicioso eco por las calles de la populosa Turin, llamando á las armas; y algunos pocos ilusos, confundiendo entre la gritería general, las voces obscuras de viva el Rey absoluto.

Empezò el mas vivo fuego por nuestra parte con los cuerpos realistas; pero fuimos rechazados con tan terrible fuerza, que à pesar de nuestro denodado arrojo, tuvimos que abandonar los puntos que ocupabamos.

Al rayar el dia siguiente, reinaba entre los nuestros la mas desordenada confusion: la fuga ó la muerte mas ignominiosa, eran los ùnicos recursos que nos quedaban, comparado nuestro corto número, con los grandes refuerzos que recibieron los realistas, por la entrada del Conde de Bubna à la cabeza de veinte mil hombres. Y en tan eminente peligro, la junta libre tuvo que

entregar la administracion del estado, para ponerse en salvo como lo hicieran en los diferentes puntos de la Europa (3).

Yo atravesaba por entre mil bayonetas la plaza de Castello, y una espada contraria me hirió en el costado izquierdo, aunque de poca gravedad: apliqué un pañuelo à la herida y pasé à mi casa. La inocente Amalia se sonrió al verme, y à mis ojos asomò una lágrima de abatimiento y confusion, que se acrecentó con la presencia de mi turvada madre==Es preciso marchar en el momento, la dije; todo se ha perdido, pero vive vuestro hijo, y con èl su honor: la desgraciada se desmayó en mis brazos, pero à las cuatro horas ya habia salido con mi hija de Turin.

Inmediatamente pasé, aunque muy debil, à la calle de Portá-Nuevo, para buscar à Luis, que estaba en la plaza de Carlos, y

---

(3) Lease historia del Piamonte por Mr. Anquetil.

con precaucion salimos de la turbulenta ciudad. A la inmediacion del puente del Pó, nos esperaban dos briosos Alazanes, y con mil peligros, atravesamos las treinta leguas que nos separaban de Niza. Allí debiamos incorporarnos á mi amada familia; pero.... ¡solo encontré el féretro triste donde se hallaban depositados los mortales y frios restos de mi anciana madre, que acababa de espirar, llamando á su desgraciado hijo.

Este imprevisto contratiempo, acabó de trastornarme, y te puedo asegurar, que si los cien mil cañonazos que tirára el Marte francés en la batalla de Vuagran, se hubiesen disparado á un tiempo al lado mio, no habria causado tan terrible estallido en mi cerebro, el trastorno y aturdimiento que ocasionado me habia tan funesta desgracia.

Pero fué necesario sobreponerme y despues de algunos dias de cama, pasamos á Génova, entregué mi hija á tu madre la

Condesa, y sin tomar el menor descanso, nos embarcamos en un Paquebot, que al momento que nos recibió á su bordo, dieron vela con rumbo á España: y no nos desagradó el viage, porque no teniendo en nuestra espatriacion otro consuelo que el haber sido fieles á nuestros juramentos, ivamos á avecindarnos en un reino libre y constitucional.

Desembarcamos en la floreciente ciudad de Barcelona; alquilamos una pequeña habitacion en la calle de la libreria y sin dilacion alguna, escribimos á nuestras familias; pero yo solo una carta tuve despues de muchos meses, noticiandome la muerte de tu padre, y que se habian hecho horrosos castigos con los infelices que habian caido en poder de las autoridades realistas: la Condesa me hablaba tambien de las gracias de mi hija, en medio del abatimiento que padecia su alma, por la prematura muerte de su amado esposo, y con-

cluía diciéndome, se habían secuestrado por el gobierno todos mis bienes; empero que no se abatiera mi espíritu, y que en una casa de comercio de la numerosa ciudad que habitabamos, recibiría la corta cantidad de cuatrocientos florines, que había librado á mi favor.

Con este auxilio, nos vestimos con decencia, lo que no nos habíamos determinado á hacer, porque nos acompañaban cortos intereses, y nuestras relaciones se fueron estendiendo, y aun puedo asegurarte, que vivíamos rodeados de generosos amigos. Pero Luis estaba enteramente triste; la pérdida de su patria, y el amor de su familia, le tenían con un aspecto tan sombrío, que causaba compasión: yo procuraba animarle; pero nada disipar podía de su espíritu, el tedio y abatimiento que le ocasionaba la proscripción.

Nuestra suerte fué haciéndose mas benigna: yo partía con mi amigo mis cortos

intereses, porque su familia permanecía en silencio, pero la infelicidad de un doméstico de nuestro mismo país, que nos asistía, empeoraba en un instante nuestra posición, y no teniendo recursos con que poder atender à las necesidades indispensables de la vida, tuvimos que esforzar nuestro amor propio para proporcionarnos por medio de lecciones de dibujo, de piano, violin y lengua francesa, algunos intereses que no dejaron de acrecentarse, por la filantrópica proteccion de nuestros amigos. Y con este nuevo golpe de la suerte, pasamos à habitar à la calle de..... en una pequeña casa que un amigo nos facilitaba.

Pero ¡ay hijo mio! insaciable el destino aciago de perseguirme, habia determinado destruir mi tranquilidad, por el anchuroso pielago de la adversidad!..... una hermosa jóven que habitaba una suntuosa casa contigua à la nuestra, vivia bajo la tutela de

un hombre, que en sus tiempos juveniles habia habitado un claustro, y que se ignoraba la causa de su vuelta al mundo social; tan avaro, como contrario á nuestras libres ideas; y este ser tan extraordinario y cruel, es el que poco há te dije, me hizo el mas desgraciado de los hombres.

La naturaleza casi ahogada dentro de mí mismo, habia respirado despues de tres años de sufocacion: una llama acababa de incendiar mi pecho, haciendome conocer, que el amor no habia podido sepultarse, con mi siempre amable esposa, porque le profesaba ya á la interesante Elisa, desde que la suerte me presentára sus gracias. Sensible á mi pasion la pupila del malvado Braulio, correspondia á mis amorosos afectos con la ecsaltacion propia de una jóven, que solo contaba diez y siete años.

Entregada por muerte de sus padres á la tutela de su injusto pariente, con un hermano de poca edad, estaba privada hasta

de poder entregarse á los alhagos fraternales por haberlos separado, mandándole á un colegio militar, á pesar de su edad tierna. Una anciana la habia servido de aya, y siempre amable la sensible Apolonia, procuraba con sus bondadosas caricias, dulcificar el cruel cautiverio con que estaba opresa la cándida Elisa. Su ambicioso pariente, solo pensaba llevar á efecto sus vanas ideas y aun á costa de la infelicidad de la virtuosa jóven, pasaba una vida cómoda y regalada, con los cuantiosos bienes que administraba de su menor pupila.

Un dia que impaciente esperaba saliese la hermosa jóven á una pequeña galería, por donde nos comunicabamos generalmente, vi con sorpresa, que la buena Apolonia ocupaba el sitio de su Señorita, y me dijo con una voz, que manifestaba bien á mi pesar el sobrecogimiento que la embargaba:—¡señor, cuidado en cometer una imprudencia; todo se ha descubierto.... el tío de mi amada

Elisa, acaba de amenazarla con que la encerrará en un convento para siempre, si es sabedor de que habla de nuevo con los emigrados liberales que han venido huyendo de su nacion:..... á Dios, caballero, èsta noche, si el tio duerme, esperad aquí á mi Señorita.....

Es indecible la sorpresa que causò á mi corazon tan extraordinaria noticia; pero me persono con Luis y le hágo sabedor de cuanto me pasa=Todo lo que me dices, me repuso, corrobórame mas y mas el justo concepto que me merece ese hipócrita.=¿Y qué te parece debo hacer? Le dije consternado—Nada que comprometerte pueda; solo sí despreciarlo, burlar su vigilancia y seguir tu correspondencia con la interesante Elisa.

Al parecer quedé un poco tranquilizado; pero el relox acababa de señalar la hora feliz en que debia oir de los hechiceros labios de la hermosa española la repetición de sus

amorosas promesas; y mi corazón volvió á sentirse tan agitado, que sufocaba mi respiración; pero aquella su dulce voz, volvió á tranquilizarme de nuevo; salgo apresurado á una pequeña ventana, que estaba inmediata á su mirador y veo con entusiasmo á mi bella Elisa.—A Dios Genaro, me dijo con acento candoroso, vengo para disipar de tu pecho la alarma que debe haberle infundido la advertencia prudente de mi aya; pero todo se ha serenado felizmente. Parece que habian informado á mi tío de nuestra correspondencia, y yo tan apasionada como débil, he tenido la sandez de descubrirle nuestras relaciones—¿Qué has hecho, inocente!.... le repuse trastornado —Tranquilízate, dulce amigo, me dijo sonriendo; no desapruueba mi elección.

Es cierto, me aseguró me haria entrar en un convento; pero despues de haberle sido ingenua, me ha dicho que solo lo dijo para intimidarme, y que no se le ocultaba el

estado de mi corazón, pero que he sido franca y me perdona una distracción, propia en mi edad—Amable Elisa, la dije, esa aparente serenidad, que ha manifestado al arrancarte la verdad, es el primer lazo que nos tiende para ligarnos en una cadena de desgracias—No seas tan receloso, me repuso aquella inocente, le he asegurado, seré siempre para él una buena hija, y no le desampararemos, aunque un día pueda llamarme tu esposa. En aquel instante le vi perder el color; pero una ligera sonrisa, en prueba de su tolerancia, disipó la sorpresa que me había ocasionado su turbación—¡Ay bella Elisa, la dije, mi espatriación la cuento como una dicha, por deber à ella la causa de conocer tu generosa alma. Si, graciosa española, me entregué à tu amor sin conocer tus virtudes, é ino- centemente impetro al Cielo para que nues- tros votos se cumplan, y un reciproco amor nos conduzca al pié de los altares, para

perpetuar con un sagrado himeneo el indeleble sosiego de que tanto carecen nuestros recíprocos corazones.

Habian pasado largos tiempos sin que el tutor de Elisa alterase por concepto alguno nuestra amorosa correspondencia; pero quizá: porque su rencoroso corazon esperaba una favorable hora para clavar en nuestros amantes pechos la espada estragadora de su injusta venganza.

¡No puedo recordar, amado hijo mio, aquel dia fatal del año veinte y tres, en que levantando los déspotas su bárbaro poder, confundieron en un abismo de desgracias á los hombres libres, que ilustraban por tantos conceptos la sociedad Iberiana.

La candorosa Elisa, tan pura como la luz brillante de una antorcha, ansiosa de consumir nuestra dicha, me ofreció su mano hermosa al pié de los altares, que yo recibí con un placer y arrobó indecible, en el dia cinco de Octubre del mismo año,

valiendonos de la ausencia del tirano Braulio, que ocupado incesantemente con sus odiosos amigos, trataba de separarnos aun á costa de los mayores sacrificios ¡¡pero ay Dios mio!! solo treinta dias pasé al lado de mi querida esposa, oculto en su propia casa..... finalizado este corto plazo, ¡nos separamos!..... y aun me parece siento resonar en mi acalorado cerebro el á Dios último que pronunciaron nuestros amantes labios, porque debiera ser, tal vez, el último de nuestra vida.

Aquella misma noche fui conducido con el desgraciado Luis á ese monumento odioso, que parece levantado para confundir y aniquilar á la poblacion mas bella de la España; á la bastilla de la ciudadela, donde gimieran tantos libres bajo la opresion de los tiranos, sin otro delito que el ser adictos á la ilustracion..... á la igualdad..... á los derechos de un pueblo independiente y á su felicidad.

Pasé cincuenta días en los horrores de un calabozo, sin otro alivio que el haber llegado á mis manos un billete de mi Elisa, manifestándome era su cruel pariente la causa de nuestra desgracia. Pero aquel hombre extraordinario y feroz, le faltaba solo recrearse en los padecimientos de su víctima; y una noche, cuando mi corazón sufocado por el peso del infortunio, tenía en la mayor agitación mis abrasados pulmones, oí abrir la doble puerta de mi horrorosa morada, y un hombre cubierto con una larga capa, se presentó á mis ojos; juzga cual sería mi indignación, reconociendo al vil tutor de mi esposa.

¡Bárbaro!.... le dije horrorizado... ¿qué fruto sacas atormentando con tus inicuas tramas el corazón de tres infelices?... ¿crees acaso, hombre inmoral, que tus maldades quedarán impunes?... pues te engañas.... el Cielo vela por los inocentes y algún día llegar deberá para tu castigo.... ¿qué has

hecho de mi esposa..... de mi amigo?—¡¡Tu esposa!!..... repone sobrecogido el tirano ¡que dices seductor!..... piensas amedrentarme con hacerme creer, te une un lazo sagrado á mi Elisa.... ¡infeliz!..... ¿no sabes que tengo el poder necesario, para hacerte subir á un patíbulo con tus compañeros?— ¡hombre injusto, le repuse, sacia en mí tu encono; pero al menos respeta la inocencia de Luis, porque en nada pudo ofenderte!!.....—Tu amigo, tuvo la felicidad de que una calentura violenta, arrebatase su vida á los pocos dias de entrar aqui, porque sino, hubiera seguido tu misma suerte.....

No sé como concluiría su burla el hombre feroz; porque al oír tan inesperada nueva, cai sobre el duro pavimento con un mortal insulto, y cuando volví de mi accidente, me hallé á obscuras y solo, lo que me hizo creer, me habian dejado aquellos bárbaros en el mayor abandono. Así permanecí algunos meses; pero acompañado por tres ami-

gos españoles, tan delincuentes como yó.

Juzga, amado Aurelio, cuan grato seria á mi corazon el ver entrar en mi lóbrega morada á la buena Apolonia con un billete de mi Elisa y un paquete que contenia una cantidad metálica bastante considerable á mi posicion. Yo abracé con la efusion de mi alma á la afligida anciana, y sellé cien veces con mis labios aquel escrito consolador: mi esposa me manifestaba habia jurado su pariente mi perdicion, que no cesaba de suplicarle por la libertad de su esposo; pero que el monstruo, despreciando sus justas quejas, la privó de toda comunicacion, llegando su barbarié hasta el doloroso extremo de despedir á la honrada Apolonia, como cómplice de nuestro secreto enlace; y por último concluia diciendome: «¡tu esposa rodeada de amargura, te acompaña noche y dia con su imaginacion en esa fortificada rotunda, levantada por la tiranía para esterminio de los inocentes; pe-

ro tus delitos son ningunos, y tu alma como la mía, deben estar tranquilas; é interin llega la hora ansiada de tu libertad, recibe una ráfaga de alegría en ese tu amoroso corazon al saber está prócsimo el instante en que dé á luz el fruto desgraciado de nuestro legítimo himeneo, tu afligida y tierna esposa.....

¡Considera, amado hijo mio! como se hallaria mi alma viendome ausente de una compañera tan amable, y la que me avisaba con dulzura, estaba cercano el momento en que la naturaleza redoblase sobre mí el grato título de padre. Pero incansable la fatalidad de mi suerte en perseguirme, me privára hasta del grato consuelo de saber de mi amada esposa.

Habian pasado treinta meses de continuado encierro, cuando el dia once de Abril del año veinte y sies, fuy conducido á una sala de la misma fortaleza, á comparecer delante de un hombre, que me recibió con

modales pocos finos, y con áspera voz me dijo: «podeis dar gracias á la suerte, porque al fin se ha decretado vuestra libertad; pero tengo órden para haceros marchar á vuestra nacion—Eso és poco menos, le repuse, que mandarme al patíbulo..... yo no puedo ir á mi pátria—Ni nosotros queremos consentir un revolucionario en nuestro pais—Esa ley és injusta, y no puede ser dictada por gobierno alguno.... yo no he sido mas que un hombre libre....—Caballero, reportaos, ó quedais aquí para siempre, me repuso con fiereza—No he pensado ofenderos, si solo manifestaros que no he tratado de perjudicar directamente á nadie, pues si el hombre que estaba á la cabeza de mi pueblo, me hubiera dado la libertad, le hubiera saludado con todo mi corazon, y consagrado en su obsequio mi espada y vida—Sin duda os pensais que estamos en el año veinte y dos cuando hablais con ese descaro—Solo recuerdo, le dije casi abru-

mado de sentimiento, que soy un proscrito piamontés, y hablo con un caballero — Que sus ideas son sagradas y religiosas, me repuso con calor, y por lo tanto, muy diferentes de las que V. y sus amigos abrigan. No volví á contestarle, conociendo la desventaja que siempre me habia de ocupar lidiando con un hombre tan inmoral y tirano, y ésta prudencia me valió la libertad.

Aquella memorable noche pisé acalorado la calle donde habitaba mi amada esposa; pero un amigo me dijo hacia un año, que renunciando al poderoso destino que desempeñaba el tirano Braulio, desapareció de la capital con su familia y que segun habia oido decir, pasado habia á Sevilla por ser el nativo pueblo de sus pupilos.

¡Perdona, hijo mio, si interrumpes mis dolorosas lágrimas, la triste historia de mis infortunios....—¡Infeliz Genaro, repuso el sensible Aurelio estrechándole una mano, yo nada puedo hacer en obsequio vuestro;

pero al menos decidme si volviste á ver á Elisa—¡ay!..... ¡no la he vuelto á ver hasta la presente!..... He padecido los tormentos mas insufribles...; empero, siempre infructuosas fueron mis investigaciones para saber el paradero donde se hallaba mi virtuosa Elisa.

Un hombre generoso y á quien debo mas que á la vida, me ocultó en su casa, y allí recibí carta de Palavicini, manifestándome la prematura muerte de la Condesa, y encargándome muy particularmente no pasase á mi pátria hasta su aviso, porque peligraba mi ecsistencia; pero ésta noticia acabó de ecsasperarme, y viendo los pocos recursos que me quedaban, me embarqué en una Goleta mercante que pasaba á Cádiz; donde llegamos á los diez y ocho dias; y desembarcado en aquella parte hermosa de la fertil Andalucía, tomé algun descanso y salí á pié, y precisado á mendigar el sustento para la grande ciudad de Sevilla, don-

de permanecí tres meses en la suma indigencia sin sacar otro fruto que el doloroso estado y abandono á que me hallaba reducido.

Mi permanencia en aquella opulenta poblacion, se me hacia odiosa, y sin tener un punto donde fijar mi residencia, ni el mas leve consuelo en mi desgracia, salíme aburrido de la grande ciudad, y me ruborizo, hijo mio, al considerarlo; pero me ví precisado á sucumbir á los ataques del destino, admitiendo el generoso ofrecimiento con que un posadero ecsistente en el camino de Cadix, me obsequiara para que le sirviese.

Asi en este humilde estado, permaneci incógnito hasta el año veinte y ocho; pero un caballero natural de Palma de Mayorca, se me ofreció por un amo generoso, y yo ansiando sacudir el yugo brusco del bárbaro posadero ofrecime en su servicio y acompañándole hasta Cádiz, nos hicimos á la vela en un Bergantin. Pero al hallarnos en el me-

ridiano del cabo San Antonio, unas cuarenta y ocho millas á la mar, fuimos acometidos por un temporal de viento al N. E. con aguaceros, que nos figurabamos haber sido victimas, sino por la ferocidad de las olas, al menos por las continuas escalamaciones que despedian las agrupadas nubes.

El capitan, revestido de ánimo, mandó poner el aparejo en disposicion de aguantarse á la capa; pero conociendo que era infructuoso su deseo, porque ya habian sido arrancadas por el viento las pocas velas que tenia, dejó correr su buque á palo seco, porque el temporal habia cargado con tanta violencia, que parecia nos hallabamos en el momento peligroso en que el Sol cortára la equinocial. A las cincuenta horas, cesó algun tanto la tempestad, y al despuntar el albor del dia, nos encontramos en la embocadura del estrecho; y este feliz resultado, lisongeó nuestros corazones, acrecentándose al ver asomar el viento al N. O.

y que el piloto tomó de nuevo rumbo, siguiendo nuestro viage á Palma, donde llegamos á los trece días de adversa navegacion.

El hombre que tan generosamente me dispensaba sus beneficios, fué enterado de todas mis desgracias, y sus brazos se abrieron con entusiasmo, al tiempo que me honraba con el grato título de amigo; y en prueba de su amistad sincera, me confió en breve el giro de su grandioso comercio, esmerándose como toda su familia en hacerme sentir menos pesada la dureza de mi suerte, y en aquel tiempo fué cuando pude entablar con mi amada hija una correspondencia tierna y consoladora.

Pero se desquició la rueda del infortunio, que por tantos años me persiguiera, y volvió á resonar en mis oídos el restaurado y divino nombre de LIBERTAD y en aquel instante, en que se desarrollaba mi suerte, presentábase á mi ardiente imagina-

cion, no mis padecimientos, sino mi amada esposa, culpandome de moroso en tomar venganza de los agravios, que con la mayor inocencia recibido hubiera de un tirano.

No vacilo un momento; hago sabedor al generoso Moll de mis arrojadas determinaciones, y aquel héroe de la amistad, dejando asomar á su tranquilo semblante una sombra de sentimiento, «parte, Genaro me dijo, el honor te manda marchar sin dilacion á salvar quizá á tu infelice esposa é hijos, que largos tiempos gemido habran en los horrores de una penosa esclavitud. Y á mi el deber me impone no te detenga un solo instante ¡oh amigo mio!... el Cielo haga seas tan feliz ausente de mí, como tranquilidad has disfrutado en esta humilde casa, que tus virtudes han sellado para siempre.»

Nuestra última despedida fué sensible y tierna y con el ahorro de mis tareas y las dádivas generosas del honrado Mallorquin,

me volví á embarcar, y como la fortuna se inclinára á mi favor, á los pocos dias me vi paseando por segunda vez en las calles populosas de Sevilla, no como hacia pocos años antes, implorando la caridad pública, sino con alguna decencia y tomando parte en las reuniones de los libres andaluces.

Alzaron el grito de revelion algunos pueblos interiores de la Vizcaya, y deseoso de combatir á mis enemigos, me presenté á uno de los generales mas valientes que ha conocido el suelo Español, y á los dos meses tuve el honor de recibir un despacho de subteniente y fui incorporado al valiente ejército Iberiano; y en uno de sus batallones permanecí hasta que la muerte, que nada respeta, arrebatò la vida á nuestro caudillo, y entonces fui destinado por solicitud mia á un cuerpo aguerrido; y bajo el mando del inmortal é ilustre guerrero del presente siglo, donde he sufrido hasta el dia la campaña mas horrorosa y

pesada, que conociera jamás el mundo.

Despues de tomado el puente de Luchana, se nos presentó una pequeña accion, y cuando el enemigo se vió precisado á hacer una vergonzosa retirada, fuy destinado para perseguirles con unos cuantos valientes de mi compañía, por un lado que no podia pasar la caballería, por la escabrosidad del terreno; y yendoles al alcance, nos encontramos, sin saber como, rodeados de enemigos, y bien tarde conocimos se nos habia preparado una emboscada. No empero desmayamos y seguimos batiendonos, sin que hubiese un resultado favorable por una parte ni otra. El calor del combate ecsaltó cual nunca mi sangre y me arrojé sobre el enemigo, sin advertir una ligera herida que recibí en la frente.

Pero tarde conocí mi temerario arrojo, y al querer evadirme de mis contrarios, oí la detonacion de una pistola á pocos pasos de distancia y vi con sorpresa, acababa de

hacer el disparo un gefe de alguna edad: acalorado con su traicion, felizmente desahertado, le ataqué con tan grande escasepcion, que le pasé con mi espada, despues de haber recibido por su flaca mano dos heridas de alguna gravedad y ambos caimos á cuatro pasos de distancia; pero mi contrario, revolcado entre el polvo y su sangre, hace en vano un esfuerzo para incorporarse.... me mira con reconcentrada ira.... yo le observo por algunos instantes, y ¡¡oh Dios mio!! reconozco al vil tutor de Elisa.

Mis heridas se habian enfriado.... un golpe recibido en la rodilla izquierda me tenia sin movimiento; pero el anhelo que devoraba mi pecho por saber el paradero de mi esposa, hizo en mí, tan extraordinaria violencia, que ayudado solo por mi fogosa imaginacion, me fuy arrastrando junto al malvado Braulio.—¡¡Hombre vengativo, le dije, dime lo que has hecho de mi esposa y te perdono tus maldades—No.... lo sabrás

jamás, me repone con voz casi inteligible, Elisa vive; pero ha muerto para ti.... y solo siento.... que no he podido arrancar el corazón infame que abriga tu seno..... para tener el placer.... de presentarlo.... á tu.... esposa—¡¡¡Bárbaro.... irreligioso!!!.... exclamé horrorizado: tu que te apellidas defensor del evangelio, apostátas lo mas sagrado de la religion.... no mires ya venganzas, cuando están abiertas para nosotros la eternidad y el sepulcro..... dime por el Dios que pronto nos ha de juzgar, el sitio donde ocultas á mi esposa, y mi helada mano estrechando la tuya, te ofrecerá.... mi amistad=; Tu amigo!.... ¡¡no.... Quise volver á suplicarle..... empero, un fuerte estremecimiento, me manifestó que el alma injusta de mi contrario, acababa de volar á la eternidad.

¡¡El horror que inspira el crimen en un espíritu justo, no puede compararse con el terror de que el mio hallábase poseido; pero aquel momento de calma, es ahogado

por la mas negra ecsasperacion: mi espada habia caido á mis pies, y en aquel instante pavoroso, en que el genio vengador domina nuestros sentidos, la pasó por las entrañas calientes del monstruo. Pero mi bárbara crueldad, no pudo tener sino solo un instante entrada en mi corazon; y el acero ensangrentado, se dirige á mi pecho para acabar una ecsistencia, que por concepto alguno podia conservar en aquel tenebroso momento.

Pero un jóven oficial enemigo, que sin duda nos observára de alguna distancia, detuvo mi accion y ayudado por dos soldados que le seguian, me mandó conducir al inmediato pueblo que dominaban.

Tres meses permanecí prisionero; mas mi situacion no era tan miserable ni horrosa como la de los otros infelices, que perecian bajo el bárbaro trato de la tirania, porque el que habia librado mi vida, procuraba sin manifestarlo suavizar mis penas

con una regular asistencia. Un dia vino á visitarme con precaucion, y viendo nadie nos observaba, me dijo si estaban del todo cicatrizadas mis heridas. Le repuse que no; pero me aseguraban un pronto restablecimiento, y entonces añadió=Vendido por un pariente, y valiendose del dominio que egercia sobre mi espíritu, me unió á ésta órda feroz. Pero él ha muerto, y yo no debo permanecer un instante en el puesto odioso que ocupó. Se me ha conferido un negocio fuera de mi nacion, y debo marchar ésta noche, para no volver mas. Estad prevenido, y á las once vendré á daros la libertad.

En efecto, á la hora señalada todo estuvo corriente para mi salida, y á favor de una densa obscuridad, pasamos los puntos mas peligrosos. En una alquería del campo, nos esperaban dos briosos alazanes, que nos condugeron en treinta y dos horas á Portugalete. Nos despedimos con fraterni-

dad, y despues de manifestarle con sinceridad mi agradecimiento, pasé sin dilacion á Bilbao, para presentarme á mi general.

El estado de mi salud, no permitía á pesar mio, siguiese por mas tiempo en las pesadas funciones de la milicia; pero necesité para resolverme, un grande ecsámen en mis fuerzas físicas; la triste realidad me convenció y pedi mi retiro, que mi invicto general apoyó, viendo mi pecho lleno de heridas sin cicatrizar; y á los dos meses, quedó decretada á mi favor, y agraciandoseme con el grado de comandante. Pero en este período de tiempo, volvi á tomar las armas en su segundo sitio; y quedando los libres de nuevo victoriosos, me decidi por fin á pasar á mi nacion para que mi amada familia y la única que los tiranos me habian dejado, recibiese mi último suspiro.

Siempre temiendo ser descubierto, llegué á Niza; la atravesé incognito, y me interné en estas ásperas montañas: pero perdi-

do en sus peñascosas escabrosidades, vino hasta el pié de la fuente misteriosa; y por una de aquellas felices casualidades, que parecen coincidadas por el Cielo, estreché en mis brazos á mi amada familia.

Concluyó el esposo de Elisa la verídica relacion de sus infortunios, y el amante de Armelina, horrorizado de ver las intrigas y maldades del tirano Braulio, alargò la mano á su amigo y con un semblante que dejaba entrever los nobles sentimientos de su alma le dijo:—Mi corazon ha sufrido mil alternativas por la ligereza con que se impresionaba mi alma, en la certera manifestacion de vuestros incomparables padecimientos, y ora ha latido mi corazon de furor, ora de compasion. Y puedo aseguraros que nunca como en éste instante conociera que solo halla tranquilidad el espiritu de un desgraciado, cuando un fiel amigo le manifiesta, que su alma está herida de mas crueles tormentos. ¡Quiera la suerte, Genaro infeliz, que una vez la fortuna valancée sobre tu cabeza para colmarte de ventura!—¡Ay hijo mio! le repone el anciano,

és indecible el sentimiento que ha devorado mi pecho al irte refiriendo mis padecimientos. Pero si con hacerte sabedor de mis desgracias he logrado aliviar tus disgustos, cree me congratulo por este beneficio que de mí has podido recibir, no del todo infeliz.

El relox acababa de tocar las once, y el padre de la hermosa Amalia, vé con sorpresa al amante de la solitaria, entregado á un pausado sueño; y complaciéndose á si mismo por haber cooperado á su tranquilidad, se retira á su gabinete para impetrar la proteccion del Cielo, á favor de su perdida esposa.

---

## LIBRO SESTO.

**L**a hermosa hija de los vientos, descorría con sus dedos rosados las densas y obscuras tinieblas de la noche para franquear generosa la brillante puerta del Oriente,

por donde hace su salida desde su primitiva creacion, el padre de las luces: cuando un lejano repique hace despertar á los habitantes del Castillo; y Róverto al ver amanecido el dia de su felicidad, sale acompañado de Genaro fuera de la alameda de Castaños, para recibir con el decoroso respeto que siempre, al sacerdote del desierto.

La doncella del Castillo, apoyada en un debil brazo de su directora, se presenta á sus admiradores, vestida con modesta elegancia; empero tan interesante, que no se halla diferencia en su natural belleza, con las encantadoras gracias que de la diosa Juno describe Homero. Un vestido de raso blanco, cubre el alto talle de la Castellana bajando en anchos plieges hasta nivelarse con el sencillo trage; un manto de azulada gasa y al través de su delicada transparencia, se dejan ver dos rubias trenzas, que llevadas á disposicion de los vientos, las ondèa con suavidad sobre la delgada cintura de

la futura esposa de Rovertó. Un sombrerito gracioso, con nevadas plumas de cisne, adorna su anillada cabellera; y al verla su querido padre dotada de tantas gracias y virtudes, caen sobre su cicatrizado pecho las mas dulces lágrimas, producidas por las efusiones de su paternal amor. ¡Oh transportes deliciosos! ¡cuan gratas son las filiales sensaciones, que imprimes en el corazón sensible de los hombres.....!

Anonadada la alma amorosa del segundo hijo de Marcela, en la presencia de la doncella, solo puede mirarla, y perdida enteramente la memoria de otros objetos, parece un habitante de Berenica, despues de haber bebido las aguas adormecedoras del Lethéo: mas la repentina llegada del Conde, le saca del letárguico sueño. Una sonrisa natural, vaga sin esfuerzo por los labios rosados del señor del Castillo: sus brillantes y negros ojos, inspiran interés y confianza al dirigir sus tranquilas miradas, y

Á todo su físico acompaña una calma y serenidad inesperada. Sorprendidos los circunstantes, y mas que todos el anciano Genaro, de una tan repentina mutacion: se miran mutuamente sin poder comprender la causa; que motiva su serenidad. Roverto estrechando entre las suyas una mano del primogénito de Frogoso—;Goza tambien, amado hermano, le dice, de la venturosa felicidad, que alegra mi corazon en este momento delicioso.....—Si, yo me plazco en tu dicha, repone el Conde, porque ésta union gloriosa es la cadena que mas nos liga á Genaro.... y tu Amalia..... cuando eleves tus puros y sencillos votos al empireo, envia con ellos al Cielo tus súplicas angélicas, para ver si por tu mediacion candorosa, señala tambien el Eterno el instante venturoso que me ha de unir á.....—  
Si, le dice ruborizada la doncella, yo cumpliré tu peticion. Y separándose la noble comitiva del amante de la solitaria que les

ofrece salir á recibirles, se dirigen á la ermita de Monte Arido, por ser del agrado de los futuros esposos el ir á unirse con el voto sagrado de himenèo á la morada religiosa de Albertos:

Aurelio.... el apasionado amante de Armelina, no es del todo infeliz.... está tranquilo, y su pecho no escala tristes suspiros como hacia pocas horas antes, de que la aurora librase sus rayos luminosos sobre el grande emporio de la tierra. Empero.... no adelantemos los hechos.

Dormitaba el Conde de Castellí, desde que Genaro concluyó la relacion verídica de sus desgracias, cuando el lejano sonido de la campana le hizo despertar sobresaltado.... ¡¡donde estás, Armelina!! dice con voz agitada y contestando solo á su exclamacion el éco sordo de sus palabras cortadas. El delirio se vuelve á apoderar de sus sentidos: se arroja precipitado de la cama, y una espada hecha pedazos se presenta á su vista.... ¡¡tu

cruel, fuiste el instrumento sanguinario de mis desgracias!!... ¡¡mi dicha desapareció, cuando de mi homicida mano saltó tu punta!!... ¡¡¡qué recuerdo odioso!!!... ¡¡¡Armelinea.... ángel puro, que las regiones celestes habita para dar mayor realce á su grandeza.... envía.... por tu amante.... sí, Armelinea venturosa.... yo quiero gozar á tu lado las delicias que pródiga reparte la divinidad!!!... sus cabellos erizados, se elevan con asombrosa arrogancia de su cráneo ardiente.... dos lágrimas abrasadoras, abren una roja senda al correr con pausa por sus pálidas mejillas.... un temblor general conmueve todos sus huesos—¡Genaro.... una muerte pronta.... voy á verla.... ¡Ay! Amalia.... ¡cuando seductora se presentó á mi vista!.... dice, y una amarga sonrisa asoma á su turbado rostro; y con la ferocidad de un tártaro abre un pequeño escritorio; pero una daga brillante reluce en sus manos trémulas....) ¡¡Armelinea!!... clama el desgraciado jóven....

¡cumplí mi juramento... tuyo hasta la muerte.... tuyo en el sepulcro..... tuyo en el Cielo!.... levanta su robusto brazo y al clavar el devastador acero en su palpitante corazón, una mano fuerte deteniéndole, hace suspender el horrible golpe.

Asombrado el delirante Conde, retrocede algunos pasos..... un rayo de luz penetra la trasparente vidriera de una ventana; y una sombra hiere su amortecida vista.—  
¡¡Quién eres!! dice aterrado el joven.... ¡la Solitaria!.... le repone una dulce voz ¡¡¡Armelina!!!... tu has oído mis súplicas desde la tumba.... ¡virgen de las tinieblas!.... ¡hé me aquí pronto á seguirte....!—¡Alucinado Conde! dice la hija del desierto retirando á su espalda el negro velo que la cubre, tranquilízate y fija por un momento tus ojos convulsivos en la que siempre te ama, y ha penetrado con mil fatigas las entrañas de la tierra, para salvarte.—¡Para salvarme!.... ¡y hubo una hora en que no vi-

vías!... ¡que te arrancaron de mi lado!...  
 ¡que tu sangre corriendo en abundancia por  
 tu blanca frente... paralizó la que circulaba  
 por mis venas... y sintiéndome espirar...!!  
 te perdi!!... ¡no es cierto lo que digo!?...  
 háblame una palabra... refiereme lo que  
 pasó aquella noche memorable. — ¡Aurelio!  
 yo quise ser la mediadora en la funesta  
 lid... no fué atendido mi ruego y viendo  
 una espada que amenazaba tu vida, pùse-  
 me delante para que traspasara mi corazón  
 antes de llegar al tuyo; y en aquel mo-  
 mento... ¡basta, celestial criatura! dice el  
 Señor del Castillo, doblando una rodilla ante  
 la Solitaria; no merezco tu perdón... desé-  
 chame de tu vista; la hija de la selva debe  
 estar señalada entre las que merecen una  
 corona y un mundo que obedezca sus pre-  
 ceptos: un asesino no debe te... — Dulce  
 amigo mio, le dice la Solitaria, levanta;  
 Armelina te amó, quebrantando sus debe-  
 res... te ama, à pesar del hádo injusto, y

siempre su amor será tuyo, porque solo ofende al Cielo; empero, no á mortal alguno. Y alzando al jóven Conde, que aun inmóvil permanecía, le conduce á un sofá y le convida á tomar algun descanso.

El hermano de Roberto, mira abstraído á la hija de las Montañas, y su corazón sensible late como el de Jasón, cuando su amada Medéa le ofrecia apasionada seguirle por los ámbitos de la tierra, bajo la proteccion de las diosas Júno y Minerva. — Armelina, dice el Conde despues de unos momentos de pausado silencio, y mudando repentinamente su tranquilo semblante en un caracter triste y abatido: ¡aquel extranjero de cruel memoria, poseia el idioma Español como tu!.... ¿qué funesto lazo te une á aquel desconocido, que bastará su presencia á intimidarte? — Aurelio, repone con serenidad la Solitaria, basta te diga, no conocí el amor hasta el momento dichoso, en que vi á mis pies al noble Conde de

Castellí.—¡Doncella misteriosa... tal vez... tu padre...—No, no salga jamás ese nombre hermoso de tus labios: dice turbada la estrangera, la triste habitadora de éste desierto, nacida como una silvestre flor, solo puede llamarse... ¡Solitaria!... y una lágrima asoma à los brillantes y negros ojos de la doncella.—¿Y porqué se turba esa tu serena alma, con el recuerdo de horfandad?... acaso ¿nos és permitido el elegirnos al nacer, padres, Gerarguia ó Patria? no, imprudente; recordaré en lo sucesivo desgracias, que un problema encierra su misterio.... yo solo aspiro á poseer tu corazon, y con mi mano, poder garantir los amorosos sentimientos del mio.... empero, la bella Española, solo repone con una mirada tierna y levantandose:—¡A Dios, caro amigo! le dice, queriendo partir.... no me és dado detenerme.—Yo te sigo, le repone el apasionado Conde....—No jóven, amable, yo te esperaré....—¿Donde?—En los sepulcros del Cas-

tillo. Armelina baja una estrecha escalera y sustraída á las miradas de sus habitantes, se halla con brevedad en la lóbrega mansion de la muerte; cuando Rovertó y su futura esposa, salian á celebrar en la ermita de Monte Arido su sagrado enlace.

Los jóvenes esposos, están al pié del augusto altar, donde el Sacerdote del desierto ofrece al Eterno, en holocausto de su sagrada pasión el misterioso sacrificio de la misa. Genaro la oye edificado, y sus arrugadas mejillas han tomado un modesto sonrosado, efecto de la agitación de sus fervorosas oraciones. Palavicini ayuda al secsagenario Sacerdote en el sagrado oficio que egerce: y la honrada Gumersinda, al lado de su amada discipula, derrama dulces lágrimas al ver unirse á los jóvenes huérfanos con votos tan sagrados. Mas el anacoreta ha concluido la misa, despues de treinta minutos de pesada meditacion. Los asistentes se levantan, Palavicini y Eladio son los únicos

testigos que han de presenciar los mutuos juramentos del himeneo: el ministro del Señor abrevia la pesada ceremonia. Y Róvertó Frogoso de Castelli, recibe ante el Dios de los hombres una blanca mano de la candorosa Amalia, y un sí dulce resuena por los húmedos y desmoronados ámbitos de la ermita. Mas un ¡ay! lastimero se mezcla á un tiempo mismo con el grato éco, y el anacoreta, tomando su báculo sale del altar seguido de Genaro y la noble comitiva. Pero és estremada la turbacion de todos, al ver en la pequeña tribuna un jóven, que pálido como la muerte, yace en los brazos de una Señora que en vano practica los mayores esfuerzos para volverle á la vida.

El aspecto magestuoso de la desconocida y el estar cubierta toda con un espeso velo causa á sus observadores una especie de veneracion; pero Genaro aprocsimándosele.— Señora, la dice, no me há conducido á este oculto sitio otro objeto, que el ofrecer mi

corto auxilio á un desgraciado, mas no habiendo sido cierta mi presuncion, dejo de ofrecerlos á vos tambien, al tiempo mismo, mi inutil apoyo. La incognita, anonadada en la presencia de los circunstantes, solo contesta con un ligero movimiento de cabeza á los finos ofrecimientos del piamontés, en prueba de su gratitud.

Sus maneras respetables y sus pálidas y descarnadas mejillas, señalan los largos padecimientos que han abrumado su juventud. El pudor y la religion están unidas con caractères indelébles, y sus mas pequeños movimientos. Sus ojos negros y amortecidos, parece buscan con ansia objetos, que la desgracia les arrebatára; empero, ni la adversidad.... ni el haber sufrido los mayores azares, han podido borrar de su físico aquel caracter hermoso que inspira compasion y amor, aun cuando no ilusione; manifestando, pues, en su aire noble y respetuoso, unos treinta y cuatro años de edad.

Genaro incorpora al jóven accidentado: la estrangera enjuga el frio sudor que baña su tersa frente, y mirándolo con atencion ¡mi libertador!.... esclama el libre piamontès.... ¡mi caro amigo!.... ¡Amalia, á este virtuoso guerrero debes los dias que paso á tu lado: él me volviò una vida, que odiosa se me hacia en aquel instante. No pude continuar; enmudece y baña el rostro del desconocido de copioso llanto. Y la misteriosa muger, sigue en pié y no ha mirado una sola vez á los jóvenes esposos. Su turbia vista se fija, ora en su privado amigo, ora en el sensible Genaro; mas rompiendo el silencio pavoroso, que acompaña á los presentes.—Señor, dice la desconocida en lengua Española, y dirigiendo su espresion al padre de Amalia ¿parece os interesa este jóven?—Si, muger respetable, le soy deudor de mi libertad y vida.—Pues bien, os pido en su nombre, que no procureis indagar los arcanos misteriosos que envuelve nuestra

desgracia y os separeis de este sitio. Dice, y saludando con ademán imponente, se dirige al piadoso ermitaño, y diciéndole algunas inteligibles palabras, saluda á todos los presentes y se encamina por un estrecho corredor.—Noble Española, clama deteniéndola el piamontés, ni vuestro acento ni presencia, me son enteramente desconocidos.... ¡por lo que mas ameis en la tierra, dignaos separar de vuestro rostro ése negro velo que os oculta á mis ojos.

Roerto, Amalia y todos los presentes, quedan como petrificados, sin poder comprender tan enigmático misterio: y el Sacerdote del Señor, apoyado en su blanco cayado, parece á un anciano pescador cuando acaba de poner su flaca mano sobre el pez turpedo en su movimiento expansivo.

La desconocida, medita algunos instantes: mira á su al rededor como espantada: levanta á su compañero que por momentos recobrado ha su razon perdida; y ade-

lantandose algunos pasos con su natural modestia, retira á su espalda el negro manto que la cubre ¡¡¡Elisa!!!... ¡¡¡esposa mia!!!... clama arrojándose á sus brazos el sensible piamontés. = ¡¡¡Genero!!!! dice la Española, apoyando su blanca frente en el pecho turbado de su esposo, porque sus fuerzas la han abandonado. = ¡¡ Elisa amable!! repite Genaro, mis brazos te vuelven á recibir despues de haber corrido en tu busca el largo espacio de muchos años; empero, te encuentro.... sosteniendo en tu seno cariñoso á un hombre á quien debo mi ecsistencia. = Esa tu injusta reconvencion, há me sido sensible, repone la turbada Elisa; ese guerrero és.... ¡mi hermano! = ¡Heraldo! dice Genaro apretando su mano entre las suyas, y una pavorosa agitacion se descubre en Gumer-sinda y su discípula. = Si, repone el jóven Español, el hermano de tu esposa..... tu libertador y el hombre desgraciado que amó á tu hija... = ¡¡ Ah Amalia!!!.. dicen agitados

Roerto y su padre: mas, la tierna esposa de Castelli, dice señalando á su esposo la puerta de la tribuna. =Alejémonos de este sitio de misterio.... ese extranjero, no tuvo nunca derecho alguno á mi corazón, jamás le hablé con objetos amorosos, y Amalia, solo es la esposa fiel de Roerto....

—No és tiempo, repone el anacoreta deteniendo la doncella, espera, jóven virtuosa, no admiro tus resoluciones, porque son conformes á tus sanos principios y.... su espression queda cortada al ver entrar en la pequeña estancia una virgen vestél, tan hermosa como el primer impulso del amor, precedida por el noble Conde de Cartelli.

—¡Señora, dice la Solitaria arrojándose á los pies de la respetable Elisa.... ¡perdon para.... =No, no pronuncien ya tus labios lo que por naturaleza me debes.... ven á mis brazos, niña venturosa.... ¡¡soy tu madre!!....—¡¡Mi hija, esclama Genaro....—

Padres míos!.... ¡¡Aurelio!! dice la hija de

**Elisa....** ¡¡ya no soy huérfana!! Y sus brillantes ojos quedan oscurecidos por algunos momentos.

El felice Genaro, perdida en parte la razón á fuerza del placer, abraza como un delirante al esposo de su hija, á la bella Armelina, á la turbada Amalia, á su política madre, al hermano de su esposa, á Palavicini y Gumersinda; pero sus transportes alhagüenos, se aumentan al abrir sus brazos disecados, al amante de la hija de Elisa.—  
¡Afortunado Aurelio! le dice, el Cielo habia señalado sin duda tu felicidad y la mia en esta hora venturosa.... la Solitaria ha mudado de nombre.... es la hija de tu padre adoptivo.... y la futura esposa del Conde de Castellí. Empero, en igual situacion, la alma amorosa del Señor del Castillo, besa repetidas veces una flaca mano al padre de su amada. Amalia y Armelina, conociendose como hermanas, se abrazan con ternura, vagando al felicitarse mutuamente, una en-

cantadora sonrisa por sus rosados labios.

Amigos míos, dice el ministro del Altísimo, los ánimos están agitados: partamos al Castillo; yo también disfrutar quiero con vuestros corazones sensibles, el honesto júbilo que rebosa el mío, después de un desenlace tan inesperado, y donde solo la revolución de un momento ha cambiado vuestras suertes con éxito feliz. Todos aprueban su proposición, y emprenden la marcha para el Castillo. Genaro ofrece su brazo á la tierna esposa de su corazón y sucesivamente se vá colocando la noble comitiva, y acompañada de alegría descende con presurosa marcha los altos montecillos, hallándose en corto tiempo en los adornados salones del agigantado edificio. Todos se sientan para tomar algún descanso, y después de un brillante desayuno, se colocan los jóvenes al rededor de sus padres, entregándose con el más grandioso entusiasmo al goce de tan caros objetos.

Un vestido negro de tosco sayal, y un velo del mismo color, ès el único adorno de la asposa de Genaro: sus admiradores desean verla transformada en una perfecta dama; mas no, Armelina está vestida con mas elegancia. Un trage blanco de casimir, que señala los estragos del tiempo, y un manto de tela amarilla de merino de muy poco espesor, con una coronita de menudas flores al rededor de sus blancas sienes, y mezclada con los naturales anillos de su negra cabellera, y dos trenzas tegidas con algunas cintas color de nacar que sirven para sostener algunos pomitos de sencillas rosas ondeando por su bien formado talle, es todo el influjo que le presta el adorno para realzar sus encantos; pero solo las gracias de que fuè dotada por naturaleza, es garantia de su mérito, haciéndola aparecer hermosa como un rayo puro de la divinidad, mirándola solo sus perfecciones porque, si se considera con el humilde aderezo

de su vestido, infunde veneracion como una Sibila en el momento de sus vaticinios.

Desearia el venturoso Conde poder tener siempre á su vista la imagen honesta de una virgen, para que le asegurára en la creencia de que su amor fuè en sus primeros arrebatos animado por un ángel; pero adelantándose Amalia á sus resoluciones, tan amable como generosa, habia partido con su amada hermana su lujosa ropa: y su aya, siempre complaciente, habia desempeñado con brevedad su comision. Sorprendidas las Españolas al ver con rapidez cruzar á los sirvientes del Castillo con bandejas de vestidos y de toda clase de femeninos adornos, quisieron escusarse, pretestando la solemnidad del dia; pero Aurelio animando los filantròpicos sentimientos de la reciente esposa, se levanta del lado de su amada; se entrega de las llaves de los provistos guarda ropas por la vez primera de su vida, y todo queda franco para las Señoras del

Castillo. Asiente Armelina, aunque ruborizada, á las invitaciones de su hermana y elige un sencillo vestido que el Conde repele, viendo su modestía, y encarga á la esposa de Rovertó sea la que elija un lujoso traje.

La hora de la comida llega: toda la mañana se há pasado en preguntas y contestaciones ofuscadas: Armelina está en el gabinete de Amalia, y avisadas por el jóven esposo, salen para incorporarse á su familia; empero, no es ya la sencilla Solitaria la que llama la atención general; es una ninfa del parnaso, adornada con las hechiceras gracias de Dafnè, amada de Apolo: es en fin, una Señorita Española, con toda la elegancia de su airoso mèrito. Un sombrerito recortado y verde esmeralda, há sustituido á la guirnalda sencilla: una manteleta de terciopelo blanco, y con una guarnición de encaje de Holanda, descubre la cintura, que ocultaba el espeso velo; y que un vestido

de raso morado, ajusta sin afectacion. Su estatura pocas lineas menos que la de su hermana, ha facilitado la pronta mutacion de trage: y la hermosa pareja es felicitada de nuevo por sus amigos, que no saben decidir, si son mas interesantes las perfecciones de Armelina, que la candidez de Amalia.

Una bien servida y opípara mesa, tiene á los Señores del Castillo distraidos por algunas horas; pero el honrado anacoreta no acostumbrado por muchos años á disfrutar los sencillos placeres de un banquete, se levanta con naturalidad porque desconoce las severas leyes de la etiqueta, y siguiéndole sus amigos, entran á descansar á la sala de recreo donde la reciente esposa luce sus conocimientos profundos en la música, tocando en su orgánico piano maestras piezas, que le merecen repetidos aplausos, y que afectan á la sensible Armelina, por hacerle recordar su aislada y mistica educa-

cion; pero, que una sola mirada de su amante basta para hacerla recobrar su calma natural.

Terminado ya el día en sencillos regocijos, salió la noble familia del Castillo para acompañar al ministro respetable del Criador, hasta su oculta morada; mas las nobles Españolas, al ver las desconchadas paredes de la ermita, se entristecieron, y notado por el padre de Albertos, las hizo retirar, ofreciéndoles pasar á visitarles al inmediato día, para tener, continuó afirmando su blanca mano en el hombro derecho de Elisa, «el honor de oírle referir á mi solitaria compañera, la serie de infortunios que han, sin duda, causado su espatriacion.»—Aunque sensible deberá me ser, repuso la esposa de Genaro, el hacer aunque sucinta, una relacion de los disgustos que han afectado mi espíritu, tendré siempre una satisfacción en que un hombre tan virtuoso como vòs, esté presente. Y reti-

randose, despues de saludar con fraternal cariño á su vecino amigo, llegan al antiguo palacio de los Castellís, donde sus honrados sirvientes salen á recibirlos.

A las cuatro de la tarde del siguiente día, se hallaban los Señores del Castillo en el ameno jardin, acompañados del anacoreta, y habiendose reunido todos en un enramado senador, se fueron colocando indistintamente en sus poyos de alabastro, y el virtuoso Albertos, despues de algunos momentos de religioso silencio, se dirige al padre de Amalia, y le dice.—La solemnidad del pasado dia, y las sucedidas escenas que en él se vieron con la festiva alegría que subsiguió á los felices encuentros, me privaron de poderos manifestar, que el momento que os estaba señalado por el Cielo para estrechar en vuestro pecho á vuestra esposa é hija, érame tambien destinado para saber el estado á que pertenecían las nobles extranjeras. Siempre acostumbrado á respe-

tar los secretos de mis semejantes, no molesté jamás á vuestra esposa con hacerle sobre su situacion una sola pregunta. Bastábame solo saber, el que eran unas religiosas de España, que rompieron su clausura por ser injusta.... no anhelé saber otra cosa, al concederles un asilo en la solitaria ermita, en una de las noches tempestuosas del pasado invierno; pero solo si supliqué á vuestra esposa no se hicieran presentes en el dia por estas malezas, para evitar el poder ser descubiertas. Y esta sencilla manifestacion creo deberá alejaros el pensamiento, si és que vuestra imaginacion le ha producido, de que pudiese tener este anciano algunas nociones sobre sus desgracias.

—Respetable Albertos, le repone Genaro, estoy muy convencido de la sinceridad de vuestros asertos, y al tiempo mismo de que si todos los ministros del Señor hubieran sabido conservarse con la conciencia tan pura como la vuestra, no hubieran sido ar-

rojados de sus asilos religiosos por las revoluciones, que han estallado en algunas grandes potencias de la Europa; porque el vicio cubierto con la sombra de religion, tiene caracter de diabólico, y los hombres ilustrados le repelen con horror. Yo siempre conservaré indeleble en mi corazon el sacrificio que habeis hecho amparando generoso á una esposa é hija perdidas luengos años para mi.

¡Monjas! exclamaron todos los circunstantes, que habian respetado los secretos de las bellas Españolas hasta aquel momento. Sí, amigos míos, repuso Elisa coloreando sus mejillas un ligero sonrosado, seguramente es una contradiccion, siendo yó madre y esposa; pero los hombres, cuando se hallan dominados por un sordo interès, no temen sacrificar la paz y vida de sus semejantes en obsequio de su ídolo.

Desde el momento cruel, en que el fortuito poder del hado, adverso me separára

de mi amado esposo, he sido el juguete de los caprichos ambiciosos de mi injusto tío. Supo nuestro himenéo; vió nacer á Arnelina, y á los treinta días dejó su infelice madre de alimentarla, porque sorprendida por cuatro hombres desconocidos, la arrancaron con violencia de mis brazos; y aquellos seres insensibles me hicieron subir á un coche, aterrando mi espíritu con sus bárbaras amenazas, y no se interrumpió nuestra marcha en todo un dia, hasta que á la entrada de la obscura noche, pararon los fatigados caballos su rápida carrera frente á las gradas de una iglesia, saliendo á recibirme mi bárbaro tutor, para conducirme á la porteria lóbrega de un convento.

En aquel asilo, donde solo la pureza debiera habitar, despues de una ecsaminada vocación, quedé encerrada y por su orden se me violentó para vestir un hábito. Mis lágrimas corrian con asombrosa abundancia al verme separada de mi esposo, encerrada,

y sin el grato consuelo que el sensible corazón de una madre recibe con los alhagos inocentes de una tierna hija. Pero érame necesario abrazar la suerte; y que una ligera reflexion, fuera un obstáculo siempre para no entregarme un momento de ecsasperacion.

Mi tutor me habia tenido olvidada; y mas de una vez.... ¡mi trémulo labio le maldijo con horror!; mi pasion era la mas cruel que podia recibir de manos de un pariente, por que mis carceleras, perjuras al voto de caridad que hicieran ante un Dios benigno, cumplan ecsactamente con las órdenes injustas de mi tirano.

En esta posicion desgraciadísima, rodeada de mugeres, que desprendidas del mundo social por capricho, habiéndole sido forzoso llevar las pasiones y geniales, que aunque á la apariencia estaban sufocadas, el claustro era su primer incremento para incendiarlas::: Agoviada con las penitencias, coros

y ayunos, pasaron cinco años de martirios; pero mi tutor se me presentó al fin en el locutorio, y su vista me hizo estremecer. —Elisa, me dijo aquel hombre desnaturalizado, presentándome una hermosa niña; este es el fruto de lo que tu llamas legitimo himeneo. Nadie en este convento sabe sea tu hija; contigo quedará para que te consuele como una huérfana, que sus parientes me han encargado, la coloque para su educación en el convento donde se halla mi amada pupila.....

Pero esto ha de ser con una condicion precisa, y si te niegas á obedecerme, nos alejamos de aqui y no nos vemos hasta la eternidad. ¡Quedé horrorizada!.... un presentimiento funesto heló mi corazon.... mi hija y solo mi hija me interesaba en aquel instante: una fuerte y espesa reja de hierro nos separaba.... Armelina me miraba, y parece me pedia la libertase de las desgracias que le preparaba el tirano de sus padres. Y

en aquel instante, antepúsose un impulso maternal sobre todos los bienes sociales. Estoy conforme, le dije enagenada; entregadme mi hija, y yo os juro asentir gustosa á vuestros preceptos.

Toma, me repuso alargandome unos papeles; firma la declaracion solemne de tus voluntarios votos para profesar y esta escritura, donde renuncias todos tus bienes à mi favor; pues ya has llegado à la edad de poder de ellos disponer. Y en cambio te entrego á tu hija para que le asegures una vida pacífica, habitando con tigo interin viva en esta religiosa morada.

Mi corazon parece queria partirse de dolor..... tomo la pluma y se me cae de la mano: pero mi avaro tutor vuelveme á presentar Armelina. Este és el premio, me dijo con irascible sonrisa, que te espera, en cambio de tus borrones.—Os valeis de mi posicion, le repuse.... yo renuncio mis bienes á vuestro favor con gusto; pero no

puedo ser perjura poniendo por testigo de mis votos al Eterno, cuando soy esposa, y no tengo noticia de haber perecido el hombre desgraciado, que merecido habia mi eleccion.—Esa es una preocupacion que destruye mis planes, y cuando esa objecion, es producida por vanos escrúpulos..... el sacrificio de ellos es de lo que se trata en este instante, ó de darle el último á Dios á tu hija. Y confieso, que estas palabras últimas, pronunciadas con fuerza, hicieron heláseme la sangre en mis venas. Tomo de nuevo la pluma: mi alma voló en aquel instante en busca de mi esposo.....; pero fué preciso.... y mi mano trémula, rubrica en aquel momento las escrituras injustas. Y aun mi misma muerte, gustosa hubiese aceptado por salvar nuestra amada hija del cruel tratamiento que le esperaba sufrir, viviendo bajo la dependencia del hombre mas injusto que han conocido los siglos.

Una sonrisa avara asomó á los blancos

labios de aquel tirano: llamó á la Abadesa, y encargándola mi vigilancia y la educacion de aquella niña, me mandaron retirar. Yo dirigiera una dolorosa mirada á mi desventurada hija, y permanecí sin poderme resolver por algunos momentos; empero, un nuevo aviso de la superiora me hizo retirar, y la tierna Armelina al verme partir, afligida, sin duda por un impulso natural, prorrumpió en el mas amargo llanto.... ¡no parece sino, que un angel con dulce voz del Cielo la decia!.... ¡«Armelina: esa monja es.... tu madre.»!

A las tres horas entró la abadesa en mi celda acompañada de la niña, y al presentármela, hollando el respeto que la presencia de aquella muger infundirme debiera, estreché en mis brazos trémulos y besé mas de mil veces arrobada de placer, aquella prenda inocente de nuestro entrañable amor. Pero la superiora me dijo con severidad. —Hermana Elisa, nuestra regla prohíbe en-

regarse á esos extremos.... sírvase su caridad reportarse, porque si sabedora soy de que esa niña és tratada con tan tiernos ahagos, la entregaré á vuestro honrado tío, para evitar tan solo, que vuestra alma no abrace de nuevo las pasiones mundanas que felizmente pudisteis olvidar. Dos lágrimas asomaron á mis ojos, tal vez de sentimiento, pero humillème á sus pies implorando perdonase mi debilidad, y besando con respeto sus manos, me volvió la espalda, dejándome en aquella postura humilde, y acaso indecorosa.

Jamás concluiría, si referiros debiera los padecimientos que he sufrido en catorce años de horroroso encierro. Mi amada hija vistió un hábito y yo me vi precisada á cumplir mis juramentos, porque la menor declaracion en su corta edad, podia habernos comprometido y separado quizá para siempre; por que la buena Abadesa me tuviera siempre incomunicada para todo el

mundo, y con dos legas que por do quier me seguian, para observar mis insignificantes acciones.

Mi ambicioso pariente volvióseme á presentar en el año treinta y tres; y entregandome una corta cantidad de dinero, me dijo al tiempo mismo con serenidad, que habia dejado de ecsistir la desgraciada Apolonia, y que mi hermano Heraldo habia seguido la misma suerte, de resultas de una herida funesta que recibido habia en un desafio. Desmayada, y procsima al sepulcro, caí en brazos de una lega que presenciaba nuestra conversacion, y al abrir mis desfallecidos ojos, se encontraron con los de mi afligida hija; pero el estado debil en que me hallaba, acabó de violentar mi salud y caí gravemente enferma; pero debo desde aquel instante la vida á los desvelos incesantes de mi amada hija, y al compasivo Cielo que me tenia reservado un dia, en que debian de tener fin mis continuados tormentos.

La impasibilidad que acompañaba á mi abatido espíritu, llegado habia su término, y una reflexion de largos años, acabó por hacerme conocer, que debia romper las cadenas con que involuntariamente habiame ligado, revocando unas promesas arrancadas por la violencia de un imbécil, aunque necesario fuera para conseguirlo derramar una sangre, que no circulaba por mis venas, sin ir impregnada con el fuego pavoroso que me consumia.

Una jóven, víctima como yò de la tiránica ambicion de sus parientes, era mi consoladora, tal vez porque ignorando los dulces efectos del amor, no habia sido su corazon inocente herido por ésta natural pasion. Pero detestaba el encierro, y decíame con alguna frecuencia, pero sin acaloramiento: «no hay duda, hermana Elisa.... nuestra suerte estaba señalada en el libro del destino y nos és necesario sufrirla, sin que acrecentemos con una tal vez justa eexasperacion,

Los amargos sinsabores que sufrimos en este pequeño é insociable mundo, que una indiscrecion piadosa creara en el centro del que todos tenemos derecho á disfrutar, y del que hemos sido arrancadas para conducirnos á este vital sepulcro, donde solo la muerte se mira como un bien, porque ella solo és la que puede cortar nuestros crueles disgustos.

¡Pero os parecerè, amiga mia! una jóven enteramente conformada con mi situacion lamentable; mas cuan lejos está de mi esa virtud admirable.... el dia que pisé ésta mansion para quedar sepultada para siempre, acababa de cumplir los once años de edad; pero mi corazon era sensible, y con el tiempo ha llegado á decirme «que á la vista del sepulcro.... no se goza.... y cuando mi imaginacion se ecsalta á mi pesar, presentándome el grande emporio del mundo, adornado con sociedades moralizadas por la ilustracion del siglo, y una esposa feliz,

gozando las mágicas y puras caricias de sus tiernos hijos, mi alma se embriaga, con lo que para mi no existe: me olvido del voto de humildad que un dia hiciera: detesto mi esclavitud y á los seres que la causaron....; pero el triste fruto de estas alternativas és el verme penitenciada, y acabar de convencerme, de que con la edad ó la muerte quedarán sufocadas mis naturales pasiones.

Pero esta sensible amiga, desaparecido habia de mi vista: era profesa y no estaba en el convento ó si permanecia en él, sería en una de sus habitaciones subterranas que tantas veces servido habian á una infeliz de morada, al tiempo mismo que de tumba: y confieso amigos míos, que ésta lúgubre idea me hacia temblar y acrecentaba el abatimiento de mi espíritu.

Un año habia pasado con esta penosa ansiedad, siendo la época de mi vida mas triste; porque está sellada con los padeci-

mientos mas crueles que hé sufrido. Estaba enteramente separada de mi amada hija, y se habia redoblado sobre mí la mas escrupulosa vigilancia. Pero la ecsasperacion llegó á tener por un instante abrigo en mi pecho, y viendo distraida por un momento á la lega que me espiaba, salgo con prevencion de mi celda, y en un instante me hallo en el coro bajo. Era dia de jueves, y la comunidad se preparaba para comulgar. La sacristana estaba entretenida en su guardarropa, y no fija en mi la atencion; pero yo viendo la ventana y puertas del comulgatorio abiertas, levanto mi velo y saco los brazos como para estender el paño sacramental. La iglesia estaba desocupada, pero yo miraba con atencion por uno y otro lado, cuando una señorita se dirige hácia mí y con una prontitud admirable pone sobre mi mano una carta, y se aleja con premura: yo la oculto en mi manga, y fué tan grande el aturdimiento que se apoderó

de mis sentidos, que tuve que separarme de aquel sitio, para recobrar alguna calma en mi agitado pecho.

Tres hermanas de comunidad bajaban en mi busca; y soy conducida ante la superiora, que me llena de ultrages y se me impone con arbitrariedad la dura penitencia, de estar arrodillada por seis dias todo el tiempo que durara el refectorio y despues quedar á disposicion de la comunidad, para que me fuese designado el trabajo en que me habia de ocupar. Pero éste fuè el último castigo que recibiera vuestra amiga por órden de aquella compasiva religiosa.... La monja que desempeñaba las funciones de jardinera, me mandò la acompañase al huerto para ayudarla á regar, y fatigada por la pesada tarea que me impuso de darle vuelta à una aspa que hacia rodar una pequeña noria, me vi precisada á tomar algun descanso, y recostada sobre un banco, observando que nadie por aquel momento me

espía, porque la hortelana estaba distraída con el riego de sus plantas, saco el misterioso papel, y envuelto en el pañuelo del bolsillo, leo con estremada conmocion el nombre de mi amada sor Olimpa; y el entusiasmo de mi alma se acrecentó cuando entre mil zozobras, ví que me decía: ¡Elisa del alma!! yo estoy libre há un año por haber abrazado la órden mas justa que dictara gobierno alguno....; toda religiosa está facultada para romper su forzada clausura....: he mandado preguntar á la Abadesa por vós, y la contestacion ha sido, que ya no estabais en el convento....; pero sabedora de las tramas que se urden en esa solitaria mansion, no he dado crédito y os he escrito este billete por si la casualidad me presenta una ocasion favorable para poderoslo entregar.

Romped vuestras cadenas, infeliz Elisa; como hiciera esta vuestra amiga....: decid á la priora su injusto proceder, teniendoos

ocultada siempre, para que no fuese sabedora de esta sabia y justisima disposicion.....: la virtud, en el centro de las sociedades, se puede conservar con mas pureza que en el claustro: porque lo que está al arbitrio nuestro gozar no se desea.....; pero no es tiempo de hablaros en este sentido.....: abjurar vuestras promesas, y los brazos de Olimpa os esperan.

A las tres horas de recibido este escrito irá mi hermano á veros, y si se le niega ésta gracia, nos veremos en la precision de dar publicidad á los hechos que os han constituido en la desgracia, y no dudeis de vuestra pronta libertad y de la execracion que recaerá sobre las cómplices.

Sin esperar el permiso de mi compañera, abandonó el jardín para ver á mi hija, y aprovechando un corto intervalo de tiempo, que la casualidad felizmente nos proporcionára, la manifiesto el divino escrito y la digo con entusiasmo: inocente Armelina,

solo me interesa vuestra felicidad, pero los cortos años que contais no me permiten hablaros sin misterio.... cuando la experiencia os faculte para poder pensar con acierto, sereis sabedora de un secreto.....: si Armelina, de un secreto que os hará conocer la causa de mi entrañable afecto hácia vós....; pero vamos á desterrar la esclavitud, por que los hombres libres no han podido consentir se conviertan por mas tiempo los asilos consagrados á la virtud y la religion en tiránicos encierros, donde siglos tantos há, se ha visto gemir la inocencia opresa; y por un efecto de entusiasmo, le digo sin precaver: Armelina, vuestro padre tambien abrigaba en su pecho esos sentimientos.... yo le he conocido....; pero me repuse al momento y proseguí diciendola: yo tengo esperanzas de que podamos verle algun dia.... ahora solo quiero saber si pensais acompañarme.....=Sí, me repuso pensativa, yo os seguiré.... no tengo otra madre en el mundo

sino sor Elisa, pero no pude contenerme y mis brazos la estrecharon con extraordinario afecto.

Dos dias habian pasado en continua ansiedad: el aspecto de la priora era triste y pensativo: sus cuidados para con nosotras habian desaparecido, gozabamos de una completa libertad; no se nos vigilaba; pero el enigma misterioso de tan repentina mutacion, no nos era posible resolver; la tarde del segundo dia se redoblaron los oscuros arcanos; la priora no habia estado en todo el dia á nuestro lado y sus amigas manifestaban estar poseidas de un pensamiento, que les trastornaba; pero de pronto y como por encanto descorriose el velo enigmático.

Saliamos del coro á las tres y cuarto, cuando se me avisa por una madre de comunidad, que me espera la Abadesa en el locutorio: bajo apresurada, aunque la agitacion de mi pecho no me permitia respirar con libertad; pero la superiora me toma

una mano con cariño, por la vez primera de mi vida, y con una turbacion que la descubria, me presenta á un caballero diciéndole: «aquí teneis, Señor, á sor Elisa: su perfecta vocacion, su piadoso retiro y el deseo de vivir ignorante del giro de éste mundo, que tantas veces ha manifestado, nos la há hecho mirar como á nuestro ángel consolador, y hé aquí la causa porque me negaba á presentarosla. Yo no pude contenerme, y dirigí sobre aquella muger extraordinaria una mirada, que la hizo mudarsele el color, y al hermano de Olimpa conocer la simulacion de sus sentimientos.

—¿Cuando, sor Elisa, me dijo aquel hombre generoso, determinais salir de este convento misterioso para gozar de libertad, y tener derecho á mandar sobre nuestras acciones?....—¡Ay, Señor, le repliqué, todo me parece un sueño ilusorio, que embriaga mi alma para dejarla al despertar en el centro de la ecsasperacion. — No alimenteis esos

pensamientos, infeliz.... me repuso, sois libre.—¡Libre, Dios de bondad! exclamé con estremada agitacion; no dilateis un instante en salvarme, con una niña desgraciada que me pertenece por un derecho natural, y legitimo.—Esa jóven, me dijo la superiora, hà me sido entregada por su familia, y su caridad podrá disponer de solo su persona.—¿Quiénes son, Señora, sus parientes, le repuse acalorada.—Vuestro tio, me dijo, es sabedor de este secreto.—Es cierto, le repliqué, porque somos las dos sus victimas y su merced el tirano instrumento de que se valiera para hacernos infelices.—Sor Elisa.... me dijo con acaloramiento.....—Nada puede ya arredrarme, Señora, le repuse.... catorce años mandado habeis sobre mis acciones.... hoy he sacudido el yugo que la tiranía me impusiera....; pero creed que si me siento con fuerzas, pedire al Eterno os perdone las malas acciones que me habeis hecho. Seguramente, madre priora,...

la dijo el jóven, era la vocacion de Doña Elisa perfectisima.... habeis profesado, Señora, añadió volviendose á mí.—No por cierto.—Pues voy al momento por el coche de casa para llevaros donde gusteis.... —¡Y me dejais sola! le repuse afligida.—¿Qué podeis temer, me contestó? Esa buena monja se guardará de ofenderos.... tengo ya todos los pasos dados para vuestra esclaus-tracion, y solo necesito unos instantes para salvaros::::: Y saludandonos mi libertador, se alejó presuroso.

Acababa de rezar la oracion al lado de mi hija, cuando el sonido de un carruaje me hizo estremecer.... Armelina se levanta, y asida fuertemente á mi brazo me dice con alguna turbacion.—«Ya han venido á libertarnos, sor Elisa; salgamos cuanto antes de este tenebroso encierro. Si hija mia, le repuse, huyamos de ésta nueva inquisicion. En efecto, bajamos apresuradas á la portería, porque estaba franca la puerta,

y nos encontramos con los brazos de mi generosa amiga Olimpa, y despues de estrecharme repetidas veces, nos conduce á su coche, saliendo al fin, despues de catorce años, tres meses y veinte dias, de la horrorosa esclavitud que tan sin piedad sufriera en el convento donde me encerró la tirania.

Despues de tener dos meses de descanso en casa de mi generosa amiga, acompañada todo el dia de mi amada hija, les manifestè mi agradecimiento por los singulares beneficios que habiamos tenido el honor de recibir, añadiéndoles tenia pensado hacer un viage á uno de los puntos de Italia: y aunque causó un estremado sentimiento á mis libertadores, érame preciso seguir esta idea, y para convencerles de la imperiosa necesidad de mi marcha, les dije, aunque con algun misterio, parte de mis desgracias: pero aquella filantrópica familia, despues de verter algunas lágrimas, me propor-

cionaron todo lo necesario para el viage, y estando todo arreglado, nos despedimos con sincera cordialidad, y despues de estrechar en mis brazos á Olimpa y tu virtuosa madre, nos embarcamos en un Bergantin que salia para Génova.

Yo conservaba una idea bastante ecsacta de las primeras conversaciones que tenido habia con mi esposo, y recordé con placer que me refiriera todos sus secretos y que tambien me digese tenia una bella niña de su primera esposa en un Castillo retirado, que se hallaba à la derecha del terrible paso de Colde-Tende: y sin mas nociones ni otra guia que pudiese conducirme á este Castillo, emprendí mi viage, confiada en la proteccion del Cielo, con el incesante anhelo de unirme á mi esposo, si los tiranos no lo habian hecho descender al sepulcro; porque solo á su lado, me parecia estar á cubeirto de las intrigas de mi malhadado tutor.

Pero ¡oh felice casualidad! uno de nues-

tros compañeros de viage no separaba su vista investigadora de nosotras: Armelina estaba recostada con un fuerte marèo, cubierta con su larga capa, y yo cuidaba con extraordinario esmero el tenerla oculta en la camara para evitar se repitiese la general admiracion que causado habia con su presencia agradable, cuando fuimos recibidas á bordo..... Aquí en este sencillo homenaje, que tributaba á las gracias el afecto maternal, las tersas megillas de la doncella fueron teñidas por un sonrosado encantador, y el que la hizo parecer mas hermosa con su natural honestidad, que la tan elogiada **Hebé** de **Hércules**. Todos fijaron sus ojos en un semblante tan divino; pero la noble esposa de Genaro, con cariñosa sonrisa, continua su relacion como sigue.

Se dirige á mi el desconocido y me suplica le diga solo mi nombre. Quedé un poco indecisa; pero sus modales tenian un aspecto caballeroso y no tuve dificultad en

complacerle.—Yo he conocido una jóven de ese mismo nombre, me repuso al oirmele pronunciar.—Nada tiene de particular, le contesté.—Tiene mucho, señora, me replicó, porque en todo os era parecida, aunque tenía menos años ¿Sois andaluza?—Si Señor, le digo, pero criada en Barcelona.

En aquel instante mi interlocutor queda pálido, y sentandose junto á mí, me dice en baja voz.—¿Esa hermosa jóven es vuestra hija?—No puedo negarlo, le repuse.—En ese caso, me dijo, voy perdiendo las esperanzas; pero.... ¿teneis algun hermano?—Uno tenia solo en quien cifraba parte de mi felicidad, y se me dijo tiempo há que habia perecido....; mas él vive.... si, ecsiste todavia en mi corazon...—¿Y vuestros padres? me dijo con interés....—No les he conocido, le repuse; quedado habiamos huérfanos desde muy tierna edad, bajo la tutela de un pariente, en quien mis padres fijaban toda su esperanza, pero que nos há

perdido....=¡¡Elisa!! me dijo el desconocido apretandome una mano con disimulado afecto ¿no conocéis á Heraldó...?—¡Heraldó! díge agitada.... no es posible.... él murió.—Para tí, inocente, me repuso, como tú para mí.

Braulio nuestro injusto pariente, díjome un dia, te habias ido con un oficial francés; mas que no podia entregarme tus bienes, porque sabia estabas en Dijon, y algun dia podias reclamarlos. Pero como trátase de asegurarme de tu paradero, volvióme á decir, que tambien él estaba decidido á marchar en tu busca; y despues de algunos dias se personò con migo para decirme, habia alcanzado el permiso necesario para que lo acompañase; y yo inocente, confiado en sus decantadas promesas, le sigo con el afan de verte; pero ¡ay, hermana mia! fué para venderme.... sí, me ha hecho perder lo mas sagrado que tiene el hombre, que és el honor. Y no siendome posible justificar mi inocencia, salgo de España sin direccion

determinada. Pero Elisa, él ha recibido la muerte de manos de un valiente, y nada temer ya podemos de sus bastardos pensamientos.

Considerad cuan extraordinaria sería mi alegría al verme estrechada en los brazos de mi amado hermano! pero fué nos necesario ocultar nuestra fraternal ilusión, para no descubrir nuestro secreto: y después de referirle mis desgracias, encargándole no revelase este misterio á mi amada hija, que había quedado profundamente dormida, le manifesté, tenía determinado buscar á mi amado esposo; y asintiendo gustoso á mis pensamientos, llegamos á Génova, después de pasados algunos disgustos en la navegación, con el viento, según decían, llamado Libecio, que nos soplara de repente á la vista del puerto, aunque felizmente, nos dejó desembarcar.

Descansamos en una fonda, calle de Acgma-Sola, y á los pocos días, salimos para Niza

en una carroza de alquiler, y atravesamos con felicidad hasta la aldea de Colde-Tende, donde dejamos nuestro corto equipaje, y sin dilacion nos internamos en estas ásperas montañas. Pero despues de andar errantes por sus escabrosidades, sin hallar mas que algunas humildes cabañas de pastores, llegamos á la inmediacion de este Castillo, y la fuerza de un huracan con el rompimiento de una nube, nos impelio á pedir hospitalidad en la religiosa morada del digno sacerdote que está presente, y Heraldo conduciendo por las bridas á su fatigado alazan, se dirigió á este Castillo, con el objeto segun me dijo, de pedir asilo por las cortas horas que faltaban á la noche, para ver si le era posible saber el paradero de su político hermano.

Pero como tratara de informarse muy por estenso, aunque con precaucion, de si les era conocido un caballero llamado Genaro; y las contestaciones no fuesen satisfactorias,

salíó para la ermita al romper el dia por no descubrir nuestro paradero, incorporándose á nosotras en horas mas abanzadas del dia, y me manifestó, tenia pensado marchar inmediatamente para un Palacio que se halla situado á la salida de estas rocas, camino de Cerdeña, con objeto de adelantar alguna ventaja en su propósito investigador: y despues de oir mi asentimiento, supliqué al padre de Albertos tuviese la bondad de ampararnos hasta su pronto regreso. Pero este no se há verificado hasta hace pocos dias que tuve el indecible placer de verle llegar despues de haber recorrido minuciosamente todo el Piamonte: empero sin otro beneficio, que haber perdido su salud interesante; y cuando se hallaba algo restablecido y procsimo á seguirnos á Génova, donde teniamos determinado establecernos, para ver si nos era posible dar con el paradero de mi esposo, y al tiempo mismo hacer una justificacion del modo usurpador con que se

me habia despojado de mis considerables bienes, único recurso que nos quedaba para poder subsistir, una caída que diera mi amada hija, en uno de los largos y nocturnos paseos, nos hizo suspender por unos dias nuestra proyectada marcha.

Heraldo habia estado en la cabaña de Fenor, cuyo nombre le habia oido pronunciar á la esposa del pastor, para informarse de la distancia que nos separaba del Castillo, y como no habiamos acompañado á mi hermano é ignoraba estuviesemos por sus alrededores, causóle una grande sorpresa al hallarse con Armelina, que amedrentada, se habia ido á guarecer bajo el enramado frondoso del Castaño que está al pié de la fuente misteriosa; pero viendo Heraldo, que el valiente joven trataba de seguirla, salió á su encuentro, le hizo retirar y en aquel instante nos dirigimos á la ermita.

El silencio, que nos habiamos propuesto guardar sobre nuestras desgracias, nos ha

privado de podernos descubrir antes de esta época venturosa, porque sin duda el religioso Albertos, hubiera favorecido nuestras preguntas, y el denso velo del misterio descorrido una vez, nos hubiera hecho volar á los brazos de nuestros amigos. Pero yo doi mil gracia al Eterno porque mis deseos se hayan cumplido, aunque tarde; y porque há señalado este dia venturoso para todos, con el enlace feliz de Rovertó y mi amada hija Amalia, para que los esposos mas tiernos, al paso que perseguidos, gocen de una vida tranquila los cortos dias que les espera pasar en éste empório maravilloso de la tierra, guarecidos con la apacible sombra de sus amados hijos.

Todos los circunstantes la manifestaron la admiracion de que estaban poseidos desde el momento que dió principio á la relacion de sus desventuras, y al mismo tiempo de las diferentes sensaciones que experimentado hubieran, considerándola tan ino-

ente como ultrajada; porque así era necesario sucediese, para asegurar las miras ambiciosas de un hombre injusto. Pero no podían comprender, cómo se valiera para el logro de sus odiosos pensamientos, de unas mugeres consagradas por un indestructible voto á la observancia de una sagrada religión.

¡Ay! ¡caros amigos míos! dijo la virtuosa Española; un velo espeso y una reclusion en medio de un mundo bullicioso, no es poder suficiente para acallar las pasiones: las monjas son mugeres, y una juventud fogosa, no le basta para sufocarla la oposicion de unas privaciones, que mas la ec-saltan. Hasta que los continuados egercicios, la prolongacion del tiempo y una conviccion pesarosa, de que no les era dado mudar de situacion, ha llegado á formar almas perfectas y envidiables en algunas ancianas, que componen á la verdad las virtudes siempre respetables de una religiosa; y por ésta muta-

cion de pensamientos, que ha variado la edad, han llegado à mirar la órden de esclaustracion, como una resolucion contraria à los principios religiosos; pero estoy muy segura, que si les fuese dado volver à los años juveniles é inespertos de su profesion, la acatarian con el entusiasmo que se há visto aceptar por algunas jóvenes que miraban su encierro con horrorosa ecsasperacion.

Sin una prueba de vocacion, dijo el religioso Albertos, no debian sacrificarse jóvenes, alucinadas por sus inmeditadas inclinaciones. Pero no es esta clase de victimas de la que mas perecen en esos asilos consagrados à la virtud..... ¡Oh Dios omnipotente!.... dignaos correr un velo sobre tanta infelz sacrificada por la ignorancia ó una sórdida avaricia. El Sacerdote de Monte Arido, cándido como la misma verdad, habiase levantado para impetrar el favor del Eterno; y depues de unos instantes de pausado silencio, alargó su flaca mano al

honrado piamontés, y se retiró acompañado de sus amigos á la capilla solitaria.

---

## LIBRO SEPTIMO.

¡Que vâria és la suerte en este mundo singular y su giro proceloso....! cortos meses há estaba el Señor del Castillo proceloso á descender á la tumba abrumado de disgustos, y hoy, cubierto con el manto de la felicidad, le espera el tálamo nupcial.... ¡Oh fortuna verdaderamente inconstante.... si fueras una deidad, nadie con mayor razon que el Conde de Castelli debiera erigirte un templo con las transparentes piedras de Capadocia, imitando al que Neron levantára....; pero eres una sombra veleidosa, que huyes del que te busca para cubrir con rapidez á quien no te espera; y asi que, tus favores quedar no pueden consolidados por largos tiempos. Pero hoy un soplo de tu viento bonancible ha herido la

suerte de Aurelio; y el jóven agradecido, te acata y venera, como al ídolo de su dicha.

Los preparativos mas suntuosos se están haciendo para la celebracion del ansiado enlace del Conde y la bella Española. El desposorio se ha de celebrar en la solitaria morada de los huérfanos; però el mismo día se ha de pasar con magnificencia al Castillo feudal, que está en el territorio de Cerdeña y no distante muchas millas del de Monte Arido.

La virgen del arroyo, tan encantadora como pura, no puede ocultar la turbacion que le causa la celeridad con que vé acercarse la hora que se le ha de nombrar esposa; pero el Conde, que solo á su lado vive y goza, la anima y manifiesta á cada instante los extremos entusiastas de su desirante amor.

Dos criados han salido para Turin con encargos especiales de Aurelio y de su tutor, y sin duda és para avisar á los amigos del Conde, que deben pasar á espararle con su familia al Castillo feudal.

Todas las salas de la morada antigua de Marcela están abiertas, y respirando con su adorno sencillo la pulcra pulcra. Solo la galería de los Condes permanecer debe cerrada hasta despues de efectuado el desposorio de los amorosos jóvenes. Pero falta otro enlace.... Eladio ha pedido al Conde la mano de Obdulia, y le ha sido concedida con la gracia de poderse unir momentos despues que sus generosos amos. ¡Oh felicidad! esclama el gerrero, viendo alejarse al joven rebosando de alegría: tu estabas junto á mí, y como no llegábame un solo rayo del bien que espides á los hombres, procsimo estuve á una ecsasperacion. Pero tu paso agigantado se ha dirigido hacia mí, y yá es me dado hacér otros amantes venturosos. Gozad, gozad, jóvenes leales, de los alhagos de una union deliciosa, y cuando el luengo espacio de tiempo acercandoós vaya á la decrepitud, decir podeis á vuestros amigos.» Un amo imparcial, y que respetaba como ley sagra-

da los derechos de sus semejantes, midió los sentimientos de nuestro corazón por los suyos, y asintiendo benévolo á nuestros deseos, nos colmará despues de beneficios.....

Las dos hermosas hermanas, siempre unidas parecen estar animadas por un solo pensamiento; y todo lo que Amalia dispone como joven mas esperta, lo recibe y acata Armelina como un sagrado é inviolable precepto. Pero el tiempo vuela como las horas de ventura, y todo está preparado para ejecutar la sagrada union. Y el Conde enbriagado con la dicha que le espera, se persona con Palavicini, y despues de una larga conferencia, le dice con espresion afectuosa.—Buen amigo mio, ya sabeis mis deseos y os puedo asegurar, que sin este acontecimiento grandioso, dado no me hubiese sido soportar por mas tiempo una vida azorada é insufrible: pero el hombre mas afortunado de la tierra está á vuestro lado; y la solemnidad con que anhele ver cele-

brado este último paso, que asegura mi eterna felicidad, podeis imaginarlo. Disponed todo lo necesario, y no ós ofenda esta mi advertencia, porque el tiempo es precioso, y si las horas caminan con lentitud para mi corazon, vuelan por otro lado para vos, pues que solo nos faltan tres dias para marchar al Castillo feudal, donde pienso visitar á mis infelices colonos para remediar sus mas urgentes necesidades.—Hace dias, mi venerado Conde, repuso el anciano, mandé publicar en aquel territorio esta vuestra filantrópica resolucion, y el dichoso enlace que pensabais contraer, el que se debia pasar á celebrar en aquel bellissimo palacio. Se me ha pedido permiso para hacer un sencillo homenaje á los jóvenes esposos y sus virtuosos amos; pero yó asentí gustoso á su peticion, sin deciros una sola palabra; porque conocia, que arrobado con las verdaderamente encantadoras gracias de esa virgen Española, no estaría vuestra cabeza

sino para gozar, y mandar al corazón que sintiese....; con que creo podeis confiar en este anciano, que solo anhela complaceros, por que ós ama con entrañable y desinteresado afecto. Pero un estrecho abrazo, fuera solo la contestacion del sensible Conde.

El oratorio antiguo de la morada solitaria de los huérfanos, y donde resonaron los juramentos de himeneo, que hicieron sus amados padres, estaba adornado con magnificencia y brillando sobre su altar augusto numerosas antorchas, que reflejaban su amarilla diafanidad sobre costosos y afeligranados marcos de plata, que Marcela heredado habia de sus poderosos ante pasados. Sus blancas paredes estaban cubiertas por colgaduras de terciopelo carmesi, y dos lámparas de plata labrada, de un valor considerable, habian sustituido á las de bronce y estaban suspendidas por los mismos dos ángeles de marmol blanco, para alumbrar la sagrada imagen del Salvador.

Dos palafreneros habian subido á la rotunda dos horas antes de amanecido el dia de felicidad para la virtuosa familia, y una detonacion extraordinaria, causada por el sonoro vuelo de la campana, que por muchos años no habia enviado su grato éco por los cóncabos profundos de los vecinos montes, hizo despertar á los habitantes del Castillo, para ver se acababa de abrir la puerta del Oriente.

La esposa de Rovertó pasa al gabinete de su hermana, y la tímida virgen, por un desconocido sentimiento, pierde su rosado color al verse estrechada en los brazos de la candorosa Amália, que la manifiesta con amable sonrisa la ceremonia que la espera. Pero despues de consultar los sentimientos, de su corazon, vuelve la calma à hermosear su semblante encantador.

Obdulia sírve en una bandeja los delicados y costosos aderezos que sus señoras se colocan con gracia; pero Armelina fija su vis-

ta en la joven camarera, y contemplandola sin adorno alguno, cuando le espera el mismo cambio de estado, le dice con amabilidad. —Há se mé dicho, Obdulia, que sois de Florencia, y noto con disgusto que no llevais el collar de perlas, que también he sabido usan las futuras esposas, vuestras paisanas.—Señora....—lo sé....no prosigas, le repuso la doncella de Monte Arido, no tienes dote, pero yo tengo el indecible placer de colocarle en tu torneada y bien formada garganta. Y en aquel instante recibe la futura de Eladio una espresion considerable: pero su agradecida alma no puede resistir los sentimientos de gratitud que la anonadan y dobla una rodilla á los pies de sus jovenes amas, para manifestarlas el agradecimiento que sentía en su corazon; pero Amalia, levantandola con cariño, le presenta un trage lujoso y una sortija que su afecto le destinara para el venturoso dia en que debiera contraer himeneo con el joven Ela-

dio, homenaje justo en obsequio de su virtud y fidelidad.

El relox acababa de tocar las nueve, y Rovertó avisa á las jóvenes hermanas estar todo preparado para dar principio á la sagrada ceremonia. Armelina pierde su serenidad, y en medio de su sobresalto, su tierno corazón late agitado y la sufoca: no articula una sola espresion: empero sí solo, mira á su hermana y una lágrima asoma á sus bellos ojos.

El Señor del Castillo sale á recibirlas del oratorio, y queda sin acción para poderlas conducir á la estancia religiosa, porque su alma, embriagada con los encantos de su esposa futura, ha cedido á la violenta impresión que de recibir acaba con la imagen bella de la joven española; y sin duda, si fueran observados en aquel instante, por uno de aquellos genios vivos que todo lo abrazan y cuya imaginación se halla en un momento recorriendo las generaciones pa-

sadas y admirando la presente, creeria con entusiasmo, que el Jupiter de Olimpa habia pasado á rendir homenaje, á la Minerva de Aténas. Pero el piamontès agita la campanilla, y los amables jóvenes entran en el oratorio.

La noble familia del Castillo, está prostrada ante el Dios de los hombres con tan religioso recogimiento que identifica. Pero el ministro del altísimo se ha dirigido á los tiernos esposos, que se les observa con una agitacion convulsiva para hacerles las preguntas sagradas. Y el sí, que estrecha para siempre el sagrado lazo, ha sido pronunciado por la virgen de Monte Arido y repetido con entusiasmo por el joven Conde. ¡¡El Eterno bendiga, al tiempo que éste su humilde sacerdote, vuestra sagrada union!!..... Y estas últimas palabras, que acaba de pronunciar con religioso interés el anacoreta, han anunciado la conclusion del venturoso enlace. Los Señores del Castillo

han se separado del altar, y en aquel instante, Eladio y Obdulia, con placentero semblante, se han unido con el solemne voto de himeneo.

La campana sonora, no cesa un instante su continuado vuelo, y todos los domésticos están entregados á una tan entusiasta alegría, que le embriaga y distrae del cumplimiento de su obligacion. Pero sus señores, llenos de satisfaccion, al verles tomar parte tan activa como natural en el júbilo que á todos rebosa les, tratan con cariño, disimulandoles las imprecavidas faltas que cometen; y entre sus sencillas aclamaciones, se dirigen á la galeria de los Condes, que permanece cerrada, hasta el momento en que el jóven esposo avisa para que se franquee la entrada; pero es extraordinaria la admiracion que causa á las Españolas su lúgubre y suntuoso adorno.

Todas las paredes están cubiertas con paños negros de casimir, entre los que se

dejan ver infinidad de cuadros, que representan en sus bellas pinturas grandes personajes de cuerpo entero; la mayor parte obra de los divinos pinceles de Cimabué, y su gran discípulo Giotto; todos cubiertos por una obscura gasa aunque trasparente; pero en el instante que entra la alegre familia, se descorre con admirable velocidad el triste cortinaje, sustituyendo en su lugar otro de raso blanco con grandes guarniciones de hilo de oro: y tomando todos asiento al rededor de una bien servida mesa donde les espera el refresco, el jóven Aurelio, colocando en el lugar preferente á su amada esposa, la dice, =Esta sala, Armelina, ha conservado luto desde la muerte de mis padres, y sin esta felice casualidad, cerrada su puerta aun permaneciera. Pero ya no nos pertenece, porque le há heredado la nueva Condesa de Castellí, y la muestra del dolor permanecerá indeleble en nuestros corazones. Y yo, repone la doncella, suplico

al Señor Conde, mande vuelva á vestirse por todo un año como lo estaba, en justo tributo que dedica mi amor á la memoria de seres tan virtuosos. Y en aquel momento, una aprobacion unánime le manifiesta haber sido acatado su pensamiento grandioso.

El desayuno fraternal há concluido á las once y todos se levantan para acompañar á las Españolas, que manifiestan un vivo interés por ecsaminar las vistosas pinturas, que forman el adorno mas costoso del salon. Allí se ven indistintamente los retratos de los antiguos Condes y de algunos otros hombres grandes, que sin deber á la elevacion de su cuna sus memorables è ilustres sentimientos, supieron ganarse con honor una página de oro en la historia, que para siempre sus nombres inmortalizara. Y para comprobacion de que la patria del hombre grande és el mundo, porque debe merecer el honor de ser admirado por todos sus semejantes, se hallaba al lado de un Andres

Doria, libertador de Génova y que hollaba bajo sus pies al tirano Leopoldo, un Cosme de Medicis de Florencia tan célebre por su virtud como el primero por sus valerosas hazañas.

Un Juan Carbono, mozo de posada, con las llaves de la Ciudad de Génova, que de arrancar acabara de las manos de los Austriacos, á la derecha del noble Bufflers Duque de Génova. Un Caston, al lado del ilustre Eugenio, Principe Saboyano. Tambien estaban con extraordinaria imitacion en un solo lienzo, un Dogo Republicano y un Spinola. Pero la bella presencia de Amadeo VI, llamado habia la particular atencion de la reciente esposa, y el Conde la dijo sonriendo. =Este, hermosa Armelina, fué buen Rey del Piamonte, pero tan sensible á los alhagos amorosos, que fundó la órden de los cordoncillos de amor, en obsequio de una belleza que idolatrara, y que habia tenido la graciosa idea de regalar al Monarca un bracelete de su fino cabello. La joven Con-

desa dejó vagar una ligera sonrisa por su rosado semblante, y mas entusiasta el guerrero, exclamó con interesante afecto.—Si mis sienes hubieran un dia sido ceñidas con la diadema real.... ¡qué no creara en honor á la beldad encantadora que me ha hecho feliz!.... Pero su amada le impuso silencio y prosiguieron su visita.

Un lienzo de cuatro pies cuadrado, con un marco de bronce, representaba el canal del bósforo, y las escuadras venecianas desarboladas en medio de las ondas procelosas que los genoveses acababan de derrotar completamente, para añadir este último laurel á la corona civico-gloriosa que orlaba sus sienes, mandados por el intrépido Almirante Doria, terror de Venecia y defensor generoso del libre pueblo Liguriano. A su lado se admiraba otro cuadro de igual magnitud, que figuraba á la Calabria en el instante de la terrible esplosion que la arruinara en los años dos mil seiscientos veinte y siete,

y á la bella jóven Luisa Baslli sepultada, empero viva entre sus ruinas. Obra perfectísima y llena de espresion, hija del pincel del célebre genovés Halbein. Esta verdadera imitacion del terrible acaecimiento, debiera haber tenido á los señores del Castillo grande tiempo ecsaminándole, si no arrebatara sus miradas los retratos del Dux y la Condesa Marcela, que ocupaban un solo cuadro, y estaban con la natural posicion que tener debieran en el instante de su desposorio: objetos amables, que arrancaron un suspiro á los sensibles huérfanos, y que se vieron precisados á separarse por no entristecer á sus amigos. Elisa les seguia acompañada de su esposo Palavicini y el jóven Heraldó, y sus ojos se han fijado en el retrato de una dama de extraordinaria belleza, y al manifestar á Genaro la graciosa pintura, el libre piamontés ha quedado pálido, se ha enternecido, y con visible afectacion ha desviado á su esposa de aquel triste sitio

para manifestarla los nuevos cuadros que representaban los huérfanos del Castillo y la bella Amalia, recientemente trabajados: pero Heraldo al separarse de la bella genovesa, que llamado habia la atención de su hermana, lee á sus pies un rótulo que dice, *Noberta Castelli*. Y se incorpora á su familia que se separaba de la galeria, cuyas puertas debieran permanecer cerradas y con el lúgubre aparato que hasta aquel dia, por todo un año.

El corto intervalo que se necesita para preparar un coche, una carroza y algunos caballos, es el solo tiempo que los habitantes del Castillo permanecen en el salon de recreo. Pero Eladio avisa y todos se disponen para marchar. Las castellanas suben al coche que camina escoltado por los señores de Monte Arido, precedidos por la carroza que conduce á Obdulia y dos criadas, y algunos pasos distantes, Eladio y Sixto que las acompañan.

Amalia no habia salido jamás de las faldas de Monte Arido, y todos los objetos que se presentan á su vista pasando un corto terreno en el pais de los mirtos, como Napoleon digera á sus soldados, las sorprende agradablemente, y si dejan de gozar por algunos momentos, de la alegre perspectiva que por do quier las rodea, és porque sus corazones generosos se resienten al pasar al lado de los infelices labradores, que tostados como los habitantes de Africa y siempre pegados á la ardorosa tierra, quieren hacer ver que su fecundidad se debe mas á los brazos y sudores de los hombres que á la prodigalidad de la naturaleza.

Una bonita casa, propiedad del Conde, distante una milla del Castillo feudal, estaba preparada para recibir á la ilustre familia, y despues de tres horas de no interrumpida marcha, llegaron los viajeros para tener un rato de descanso, donde les fué servida una comida de aquellas, que

sacian más el corazón que el apetito: y terminada con fraternal alegría, aunque el Sol se hallaba próximo al Occidente, mudaron con brevedad de trage para hacer su entrada como debieran en el Castillo feudal.

Las jóvenes esposas no necesitaban de otro adorno para admirar sus gracias; pero les fué necesario redoblar sus encantos con el influjo del arte; y cuando las dos hermanas subían de nuevo al cómodo carruaje, podían sus admiradores tenerlas por dos ninfas del parnaso, que el Tanaro acababa de arrojar á sus orrillas amenas, puras y hermosas como sus cristalinas aguas, ó como unas de las deidades imaginarias, que las ondas ocultan y que pocos siglos há eran el encanto del piloto, que cruzaba desde las estremidades de ambos polos, y que tan certera era su existencia para cerebros ofuscados, como ideal aquella pronta salida con que estasiaban al navegante las hijas de las olas.

La joven Condesa de Castelli, llevaba un vestido de raso blanco con otro trasparente de encage de Normandia, trabajado con delicado gusto, y ceñido por la cintura con dos cordones de oro, que bajaban brillantes y flecsibles hasta la estremidad del trage. Un sombrerito de la misma clase y color del vestido con dos caidos de flor menuda, y una blonda de siete palmos prendida con gracia y tirada sobre el hombro izquierdo. Un aderezo de perlas, adornaba su garganta de marfil; y como fuera la estacion calorosa, aunque la tarde ya espiraba, el viento era templado y suave; por lo que se presentaron las bellas hermanas, para no diferenciar en los trages ni en el modo de usarles, de brazo corto; empero ceñido con costosos braceletes, y dejando entrever por la transparencia delicada del velo, sus bellas formas, aunque sin hollar el pudor que es el mayor realce de las hermosas.

Atravesaron los ilustres viajeros un olivar

frondoso y al dar vista á la grande alameda del Castillo, se ven precisados á suspender su acalorada marcha; porque una reunion de jóvenes de ambos sexos, salen de una calle ancha de árboles para recibir á los habitantes del Castillo, precedidos por un magnifico landó, que conduce á las esposas de los amigos del Conde. Las doncellas se distinguen por sus trages blancos, y el adorno de sus cabelleras, la mayor parte rubias, donde parecia haber depositado Flora sus encantadoras y matizadas producciones: y los jóvenes amantes, con la viveza y soltura que el amor les inspirára, parecia vivian solo á la vista de sus amadas.

Toda la alameda estaba adornada de madre selva y rubios tornasoles; los que famaban desde las copas de los árboles graciosos pabellones, presentando una vista alhagüeña con sus matizados y diversos ramos. Pero una aclamacion general vá á perder sus sordos ecos por la region de los vien-

tos: y en un instante, las alegres virgenes forman una fila al frente de sus amantes, para dejar libre paso á sus agradecidos señores. El coche empolvado, que conducia á las bellas señoras de Monte Arido, suspende su lenta marcha, porque un grupo de robustos jóvenes le asedió, y apartando los fatigados caballos que arrojan blanca espuma, tienen el honor de conducirle con extraordinario entusiasmo hasta un pequeño asiento, que la industria de los sencillos colonos han formado, para que descansen sus generosos amos, rodeados en aquel puesto tranquilo por los mas ancianos que se levantan, haciendo un extraordinario esfuerzo en sus miembros debilitados para saludar con alhagueño semblante á la noble familia.

Una pequeña graderia de piedra sepulveda, cubierta por una delicada alfombra de estambres, pero sobresaliente por sus matizados y vivos colores, conduce á un bien formado Solio que ocupa dos sillas de ter-

•iopelo, donde son conducidos los recientes esposos; y toda la noble comitiva toma asiento á su alrededor en engalonados camapés, y volviendo á sus puestos los ancianos, dá principio una agradable música de violín, clarinete, arpa y guitarra, cuyos instrumentos, si no son tañidos con maestría, al menos con afición é interés; y despues de algunos instantes, se presentan doce jóvenes aldeanos con sus amadas, para danzar; lo que ejecutan con soltura y al uso del país, pero advirtiéndose agradablemente, que los que tienen elegida á su futura esposa con el obvio asentimiento de sus padres, las ofrecen sus nerviosas manos por la palma, sin que ésta formalizada costumbre, se vea violada en el corto tiempo que dura el campestre sarao, por aquellos que por sus circunstancias, ó beleidosos sentimientos dar no han podido un paso que les aprócsime al himeneo.

Los señores del Castillo, viendo acercarse

con rapidez los crepúsculos vespertinos, se levantan para seguir su marcha; pero cortos pasos de la puerta principal del edificio, quedan por segunda vez detenidos para fijar su atención en una fuente de agua artificial vistosamente engalanada, representando á nuestros primeros padres, en el momento de sentir Adán un desconocido efecto en su corazón, que le inclinaba á la belleza única, que era su compañera, rodeados de varios grupos de escultura, brillantemente trabajados y colocados sobre catorce pedestales de mármol blanco. Pero lo que mas agradó á la ilustre comitiva, eran dos ninfas de la antigüedad, asidas de las manos para sostener el escudo de armas de los antiguos Condes de B.\*\*

El jóven Aurelio palpitando su corazón de reconocimiento, se dirigió á los sencillos labradores y despues de darles repetidas gracias por el recibimiento que les hubiera merecido; les ofreció toda su proteccion, y

entre mil aclamaciones entró la noble familia en el palacio de sus ante pasados, rodeados por los amigos del Conde que acompañaban á sus jóvenes esposas y por infinidad de colonos, que con sencillo candor, pedían al Cielo derramase sus bendiciones sobre sus generosos amos; pero una joven asida de la mano con su amante, se postró á los pies de Armelina y el Conde, y después de suplicarles les tiendan su protectora mano para que verse puedan un día ligados con el nudo indisoluble de himeneo, se levanta la bella Ondina y presenta á su señora con amabilidad y extraordinario interés, una tarja vistosamente grabada y con los versos siguientes en su centro.

Dicha al himeneo  
Claman las pastoras,  
Para sus señores  
Que tiernas adoran.

Pero Ondina y Taso,  
A sus pies rendidos,

**Piden** afligidos

Les una igual lazo.

Y una voz divina

Del Cielo les dice:

Ya sereis felices,....

Buen Taso y Ondina.

Que vuestros clamores

Cesaron tan luego,

Que hollen este suelo

Sus nobles señores.

Y un angel hermoso,

Cual genio de amor,

Preste su favor

A aquestos esposos.

La hija de Elisa, impelida por su alma generosa, estrechó entre las suyas una mano á la jóven amante, diciendola, sería dotada con la cantidad que su amado esposo tuviese á bien señalar, y que su futura felicidad, llamarla podia como de presente; y saludando con amabilidad á todos los entusiasmados colonos, subieron por la vez pri-

mera hasta el magnifico salon del moderno edificio.

Las dos bellas piemontesas, estrecharon en sus brazos á las señoras de Monte Arido, y con cordial fraternidad entablaron unas relaciones amistosas, animadas estraordinariamente por la sencillez y decoro. Pero sus esposos entraron acompañados de sus amigos para ofrecerse á los pies de las señoras del Castillo, y Carlos Amadeo, esposo de la jóven Tulia, Coronel y Conde de<sup>\*\*\*</sup>, admirado de ver el mérito inimitable de Armelina, la dijo, despues de pedir permiso á su amigo Aurelio, para dirigirla su expresion.—Las relaciones amistosas que me ligan tiempos há á vuestro felice esposo, hizome mirar el ofrecimiento de su nuevo estado, que tuviera á bien remitirme, como un hecho que me pertenecía, y al momento pasé á este palacio para recibirle, altamente convencido de que su eleccion debiera ser estraordinaria, y que un angel

solo debiera su corazon poseer. Pero Condesita, habeis acrecentado nuestra admiracion. Safo ó Calipso es la beldad que vemos al lado del venturoso Aurelio, y puedo aseguraros, que tan admirada hà quedado mi cara esposa con vuestros encantos, como el que tiene el honor de ofrecerse á vuestros pies. Vivid, señora, mil años al lado de un hombre, cuyos sentimientos estan identificados con el honor y la virtud; y que un dia os vea rodeada por una sucesion infantil, que dé nuevo incremento á vuestra dicha.

Pero Armelina, vivamente conmovida, hizo un esfuerzo para serenarse, y le repuso sonrojada.—He tenido el honor de oir al señor Conde de\*\*\* elojiar el verdadero mérito de mi amado esposo, á lo que le quedo sumamente reconocida. Mas el homenaje que acabo de merecerle, es un sentimiento generoso, que solo ha atendido al favor que debo á su fina atencion; pero le acato aun-

que ruborizada, siempre convencida de que no habrá tenido que variar en su episodio, una sola espresion, que no la merezca muy altamente la bella Condesa Tulia.

El Duque de G\*\* dirigiose igualmente á la hija de Elisa, y despues de ofrecerla sus respetos como igualmente los de su esposa Matilde, á lo que fué contestado con madesta sencillez por la hermana de Amalia, entraron en el solon de música donde les esperaba un lucido banquete que les distrajo hasta las doce; y despues de pasado un rato embebecidos con los melodiosos sonidos de la música, donde Amalia, Heraldo y Rovertó tomaron una parte activa, desempeñandole con maestria, se retiraron á sus respectivos gabinetes para tomar algun descanso.

Tres dias en el centro de la festividad y el placer, disfrutando á cada instante del cariño y sencillez de los honrados colonos, pasaron los señores del Castillo y sus ama-

bles amigos: pero una imperiosa obligacion les precisó á los del Conde regresar á Turin, sin haber podido comprender la causa que motivara el inesperado enlace de Aurelio, mayormente cuando la jóven elegida era Española; pero bellisima y airo-sa como las hijas de Hiberia, y sin conocer á Genaro, que no dejó su incógnita de Español, hasta el instante en que estrechara en sus brazos á sus caballerosos paisanos.

Un mes permanecian los habitantes del Castillo en la nueva morada; cuando se presenta á Palavicini un fiel criado de los que estaban en Monte Arido, avisandole estaba prócsimo á descender á la tumba el padre de Albertos: y comunicada esta noticia cruel á toda la familia, se dispuso la marcha con toda brevedad. Pero en medio del abatimiento del Conde y su familia, sale con su esposa para visitar algunas casas de sus colonos, y despues de atender á sus nece-

sidades, llegaron á la morada humilde de la bella Ondina, á quien alargó su blanca mano la Condesa de Castelli y la dijo, despues de dejar libre unos momentos á la tierna jóven para que se repusiese algun tanto:—Ondina ¿dónde se halla Taso?—Señora, desempeñando las fatigosas tareas de su oficio, repuso la jóven visiblemente conmovida.—Bien, ahora debes tranquilizarte, y cuando á verte venga, dile que tu ama y la suya te regala trescientos florines de oro para dote. Esta és la donacion, la dijo alargandole unos papeles: estan consignados á favor de una bonita casa, y alguna porcion de tierra, que servirá para que la labre tu futuro esposo.... ¡y el Cielo os haga tan felices como yo lo soy! Ondina no puede contenerse, y cae á los pies de sus señores, que riega con sus tiernas lágrimas. Pero Armelina, abrazándola con cariño, la asegura su proteccion, y se retiran los tiernos esposos cubiertos con las bendiciones de sus

vasallos, que con sus nuevos amos, se les designa con este nombre, mas por costumbre, que por ser en todo conforme á su estado. Y se incorporan á su familia, orladas sus sienes con la corona admirable y filantrópica de sus humanas acciones, que és la que verdaderamente respeta todo hombre virtuoso.

Si para toda la familia de Genaro fué estremadamente sensible la súbita enfermedad del anacoreta, Palavicini habia sido herido por un golpe tan cruel, que sin esperar á que sus jóvenes amos saliesen para su morada solitaria, monta en un brioso corcel, y acompañado de solo Heraldo, llega en siete horas á la capilla de Albertos, el que solo parece espera estrechar en su sesagenario pecho á sus amigos, para darles el á Dios postrero. Pero al siguiente dia, apenas despuntados los primeros rayos de la aurora, entraban en la morada silenciosa de Albertos los señores del Castillo, y al verles

el anacoreta, deja correr una lagrima, que espresa la sensacion agradable que acaba de recibir su corazon, con los alhagos de la amistad.

El jóven Conde está á su lado; y despues de mirarle Albertos con ojos desfallecidos y alargarle una yerta y fria mano, le dice. —Aurelio, yo te deseo mil años de felicidad, como á toda tu familia.... siempre tè he amado con extremo.... sí, os he mirado como á mis hijos, pues lo sois.... ¡de mi amada hermana Marcela!.... Todos los habitantes de Monte Arido prorrumpieron en una exclamacion asombrosa; empero, Albertos continua con voz moribunda. Yo era el legitimo Conde de Castellí...; mas mi corazon fué herido por una pasion violenta, y desde aquel instante, fuè mi amor consagrado á una virgen; pero el Cielo codició mi dicha.... quiso èl tambien poseer alma tan pura y la arrebató de mi lado á los diez y ocho años de edad: yo tuve mas valor que sus padres,

porque pude sobrevivirla; pero abracé con  
ecstasperacion el estado religioso, que he  
desempeñado con sencillez y delicadeza.... el  
cariño entrañable que profesaba á vuestra  
madre, me hizo venir á vivir á su lado, des-  
pues de renunciar á su favor todos sus bie-  
nes...; mas despues de su muerte, he pasa-  
do á esta ermita para velar sobre vosotros....  
y todas las noches he pasado al Castillo por  
el subterraneeo, para informarme de Palavi-  
cini, fiel depositario de mi secreto, del giro  
que llevaban los negocios vuestros.

El eterno ha señalado hasta este momen-  
to los dias de mi vida.... ahora voy á bus-  
car los caros objetos, siempre amados de mi  
alma.... sí, yo veré á Marcela.... y le hablaré  
de sus hijos.... solo os pido.... queden mis  
restos depositados al lado de la urna cine-  
raria de mi hermana.... y que siempre agra-  
dable os sea.... la memoria de este anciano.

Todos los circunstantes estaban conster-  
nados y derramando copiosas lagrimas, mues-

tra inequívoca del sentimiento acerbo, que devoraba sus corazones; pero este fué redoblado cuando conocieron eran estériles cuantos esfuerzos se hacían para volverle su destruida salud. Cuarenta horas pasado se habían en esta mortal alternativa, y las jóvenes esposas fueron separadas del lecho de la muerte por los afligidos huérfanos: y pocos instantes despues, cuando el relox señalaba las once de la mañana, espiró en los brazos de sus amigos aquel hombre virtuoso, y su alma pura volò al empireo para eternamente gozar.

Una lápida de marmol negro, cubrió los mortales restos, del sacerdote de Monte Arido, en el Panteón de su familia, inmediata á las cenizas de su amada hermana, y su religiosa morada, ha quedado por mandado del Conde, en el mismo estado que antes tuviera hasta la llegada de un sacerdote, que la ha solicitado para habitarla.

Cuatro meses permanecieron todos los habitantes de Monte Arido en su morada solitaria vestidos de luto riguroso; pero el jóven Conde, deseoso de complacer á sus políticos padres, que han determinado pasar á España, se dispone para acompañarles con toda la familia: antes de su partida, quiere que un monumento sencillo perpetúe para siempre la memoria del felice dia, en que la casualidad le condujo al arroyo misterioso para ver por la vez primera su bella esposa: y habiendo recibido aviso de los agricultores, de estar concluida su tarea, les manda pueden colocarle con los demas obreros, precisamente á la derecha del viejo castaño, y en el mismo sitio donde Armelina quedó inmóvil ecsaminando al guerrero. Solo quince dias, fueron empleados en la obra; y una tarde bajaron los habitantes del Castillo para encaminarse á la fuente, quedando agradablemente sorprendidos al mirar un busto de mármol blanco, trabajado

con primor que colocado sobre un pedestal se elevaba sobre un graderio de ocho pies, representando una virgen hermosa, adornada con el trage que Armelina por aquel tiempo usára, y á su lado un jóven guerrero que la miraba con interés, aunque su postura manifestaba haber sido su alma herida por un sentimiento que le hizo sorprender, leyéndose á sus pies un rótulo que decia: «Monumento consagrado en honor del feliz encuentro, que en este sitio tuviera el jóven Conde de Castelli. Año 1839.»

Pero no estaba saciada todavia la generosa alma del Conde, recordando debiera al encuentro de Fenor la blanca mano de la hija de Elisa, que le ha sacado del estado miserable en que le constituia su ejercicio de pastor, dándole una hacienda en Campidano para labrar interin viva, con el pleno goce de sus producciones, para que facil le fuera atender á la educacion de sus tres hijos.

Palavicini ha manifestado al Conde, desea

permanecer en el Castillo; y el jóven se lo há concedido, despues de estrecharle con cariño en sus brazos. Heraldó, ha hecho, empero, igual súplica á su familia, y Genaro y su esposa han asentido á su petición, asegurándole harán en España todas las gestiones posibles para que pueda volver con honor á pisar su suelo natal. Gumerinda no puede separarse de Amalia, y és la que se halla mas dispuesta para marchar, como Obdulia y su esposo, que con Sixto y algunos otros fieles criados, han ofrecido al Conde con resolucion, no abandonarle jamás. Y despues de dirigir los honrados huérfanos una dolorosa mirada al solitario Castillo, dó reposan las heladas cenizas de sus padres, han salido para España, donde Elisa, sin dificultad, ha tomado posesion de sus rentas usurpadas.

Hoy todos viven juntos en una opulenta Ciudad, añadiendo solo á tan virtuosa familia, honrados sirvientes: siendo en el

dia las dos bellas hermanas esposas fieles, hijas obedientes y las mas cariñosas madres, debiendo decirse, que el Liberal del Piemonte y su familia, componen una parte grandiosa en la brillante sociedad Ibera, siendo por do quier el ejemplo de sanas costumbres y un imitado modelo de la moralidad.

Aurelio ha recibido el despacho de su retiro, que ansiaba solo para gozar al lado de su esposa, del clima y bellezas de la siempre admirable y encantadora España: y sus amados padres, viendo mas asegurada su felicidad, son enteramente dichosos, viéndose regenerar en tiernos niños acariciados sin cesar, con los dulces alhagos de su amada familia, à la que dicen continuamente: «Cuando dejemos de existir, no olvidarse de procurar impregnar en la mente de vuestros hermosos hijos la grandiosa idea de que, para vivir en la sociedad siempre respetados y queridos de

sus semejantes, le és necesario aprender á  
conocerse asi propio, despreciar el vicio y  
amar á la virtud.”

**FIN.**



## ERRATAS.

*Página 10 línea 9 donde dice microscopio, lease telescopio.*

*Página 11 línea 17 donde dice Armelina, lease Amalia.*

*Página 30 línea 3 donde dice Roverté, lease Rovertó.*

*Página 39 línea 22 donde dice consterna-  
ba, lease consternara.*

*Página 76 línea 18 donde dice la hace, lease le hace.*

*Página 84 línea 13 donde dice ama el jó-  
ven Aurelio, lease esclama el jóven Aurelio.*

*Página 111 línea 10 donde dice influen-  
cia, lease afluencia.*

*Página 114 línea 2 donde dice separarme, lease separarse.*

*Página 147 línea 9 donde dice 1421, lease 1821.*

*Página 153 línea 4 donde dice empeora-  
ba, lease empeorara.*

*Página 184 línea 10 donde dice, librase  
sus rayos, lease vibrase.*

*Página 228 línea 4 donde dice tu virtuosa,  
lease su virtuosa.*

*Página 259 línea 17 donde dice samaban,  
lease formaban.*